This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 1610.30

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Span 1610.30

LOS ORÍGENES

DE LA

NACIONALIDAD ESPAÑOLA

Y SU CULTURA

POR EL DOCTOR

D. JUAN FERNANDEZ AMADOR

MADRID: 1903.
Establecimiento tipográfico de Felipe Marqués
CALLE DE LA MADERA, NÚM. 11

M+L 29 C 6

LOS ORÍGENES

DE LA

NACIONALIDAD ESPAÑOLA

LOS ORÍGENES

DE LA

NACIONALIDAD ESPAÑOLA

Y SU

CULTURA.

POR EL DOCTOR

DON JUAN FERNANDEZ AMADOR

MADRID: 1903
IMPRENTA DE FELIPE MARQUÉS,
CALLE DE LA MADERA, NÚM. 11

Span 1610.30

HARVARD COLLEGE
JUL 17 1920
LIBRARY

Sales fund

INTRODUCCION

Con ser grandísima la importancia que tiene para todos los hombres cultos el estudio de la Historia, ninguno encierra quizá más enseñanzas y aplicaciones, ni conexiones tan variadas como el conjunto de hechos trasmitidos por los monumentos, inscripciones, medallas y memorias escritas sobre los fastos del pueblo ibérico, las cuales testifican de manera preciadísima cómo se enlazan los diferentes sucesos que motivan y determinan sus orígenes, historias de la parte averiguada, con las relaciones de amistad ó lucha con otros pueblos, con el desarrollo de sus instituciones y hasta con peripecias violentísimas para constituír la nacionalidad española, desarrollando su cultura, sus usos, sus costumbres actuales, sus ideales y sus sentimientos.

Atento á estas razones no he vacilado en emprender este trabajo, ganoso de que pueda ser el interés y dificultad del expresado asunto ocasión de descargo ó de disculpa en los puntos en que no ofreciera solución la insuficiencia de mi ingenio. Al ensayar estas conclusiones, comenzaré por reseñar las circunstancias que en plena Edad Media y en tiempos en que dicha nacionalidad distaba mucho de estar formada, las mueve á aceptar el papel de educadora de Europa, difundiendo los progresos de la cultura musulmana que ella se encarga de trasmitir al mundo

Occidental y que la hace ser factor general de la civilización humana. Apenas es menester recordar en esta ocasión que sin la cultura árabe, el progreso del mundo se hubiera retrasado muchos siglos, reconocido por los más que el pueblo muslim llegado á la península, había recibido grandes elementos, así de la civilización bizantina, heredera de la greco-romana como de la persa, india y de los antiguos caldeos y asirios. Las letras clásicas, que fueron recogidas cuidadosamente por los musulmanes de Oriente, fueron después divulgadas en su parte esencial por los hebreos é islamitas españoles en el momento en que parecían perdidas en el resto de Occidente. Por este motivo, los españoles educados en la civilización árabe que despertó la admiración sobre los antiguos clásicos, preparación y anuncio del renacimiento posterior, al reunirse bajo el glorioso pabellón que á todos nos cobija en el reinado de los Reyes Católicos, heredamos también su misión educadora y su destino de fundadores de naciones, como los árabes la heredaron de los griegos y los romanos.

CAPITULO I

La Nacionalidad Española.

Aparte de las condiciones geográficas que dan fisionomía propia al pueblo que habita un mismo territorio, y que son requisito para hacer duradera la fòrmación de una nacionalidad, hay otras más importantes, cuales son las de los ideales comunes que hacen perdurar la existencia de un pueblo y un poder fuerte, que sostenga en uno los distintos intereses, subordinándolos al general y que se haga respetar en el exterior, teniendo para ello libertad é independencia. La obra de la cultura ha sido ampliar el concepto de patria más allá del lugar de la cuna, y crear con las tribus la ciudad y con la ciudad la nación, y un día aún lejano con las naciones, un sólo pueblo en que todos los hombres, áun los de las regiones más remotas, sean conciudadanos y se llamen hermanos.

Realizaron en el mundo Grecia y Roma su obra civilizadora, y ésta, al someter á sus leyes el mundo entero conocido, dió el modelo con su organización en provincias á los pueblos bárbaros conquistadores de su imperio para la fundación de las nacionalidades que nacen ó se forman bajo la acción tutelar del cristianismo (1).

Por esta razón, por más que la vida de un pueblo principia desde que de él se tiene noticias, ocupe ó no un mismo territorio, sea libre ó bajo la dependencia de otro, no podemos decir que constituye una nación hasta que alcanza la plenitud de sus de-

(1) Quizá, sin la invasión bárbara, lo mismo que se dividió el imperio romano en el imperio de Occidente y de Oriente, haciendo abstracción de otras divisiones como las de los Triunviros, etc., hubieran ocurrido subdivisiones posteriores, dadas las tendencias particulares provinciales, que hubieran producido Estados semejantes ó más pequeños que los modernos.

rechos, hasta que su desarrollo y su poder le acondiciona para realizarlos dentro de la vida, dándola existencia propia. Motivos son estos por los que, al estudiar la historia de los pueblos modernos, vemos que se formaron por distintas gentes de otros, y al principio subordinados á ellos, á la manera que los de las colonias europeas de América y que todos tienen un momento histórico vario como las circunstancias, en el cual se funden sus distintos elementos ante la enseña de una misma bandera, y en el cual, puede decirse que comienza su nacionalidad política.

Fórmase España en la época moderna, siendo en razón del tiempo, sin duda alguna, una de las más jóvenes de Europa, nacida de la reunión de otras nacionalidades peninsulares, como de la Heptarquía anglo-sajona, refundida en el reino de Inglaterra, el Estado inglés; del Ducado de Francia, que hablaba el dialecto de Oil y de la Galia meridional, que usaba el dialecto de Oc la Francia; de los municipios romanos, las repúblicas italianas que conservan á través de la Edad Media su solidaridad, cimentada en el orgullo de la tradición heróica de los siglos en que fué por Roma, Italia, la dominadora del mundo, una en espíritu bajo la robusta diestra del papado que la sostuvo en la lucha contra el Imperio. Por modo análogo había surgido Alemania, de la idea tradicional imperialista romana conservada por los papas y restaurada poderosamente por Carlo-Magno; pues aunque dividida en infinidad de Estados, reconocía como jefe principal ó superior, con más ó menos autoridad, según los tiempos, á los nuevos Césares, por lo general de sus familias más nobles é influyentes. A su sombra se formaron, merced á la propaganda religiosa, las nacionalidades de Hungría y Polonia para servir de antemurales de los cristianos contra los tártaros primero, y ya en la Edad Moderna contra los turcos. Rusia salía de la servidumbre y vencedora de la Horda de Oro, daba á su señor Ivan IV, casado con la última descendiente de los Paleólogos y que se llamaba heredero de los bizantinos, el nombre de César, echando los cimientos de Estado poderosísimo, en tanto que Turquía llegaba á entronizarse en Europa sobre las ruinas de Bizancio y fundaba su imperio que venía á robustecer con la savia de la casi olvidada idea oriental, implantándose en el Este de Europa (ya que no la elevada cultura de los Omeyyas y Abbaçies), las reliquias de la política, experiencia y costumbres de los Estados orientales, precisamente en la época en que en España ésta iba á extinguirse ó

á obscurecerse. No de otra suerte que como la Edad Antigua empieza por señaladas influencias del Oriente en Europa, los tiempos medioevales experimentan notable alteración al sustituirse en la Europa meridional la civilización greco-romana por la casi cosmopolita del islamismo, como elemento de cultura y de relación universal por parte de los pueblos que han alcanzado de antiguo puesto importante en la civilización.

La Edad Moderna toma su punto de partida en el establecimiento permanente del pueblo turco, en el mundo occidental, con no ser para olvidado en la contemporánea, el extraordinario vuelo que alcanzan en Europa los estudios de orientalismo; así como nuestra cultura cristiana, desarrollada y aplicada, bajo la tutela civilizadora de la Iglesia, y que forma la división más lógica de los tiempos históricos, en antiguos y modernos ó anticristianos y cristianos, los cuales arrancan también del Oriente por ser los comienzos históricos orientales y haber nacido en Oriente, esa luz del pensamiento que enseñó al hombre el Salvador, y cuyo resplandor alumbra toda la tierra.

Fueron, sin embargo, muy distintos los sucesos que vinieron á constituir la nacionalidad española de los que determinaron las de los otros Estados de Europa; pues, mientras que la conquista fué su cimiento en todo el Occidente, sobre el cual descansó luego la obra del absolutismo, en nuestra patria se fundamentó sobre los ideales más levantados que tiene el hombre; la fe religiosa y el amor á la libertad y á la Patria. Bastará, como prueba de ello, recordar de qué modo, al convertirse al cristianismo los francos y conquistar la Galia, reconstituyeron las divisiones romanas que conservaba la Iglesia, renovando las antiguas marcas fronterizas en la primera y segunda Germania; de las cuales surgieron, de la primera, la marca alemana, que comprendió las actuales Helvecia, Baden, Wurtemberg, Hohenzollern y la Suabia, la cual dió nombre á toda la Germania, y de la segunda, la marca de Franconia ó Francia Oriental, que comprendía, los hoy ducados de Nassan, Heses, Hesse Darmstad, Condado Palatino, Reino de Baviera, Tirol, Salzburgo y Carintia. No de otra manera, y para la fácil sumisión de los vencidos y sostener sus fronteras, Carlo-Magno estableció las marcas de Misnia, de la que nació la Sajonia, que un siglo después dió emperadores á Alemania; la marca más Oriental, Austria, que dió lugar á este imperio; la de Brandemburgo, al reino de Prusia, y

la Lecka á la Polonia. De la misma suerte que los francos conquistaron la Galia, Italia y Alemania, los normandos sometieron á Inglaterra, núcleo que absorbió á Escocia é Irlanda, constituyendo el Reino Unido de la Gran Bretaña. No hicieron la unidad francesa los francos carolingios, sino el Ducado de Francia, conducido por los Capetos, que fueron poco á poco incorporando territorios, aprovechando circunstancias propicias, sobre todo la herejía de los albigenses, que les dió facilidades para la conquista del mediodía, por lo cual, los descendientes de los conquistadores constituyen los señores del territorio; la nobleza, de la misma manera sucedió en la conquista de Inglaterra por los normandos franceses, hecho que ha llevado al ilustre Mr. Augusto Thierry á considerar que la revolución francesa fué, por lo tanto, la liberación del pueblo galo, tiranizado por la nobleza, descendiente de los francos, tardando en venir la fusión, todo el tiempo que la igualdad civil y política, de vencedores y vencidos ó de nobles y plebeyos.

Apareció por ventura casi en los albores de la llamada Edad Moderna grande y extensa la patria española, dado que de manera tan precaria que aún la península que fisicamente constituye el cuerpo principal de España, había de llegar á nuestros días dividida en la parte más occidental y con la planta infamante del extranjero, hollando una parte de sus encantadoras regiones del Mediodía. ¡Y en qué momentos sucedió tan interesante suceso! Cuando Europa ensangrentada mostraba en Francia los crímenes y las justicias de Luis XI, en Italia los excesos de príncipes que, como Fernando I de Nápoles, excitaba la guerra civil, convidaba á sus barones á un banquete de reconciliación y en su misma presencia los hacía prender y degollar, ó como Galeazo María Sforza, hijo indigno de Francisco Sforza, el cual ejercía en Milán tiranía rapaz y violenta, sin respeto al honor ni á la vida de sus conciudadanos, ó como los Pazzi, que, jefes de tenebrosa conjuración en Florencia, no se van á la mano en lo de asesinar cobardemente á sus compatriotas hasta en el recinto de los templos, al propio tiempo que la Reina del Adriático, quebrantada la autoridad de los Dux tras horribles crímenes y trastornos, creaba tres Inquisidores de Estado que habían de anular aquellas magistraturas respetabilísimas que ya habían recibido rudo golpe de la Institución del gran Consejo de los Diez, autorizando poco á poco la delación, el espionaje y la desaparición del sospechoso

del mundo de los vivos hasta constituir el asesinato político en sistema como principio ó elemento capital de su gobierno. En lo que toca á Inglaterra, conturba igualmente el ánimo la memoria de los crímenes de la guerra de las dos Rosas, en que no se diera cuartel al vencido, como asimismo los asesinatos abominables de Ricardo III, cometidos en los hijos de su hermano Eduardo, en tanto que en las orillas del Bósforo los turcos, después de debelar á Constantinopla, aterraban al mundo con sus crueldades (no superadas, pero sí emuladas por el feroz Ulad IV, el Rey de los Palos ó el Diablo de Valaquia), los cuales, deseando conquistar á Italia, sitiaban á Otranto, llenando de pavor la cristiandad, mientras en nuestra península en su parte más occidental, Alfonso V, que abandonaba á sus tristes destinos á su desgraciada sobrina, y esposa doña Juana, la hija de Enrique IV después, de la derrota de Toro, era poco respetado por su levantisca nobleza, á la cual su sucesor Juan II abatía con mano fuerte y ejemplares castigos, pues no dudó en acudir á veces al crimen para sostener sus reales prerrogativas. Ni había transcurrido mucho tiempo desde que en el corazón de nuestra patria nobleza insolente pisoteaba la realeza, y aunque vencida en Olmedo, obligaba á sus reyes ora á entregar al verdugo á sus validos, como ocurrió con D. Alvaro de Luna, cuya cabeza caía en los días en que los turcos entraban en Constantinopla, ora desautorizándolos en farsas indignas, como en Avila, padrón de escarnio para la monarquía soberana, la cual, juguete de su ambición personal, sustituye como heredero contra la justicia, la moral y el derecho á una reina grande y que la historia celebra, pero cuyo solio pertenecía á la desgraciada cuya legitimidad hoy se revindica y defiende contra el dictado insultante de Beltraneja (1); pues si volvemos los ojos á Aragón y Cataluña, tampoco podemos olvidar aquel drama titu-

(1) Esta mal aventurada princesa, nacida en el año 1462, fué desposada en 1469 con el Duque de Guiena, hermano de Luis XI, que le mandó asesinar en 1474, con lo cual no pudo efectuarse el matrimonio, casando entonces en 1475 con su tío D. Juan V de Portugal, que no sólo no supo defender sus derechos á la corona, sino que se separó de ella cuando el romano Pontífice, accediendo á las reiteradas instancias de los partidarios de Fernando é Isabel, anuló su matrimonio por haberle contraído sin la correspondiente licencia, y por el Tratado de Alcántara fué obligada á tomar el velo ó casarse con el infante D. Juan (hijo de los Reyes Católicos, que había nacido el año anterior), cuando llegase á la edad nubil. Doña Juana, no queriendo humillarse hasta tal extremo, tomó el velo en el convento de Santa Clara de Coimbra el año 1480.

lado: «La muerte del Príncipe de Viana», que con la vida pierde los cetros, heredados después por su hermano D. Fernando, quien sin este suceso no hubiera ceñido probablemente jamás las coronas de su padre D. Juan II, y del otro D. Fernando llamado el Honesto ó el de Antequera, cuyo renombre y bondad merecieron de la Asamblea de Caspe la elevación de la casa de Trastamara al trono de los monarcas aragoneses.

Formóse por tanto la primera manifestación importante de la nacionalidad española en tiempos tan calamitosos, que era indispensable para la vida patria un poder fortísimo que lo fundiera todo, como que la altivez aragonesa y castellana, el orgullo catalán, la imaginación viva de los españoles del Mediodía y los privilegios y prerrogativas de todos dificultaban, ya que no imposibilitaban la empresa por tratarse de un pueblo guiado principalmente por las ideas religiosas y guerreras, y cuyos sacerdotes y caudillos encaminaron la masa social, genuinamente española, al fin predominante y casi exclusivo de la reconquista, abandonando las otras ocupaciones, comercio, agricultura é industria, á los judíos, moriscos y mudejares. Había desaparecido en nuestra lucha secular el siervo, pues suprimido en gran parte por el invasor agareno que le igualó con el muslim al abrazar la fe mahometana, fué redimido asimismo por los fueros y cartas-pueblos de los cristianos, no concibiéndose que permaneciesen en la servidumbre antigua los que también habían contribuído con su esfuerzo á la reconquista de la patria. ¿Y cómo podía ser de otra manera? En rigor de verdad no se había formado nuestro pueblo á la manera de otros, reduciendo los vencedores á esclavitud á los moradores de territorios subyugados, antes bien otorgando al oprimido seguridad y libertad en sus personas, y restaurando el patrimonio que perdieran sus mayores. Pero en aquella lucha que realizó la idea sólo pro religión y pro patria, la Iglesia alentaba, animaba y áun en los más luctuosos días exaltaba y réforzaba los espíritus más abatidos, en términos, que al recobrarse la mayor parte de nuestro suelo, los más de los españoles dirigiéronse de Norte á Sur como torrente empujado por el dedo del Altísimo, arrollando cuanto encontraban á su paso, sin detenerse hasta que, llegados al estrecho de Calpe, ponen sus miradas en aquella España Transfetana ó Mauritania de Tánger, que Galba y demás Césares romanos estimaron la prolongación naturalísima del suelo de Iberia,

en tanto que otras porciones considerables de la península española se encaminan en las dos direcciones de Occidente á Oriente; la una que se enseñorea del Mediterráneo y asienta su decidida planta sobre el más genuino representante del pueblo romano, y la otra, que, dueña de los mares de Occidente, emprende aquellas pasmosas expediciones á unas y otras Indias, llevadas á cabo por los valerosos españoles y portugueses que acompañan á Colón, Vasco de Gama y Magallanes, sentido generoso que refleja el poema «Os Lusiadas», última epopeya que cierra y corona el fin de los tiempos legendarios. y viene á ser como la definitiva consagración del genio ibérico. No de otra suerte sintetizó esta idea la musa lusitana, que en nombre de la península dijo con legítimo orgullo celebrando las conquistas en el mundo de la raza ibérica:

De Tejo ao China ó portuguez impera
De un polo á outro ó castellano voa
E os dois extremos da terrestre esfera
Dependen de Sevilla ó de Lisboa

¿Pero qué más puede glorificar á nuestra patria que su misión histórica que lo que es, ha sido y será? Hermana mayor de los otros pueblos latinos, si bien Italia heredó el Pontificado y Francia el imperio, España sostuvo con su férrea mano el uno y el otro, y cual nueva Roma y heredera de su misión histórica, fué madre de naciones que viven aún su vida y tienen su lenguaje y sus costumbres allende el Océano en América, y como hermana mayor de Francia é Italia en la orfandad de sus hermanas las ha sostenido y defendido, y como caballero andante en su épica carrera por Europa lo ha sacrificado todo por su ideal y cuando entre la mueca sarcástica burlesca del triunfador ideal moderno que trae la Reforma como secuela del Renacimiento, muere el sentimiento caballeresco en Europa, todavía España, constituída en defensora de la cristiandad, se cruza, y vence en Lepanto, levanta los espíritus y en pleno siglo de Oro de su literatura hace surgir nuevo aspecto de nuestra civilización patria con los grandes místicos españoles, moderna institución caballeresca celestial y práctica admirada por propios y extraños que anhela hacer perdurar en España los sentimientos heróicos de la Edad Media y cuyo modelo es el revivo personaje, el ingenioso hidalgo manchego, lleno de fe y sediento de justicia

que loco toda su vida tras el noble ideal al verse morir vuelve á la razón y desengañado como los hijos del renacimiento, planea para el porvenir una vida pastoril bucólica como la idearon los líricos italianos y después exageraron los pálidos imitadores de nuestro genio los franceses á fines del reinado de Luis XIV y en el de Luis XV representadas en las escenas campestres de pastores vestidos de sedas, encajes y rodeados de flores y joyas, pintadas por Watteau y sus discípulos, por donde, de manera como profética, vino á propagar nuestra patria la dicha de la paz y la felicidad de aquellos tiempos que llamaron dorados.

Y tal aspiración de paz no lograda se arraigó más en la península, á pesar del carácter guerrero de los españoles al convencerse de lo ineficaz de sus campañas por Europa en las cuales no defendía ordinariamente en la Edad Moderna sus intereses materiales y antes bien los ajenos. Obedeció esto sin duda á la forma especial de nuestras campañas, pues en ellas lo arriesgamos todo llevados de nuestra poderosa fantasía, y por sus sugestiones luchamos, no con la guerra de principios prácticos, la casi única conocida entre los anglo-sajones, la cual, sólo por excepción, ocurre entre los latinos, pues entre nosotros, al promoverse una contienda, se pregunta por el hombre y no por la idea, por el bando y no por la causa; haciendo solidarios el interés ó el odio, la pasión ó la impaciencia, que preponderan sobre las purezas de las aspiraciones; de donde proviene el que no leamos bien la historia ó no pensemos sobre sus enseñanzas, y que nuestra política ciencia para todas las naciones cultas, tan compleja y seria, carezca de la reflexión, madurez, presencia de ánimo y serenidad de juicio necesarias para fines fecundos. No de otra suerte se explica el que un discurso tribunicio puede lanzarnos á la reacción ó á la revolución por los instintos y mala disciplina acumuladas de muchas generaciones idólatras de la imaginación confiadas y llenas de esperanzas al igual de los judíos que aguardan aún al Mesías, y los musalmanes, que sueñan en la venida del Mahdi.

CAPÍTULO II

Carácteres de la Raza Española.

Está constituído el carácter español de la fusión de las distintas razas que ocuparon el suelo ibérico, y la manera de ser y pensar del aventurero y emprendedor fenicio y cartaginés, del filósofo, poeta y artista helénico, del legista romano, del individualista é independiente germano, han sido heredados por nosotros, así como los sentimientos del cultísimo y refinado árabe, cuyas guerras religiosas, espíritu caballeresco, hidalguía, resignación á los decretos de la divinidad ó fatalismo y amor al esplendor y á la grandeza, recibimos, por modo análogo que los arrebatos impetuosos del ardiente africano y del perseguido, dócil y paciente hebreo, aspiraciones todas que constituyen los ideales levantados de nuestra raza.

Aún presentan nuestras provincias tipos encontrados de los distintos pobladores que subyugaron nuestro país, y en él viven coadyuvando á marcar más distintamente la variedad de su suelo, que alumbrado y vivificado por sol espléndido, de cielo purísimo y de tierra rica y feracísima; abrazado por los dos vehículos mayores de cultura y más celebrados, el Mediterráneo y el Atlántico, llamada á altos destinos por su situación en el corazón del mundo, en el sentido de estar en su centro, pues tiene á su izquierda la América, á su derecha, no separada por el Mediterráneo, sino unida el Asia y la Oceanía, á sus piés el Africa, y dominando el Norte de Europa, desde sus mares septentrionales, es, según la expresión de un ilustre español del siglo XVII, no olvidada por Clarus en su cuadro de la literatura española en la Edad Media, la cabeza de la altiva matrona Europa, cuyo collar de perlas y esmeraldas, lo forman los Pirineos y su ceñidor los Alpes, y cuya potente voz es la lengua castellana ó española.

Y no de otra manera, como por su topografía es la primera nación de Europa, por su etnografía presenta carácter cosmopolita, que lleva al pueblo ibérico á aclimatarse en los países más lejanos y le acondiciona á las más arriesgadas empresas. Por esto, si bien los enemigos de nuestra raza la consideran atrasada, incapaz. muerta y desprovista de dotes gubernables, nuestro Rey Sabio, al hablar de España, decía: «E España, sobre todas las cosas, es engeñosa, é aun temida é mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al Señor, afirmada en el estudio, palaciana en palabra cumplida de todo ó bien: é non ha tierra en el mundo quel sémeje en bondad, nin se yguala ninguna á ella en fortalezas. é pocas ha en el mundo tan grandes como ella. E sobre todas, España es abondada en grandeza, más que todas, preciada por lealtad; ¡O España! non ha ninguno que pueda contar tu bien».

Asunto para nosotros los españoles de importancia, es el probar en el mundo nuestra decisiva influencia en la cultura, y nuestro derecho al respeto y gratitud de los otros pueblos, máxime cuando estadistas como el jefe de un partido inglés de gran nota en Europa, nos extiende la esquela de defunción, hablando de España como de un pueblo débil, envejecido, muerto, con la misma justicia y conocimiento de nosotros, que aquel literato poco estudioso, que nos negara lugar alguno en la historia literaria; escritores políticos, como Ives Guyot, y novelistas como Alejandro Dumas y Mr. de Saint Pierre, que se burlan de nuestro atraso atribuyéndonos fábulas increíbles cuantas veces creen oportunas, (1) é historiadores como Buckle, que considera al español

(1) En los primeros tiempos de la Edad Antigua, cuando estaba Europa en el salvajismo y en la barbarie, recibía España, con Grecia é Italia, la cultura oriental caldeo-fenicia. Elaborada la poderosa civilización helénica, sus colonias, numerosas en nuestra patria, introdujeron en el resto de ella sus extraordinarios adelantos.

Compárese, como prueba de ello en tiempo de las luchas de romanos y cartagineses en la descripción de la batalla de Cannas por Tito Livio al pueblo español y al galo: el uno vestido con túnicas de lana ó púrpura, perfectamente armados, ó el otro desnudo, ó llevando tan sólo sus bragas nacionales, sin detenerme á hablar del pueblo británico que, en tiempo de César llevaba plumas en la cabeza y todo el cuerpo pintado, de donde les viene el nombre de pritanos ó britannos. Mas andando el tiempo, España fué la primera provincia romana que dió á la Ciudad Eterna poetas y emperadores, y Plinio compara en su obra de Historia Natural ambas vertientes de los Pirineos en favor de los ibéricos. Tam-

cobarde y fácilmente sometible, debido, según dice, á los terremotos frecuentes en nuestra patria, que nos hace excesivamente tímidos, y como consecuencia incapaces para descifrar los arcanos de la ciencia; Guizot, que con ignorancia indisculpable afirma que se puede escribir la historia de la civilización sin mentar para nada á los españoles, y Draper, que asegura que la pobreza y el atraso de la moderna España es un castigo providencial por haber destruído bárbaramente la civilización anticolumbina de América, á su juicio muy superior á la cultura del catolicismo. que nuestros antepasados como conquistadores imponían á los desdichados indios, desconociendo sin duda lo que está á la vista y consideración de todos, que en las colonias ibero-americanas subsiste el habitante primitivo americano, mientras en los anglo-sajones va desapareciendo por completo.

Ha sido general la vulgarísima especie en Europa de parte de nuestros enemigos, el intitular nuestra raza inferior á las suyas, como formada por moros y judíos, en cuyo sentido se han señalado en el ataque nuestros vecinos por mar los anglo-sajones; pero bastarán unas palabras para desautorizarlos. Tácito, en la vida de Agrícola, llama á los morenos silures de Inglaterra, españoles; los cuales eran de origen africano getas y masagetas hetheos, ó geteos orientales, hermanos de los árabes, conocidos con el nombre de escitas reales después de habitar el valle del Oronte, no sin haber celebrado paces con los egipcios, invadieron el Africa, de cuya raza procedían los getulos; llegaron á España, y dirigiéndose también por el Oriente de Europa, se establecieron en la Tracia, siendo perseguidos por el Danubio por los asirios, que le remontaron, según el ilustre orientalista Mr. Jules Oppert.

Tales getas ó godos, son aquellos comerciantes de ámbar que moraron entre los celtas, boyos de la Bohemia y los senones de la confederación sueva, hermanos ambos últimos pueblos, de los boyos y senones de la Galia Cisalpina y vecinos de los sicambros, gente principal de la confederación franca, afines en raza de los cambrios y cimbrios de la hoy Inglaterra y de la antigua Armóri-

---

poco podemos dejar de señalar que entre todos los pueblos bárbaros que invadieron el Occidente, los más cultos de todos fueron los godos, entre cuyos monarcas, además de Eurico y Alarico II, podemos citar al gran Teodorico, el Dietrich de Verona, más culto y político que la mayoría de los emperadores antecesores suyos en el solio de Italia.

ca, de los cimbrios ó Kimris Daneses y de la gente del Norte (1). Formaron también los godos ó getas el núcleo principalísimo de los sajones falios ó filisteos del Este y Oeste (Wesfalios y Osfalios), y civilizaron la Germania á la que dieron idiomas y cultura oriental, dejando su nombre entre los sajones de la antigua Turingia, de (Tervingia) nombre también de los visigodos (como lo prueba uno de sus estados Sajonia-Coburgo-Gota) y en la Suecia (palabra que significa dos reinos), en uno de ellos el más meridional, Gothía. Demuestran la identidad de los godos y la mayoría de las gentes que formaron parte de la confederación sajona sus lenguas, muy semejantes, como dice el escritor inglés Bradley (2), y como se ve en la traducción al gótico de la Biblia hebrea, hecha por Wulfilas, que puede leerse y traducirse conociendo el idioma de los antiguos anglo-sajones. Por lo demás, con ser los caracteres rúnicos fenicios, no puede dudarse de su progenie asimismo oriental. A mayor abundamiento, los hebreos, arrojados de España en distintas ocasiones históricas, se refugiaron en Inglaterra y Alemania, al presente más tierras de judíos que la nuestra y emporio mayor de doctrina y aplicaciones económicas, en que fueron notables sabidores desde la antigüedad los fenicios, cartagineses y hebreos, pudiendo agregarse á lo expuesto que las modas españolas fueron llevadas á Alemania en tiempo de Carlos V y á Inglaterra en ocasión de ser Felipe II su rey, como casado con María Tudor en el siglo décimosexto.

Igualmente se comprueba la injusticia, que raya en ceguedad, ni aun disculpable por antiguo odio, la falsa imputación de cobardía que nos atribuyen nuestros enemigos, en tanto que la Historia demuestra lo contrario con la epopeya de nuestra reconquista, de nuestras expediciones á través de los mares y de nuestra guerra de independencia. Tenían fama los mares Oceá-

(1) Los bárbaros de la Germania pertenecian á tres raza: la primera, la establecida en la parte más occidental que había recibido pocos elementos de cultura de los godos, de los cuales dice Libanio, escritor del siglo IV en su discurso III, y Gregorio de Tours en su libro II de la *Historia eclesiástica de los Franc s*, que eran de origen galo; la segunda, la geta ó goda de origen oriental que civilizó á las demás, y que no fué, como las otras, confederación de restos de pueblos, sino una gran nación; y la tercera, la confederación sajona, en qne el elemento gótico era predominante, y que si no tan culta como la raza goda, la seguía en cultura en el mundo bárbaro.

(2) Pág. 5 de la Historia de los Godos, de Brandley, traducción de D. Juan Ortega.

nicos de pavorosos, sin que ninguno de los pueblos cultos de la Edad Moderna se atreviera á surcarlo, deteniéndose la soberbia Europa en las columnas llamadas de Hércules.

Habían, por la frecuencia de las desgracias en estos mares, colocado los antiguos desde el golfo Galaico hasta las Canarias, una serie de pilares que á la manera de semáforos, señalaban á los navegantes los peligros del desconocido Océano. Recordando tradiciones y nombres en Galicia, los geógrafos árabes las alcanzaron también en el Archipiélago canario, que ellos llamaron de los antales ó antiles, nombre corrompido de los moradores de Atlántida; y en el Estrecho de Calpe, colosal estatua de Hércules (destruída por el almirante almohade Ali Ben Almamon, el año 1145, el cual la había creído de oro), parecía cerrar ó prohibir el acceso al Océano Atlántico, mientras por otra parte áun en el Septentrión de la Escandinavia, donde fué con frecuencia accesible el paso á la Groenlandia al Oeste, al Norte la leyenda marina *De la montaña imantada* (1) á que diera origen el fenómeno del Maelstrom, multiplicaba los terrores sobre los mares no explorados. Idea de la opinión que mereció en los siglos medios, el Océano Atlántico, está en su nombre de Mar Tenebroso, con que era conocido quizá, desde la época fenicia ó de los atrevidos viajes del marsellés Piteas. Abu Abdallah Muhammad, el Edrisi geógrafo del siglo XIII, que llegó á designar las Azores con el nombre de «Archipiélago de las Aves», detiene su descripción en las costas de ella y refiere que «Nadie sabe lo que hay después en este mar ni puede averiguarse por las dificultades que oponen á la navegación las profundas tinieblas, la altura de las olas, la frecuencia de las tempestades, los innumerables monstruos que lo pueblan y la violencia de sus vientos. «Hay, sin embargo, en este Océano, un gran número de islas habitadas y otras desiertas, pero ningún marino se atreve á penetrar en alta mar, limitándose á costear más arriba las tierras de Europa. Empujadas hacia adelante las olas de este mar, parecen montañas y caminan sin romperse, y si no fuera por esto, sería imposible franquearlas». Sin embargo, el mismo geógrafo nos cuenta cómo los árabes españoles fueron los primeros que se atrevieron á navegar en él, con la idea de conocer sus lí-

(1) De la cual los árabes han sacado un bello cuento que trae las *Mil y una Noches*.

mites. «Se reunieron, unos árabes de Lisboa, dice, en número de ocho, todos primos hermanos, y después de haber construído un barco mercante, embarcaron en él agua y comestibles para una expedición de muchos meses y se lanzaron á un mar, en el que las ondas espesas exhalaban un olor fétido y ocultaban numerosos arrecifes que no eran visibles sino con dificultad. Temiendo perecer, cambiaron la dirección de sus velas y corrieron al Sur durante doce días ,hasta llegar á la isla de los Carneros, donde innumerables rebaños de estos animales pacían sin pastor ni nadie que los guardara. Navegando después de otros doce días más hacia el Sur, encontraron una isla, y entrando en una casa de ella, vieron hombres de gran estatura y de color rojo, que tenían poco pelo y que llevaban el cabello largo y espeso, y mujeres de rara belleza. Y añade, que habiéndoseles presentado al cuarto día que llevaban de cautivos por ellos, un intérprete árabe y conducido delante del rey de la isla, éste al conocer sus intenciones, después de reirse, le dijo al intérprete: ¡Explica á esas gentes que mi padre, habiendo ordenado en otra época á algunos de sus esclavos exploraren ese mar, le recorrieron á lo ancho durante un mes, hasta que la claridad de los cielos faltó por completo y se vieron obligados á renunciar esta vana hazaña! Era tal la fama de imposible que tenía la empresa, que se recibía por muy cierta el que, á pesar de que primero los árabes y después los portugueses, encontraron en la Isla Tercera, en una altura, un jinete de hierro (1) que señalaba con su diestra el ancho mar como animando al valeroso á emprender tan arriesgada aventura, no hubo hasta Colón quien la intentara, excepto tal vez los almagos ó majuijes de la Escandinavia y de la Jutlandia, conocidos vulgarmente con el nombre de normandos.

No puede de ninguna suerte compararse por lo tanto la jamás celebrada bastante epopeya ibérica con la realizada por fenicios y griegos, pues éstos viajaron generalmente costeando el mar de Siria ó Mediterráneo, mientras los ilustres hijos de Hispania, en su expedición á un mundo desconocido, envueltos entre las brumas de aquel mar que se confundía leguas y leguas con los cielos en el horizonte, sólo tuvieron por guía su ánimo esforzado y sus valerosísimos alientos. Ni mucho menos es para olvidado, que la famosa expedición que tanto exaltó el genio helé-

(1) Véase en un cuento de las *Mil y unas Noches* también esta tradicción.

nico cantada por Orfeo en la *Argonáutida*, empresa memorable, con ser harto conocido el terror que inspiraban los pueblos de las regiones Cimerías el cual creó la fábula del sueño espantoso de la Quimera, donde colocaron el Orko y Tártaro y que tenían tan próximos los habitantes de la Helade, es muy inferior á la de aquellos guerreros que atravesando aquel mar tempestuoso donde huyendo de la cultura se habían refugiado todas las leyendas de los pueblos marinos para pintarle como no sujeto á las leyes físicas conocidas, muestran por modo elocuentísimo el valor extraordinario de la raza hispana.

Tengo para mí que si algo ha desmerecido en España de aquel valor legendario idealizado ó sintetizado en el soberbio castellano Rodrigo Díaz de Vivar, alguna parte les cabe en esto á los representantes del poder, que, perteneciendo á razas extranjeras que acabada nuestra gesta hispana ocuparon el trono español, dejaban á menudo huérfanos los pueblos y el ideal levantado de la patria, anteponiendo el interés dinástico á las aspiraciones nacionales é inaugurando la política del miedo de la contemporización y de la decadencia que llevaron á ocupar los primeros puestos de la patria á los menos españoles, pero más corrompidos y más inmorales que al igual de lo ocurrido entre los árabes durante la decadencia del Jalifato que dió origen á los famosos reinos de taifas y produjeron aquellas insurrecciones, que iniciadas por la lucha religiosa en tiempo de Felipe II en las guerras de los Países Bajos y en las Alpujarras, dieron por resultado en el de su hijo la expulsión de los moriscos, y en las de su nieto con el desgobierno del Conde-Duque de Olivares, cuyos parientes quisieron fundar tronos á la sombra de su favor, lo que logró el de Braganza, ya que no el de Medina Sidonia, la pérdida de Portugal y la sublevación de Cataluña y el reino de Nápoles. Podemos, por lo tanto, sintetizar la historia de España desde que se formó la nacionalidad española hasta nuestros días, como un paréntesis de calamidades constituídas por las rebeliones y guerras civiles, como resultado de la vida al día y la carencia de ideales políticos, salvo el momento transitorio de nuestra unión á Portugal que hizo creer por un momento que se había completado la obra de reconstitución patria, ensueño deleznable por desgracia y realidad perdida por nuestra abominable administración pública, la cual nos presenta ante el mundo entero en el siglo XX en peor situación que al bajar al sepulcro los Reyes Católicos,

con Gibraltar en poder de Inglaterra, perdida la obra de Colón para el poderío ibérico y bajo el dominio de empresas extranjeras las riquezas de nuestro suelo. Pero si las hazañas de estos cinco siglos no han traído ventajas positivas para la española soberanía, no ocurre cosa semejante respecto del progreso de la humanidad, que merced á España, ha dado pasos de gigante en la civilización; pues su nombre, á pesar de las injusticias del presente, sólo puede ponerse al nivel de el del pueblo romano, explicándose harto nuestra decadencia actual por el hecho histórico de todos conocido de haberse despoblado nuestra patria en favor de América, que ha recibido de nosotros idioma, sangre y cultura; pues si al sentir de los economistas debe aceptarse el principio de que á mayor densidad de población, mayor grandeza y poder ha de calcularse, ¡cuál sería nuestra situación política si toda la raza hispana habitara nuestra península y cuyos hijos por desgracia fueron empujados á la emigración por los malos gobernantes, verdaderos autores, con su fatal y aciaga política, de la decadencia y despoblación de España!

No debemos, sin embargo, olvidar la parte importantísima que en nuestras desgracias ha tenido el desprecio con que se han mirado en España las sabias lecciones de la experiencia, y que ha hecho decir en su injusta enemiga al genio ibérico, al yankee Harrise: «Que la raza ó gente española es incapaz de escribir sobre asuntos históricos». Cierto es, que, salvo contadas excepciones, hasta hace poco las historias patrias no parece que se proponían otra cosa que satisfacer la vanidad personal de los historiadores, dado que en ellas presentaban bellos ejercicios de estilo con narraciones sonoras y hechos más ó menos brillantes, pero sin aplicaciones prácticas. Estudiábanse en nuestras historias las modificaciones, la evolución y cambio de instituciones, pero pocas veces la parte importantísima que en la cultura de la humanidad había tomado nuestro pueblo; puntos ambos, que sin olvidar los otros, deben estudiarse en «Los Orígenes de la Nacionalidad Española y su cultura», por ser como aplicaciones naturales, para la ciencia política, no estudiada por nuestros hombres de Estado como maestra y guía indispensable de la gobernación de la patria, según la forma en que la estudian los anglo-sajones entre sus enseñanzas útiles. Por eso al olvidar el ideal secular de reconstitución española y llevar nuestra vista fuera de nuestros lares patrios, abandonamos aquella verdadera manera de ser his-

pánica para buscar inspiraciones en aquellos pueblos que sin tener nuestra grandeza de origen ni de medios, y muy inferiores en educación artística, literaria, filosófica y jurídica, desnaturalizaron nuestro carácter y produjeron un divorcio completo entre gobernantes y gobernados. De esta suerte, primero los alemanes, rudos é inferiores en instituciones y cultura á nosotros, á la sazón, y después los franceses, de espíritu superficial y educación poco profunda, fueron nuestros modelos; pero en cambio nos arrebataron nuestra preeminencia en Europa, mientras el verdadero enemigo de nuestra raza, los anglo-sajones, lo alcanzaron sin dificultad, aventajando sus instituciones y libertades inferiores un día á la de nuestro pueblo (1). Desde entonces, infiltrados de las preocupaciones francesas que acogemos en sus obras de arte, sus libros, su modo de ser, sus aspiraciones, olvidamos ó despreciamos el estudio de las causas de la grandeza de nuestro secular contrario, el hijo de Albión, cuáles son sus ideales utilitarios, de lo cual nos da lección elocuente la historia de Inglaterra y sus instituciones, mientras nosotros, sin dirección política y llenos de ensueños que pasaron, á nuestro despertar desilusionados por nuestra impericia y mal gobierno, vemos imitar por todas las naciones modernas, incluso la nuestra, aunque de modo inconsciente, sus principales leyes que nosotros conociamos y practicábamos, en forma quizá más liberal, olvidada por la embriaguez de glorias efímeras.

---

(1) Su famosa Carta Magna, decimos con el ilustre D. Victor Balaguer, no alcanza ciertamente á nuestro antiguo Derecho de Manifestación, al que no llega, incluso el nuestro de hoy, el de nuestra moderna España, donde tanto se ha luchado y tanta sangre se ha vertido por la causa sagrada de la libertad.

III

La civilización musulmana.

No fueron suficientes ni la unidad de patria ni la de religión para defender la Grecia de la conquista extranjera por falta de verdadera unidad política. Por lo que toca al Imperio de Occidente, debilitado en su seno por la corrupción de costumbres, las luchas religiosas, la pérdida de todas las libertades, engendradora de la indiferencia que mató el patriotismo, el espíritu de intriga y las traiciones continuadas de los encargados de los negocios de Estado (1), tampoco pudo resistir á la pujanza de los conquistadores germanos. Por otra parte, al dejar de ser conquistador el pueblo romano, desapareciendo por sus malos gobiernos las otras fuentes de riqueza, la miseria se hizo general y la usura podero-

(1) Ejemplos de ello: Rufino, ministro de Arcadio, invita á Alarico, por envidia á Estilicón, ministro de Honorio, á invadir Italia; Olimpio incita al cobarde Honorio á matar á Estilicón, único defensor del Imperio; Serena, mujer de Stilicón, por vengar la muerte de éste, entrega los graneros de Roma, que Alarico apretada por el hambre rinde y saquea; Bonifacio, por rivalidad de Aecio, entrega el Africa á los vándalos; la hermana de Valentiniano, Honoria, llama á Atila contra su hermano Valentiniano III, el cual asesina cobardemente al vencedor de éste, envidioso de su gloria; Eudoxia, mujer de Valentiniano III, por vengar á su marido asesinado por Petronio Máximo, llama á los vándalos, que saquean ferozmente, convirtiéndola en ruinas, á Roma; el emperador Julio Nepote manda á su general Orestes entregue á Enrico, mediante una cantidad monetaria, la Auvernia, cuyos valientes moradores, dirigidos por el célebre Sidonio Apolinar, su obispo, habían logrado arrojar al rey godo de sus murallas, y que en su heroismo habían llegado á comer las yerbas de los campos y dado muestras galanas de su fidelidad al Imperio. No fué, pues, la invasión bárbara la que derrocó el Imperio que se cayó podrido á pedazos; sino la decadente é inmoral administración pública, pues la invasión constó, salvo la gótica, de pocos guerreros, pues la leyenda de pueblos innumerables invadiendo como una avalancha el Imperio, ha sido ya desacreditada por autores tan notables como Duruy y Thierry.

sa, afluyendo las propiedades en pocas manos, con lo cual, ciudades y provincias enteras quedaron desiertas, al punto de que los campesinos de los pagos colonos idólatras aún en el siglo IV, fueron en busca de los bárbaros y con ellos volvían á su patria, sirviéndolos de guía y entregándosela, de la misma manera que el clero católico de la Galia meridional gótica hizo con el católico Clodoveo en odio al arrianismo. Pero la guerra civil, que había sido la causa de la caída de Grecia y Roma, fuélo también de la del pueblo godo, y asimismo produjo la del árabe, facilitando la Reconquista cristiana española.

No de otra manera nuestras guerras civiles entorpecieron la rápida victoria sobre el agareno y durante la dominación austriaca y borbónica detuvo el desenvolvimiento del pueblo español. La discordia civil había producido en España desde tiempos muy antiguos, al par con la desconformidad de orígenes, aficiones y costumbres, la ruina y pérdida total de su independencia. A tal propósito decía Strabón, que vivió reinando Tiberio, emperador romano, en el Libro III de su *Geografía*, que el haberse esparcido los griegos entre las gentes bárbaras, lo produjo, según parece, el destrozo en partes pequeñas y el señorío de aquéllos que por la altanería no podían unirse entre sí ni mantener sus alianzas, de donde nació el no poder ser iguales en fuerzas á los que de afuera venían á investirlos. Esta contumacia fué mucho mayor entre los españoles, añadiéndose la astucia de su natural y la variedad engañosa, porque tales hombres, habiendo seguido un género de vida aplicado á asechanzas y robos, y siendo atrevidos para lo malo, sin haber emprendido cosa grande, no hicieron caso de establecer un gran poder, manteniéndose en sociedad, los cuales, si no hubieran rehusado defenderse uniendo sus fuerzas, ni los cartagineses, invadiéndolos, hubieran podido subyugar sin que nadie lo estorbase, la mayor parte de España; ni antes que ellos los tirios y los celtas, que ahora se llaman celtíberos y vetones, y después el ladrón (1) de Viriato, ni Sertorio ni otros cualesquiera, que hayan tenido intención de extender su imperio sobre los españoles. Los romanos fueron embistiendo por parte ya

(1) Los romanos, como los franceses, calificaban de bandoleros á los nobles detensores de la independencia nacional, y se creyeron dispensados de observar con ellos las leyes de la guerra. Estos bandoleros eran héroes. Laurent «Estudios sobre la Historia de la humanidad». Podemos afirmar que con esta idea han tratado al presente los ingleses á los valerosos boers.

este señorio de los iberos, ya el otro, y domeñando los demás en otras ocasiones, finalmente, los redujeron, todos bajo su dominación, para lo cual fué menester más de doscientos años. De igual suerte, decimos nosotros, sucedió á la España goda y por último á la árabe, contribuyendo además al vencimiento de ésta el luchar con los pobres montañeses cristianos, su riqueza; pues los pueblos ricos son más fácilmente sometidos por los bienes que desean conservar y defender, los cuales al mismo tiempo los enervan y debilitan; no así los que habitan regiones pobres, que como poco codiciados sus escasos bienes, se libran de la conquista la mayor parte de las veces, como sucedió en el Septentrión de nuestra patria.

Hacía poco más de un siglo de la conversión de Recaredo, cuando los musulmanes invadieron nuestra patria, y aunque pudiera creerse lo contrario, el pueblo godo no había realizado su fusión con el pueblo hispano-romano, y profesaban, en su mayoría, el arrianismo. Este debió ser el principal motivo para que los concilios procurasen quitar el prestigio de sus armas á los bárbaros, haciéndoles perder su carácter guerrero. Así la continuada adhesión al arrianismo, por parte de los godos, como el hallarse casi desarmados al invadir los árabes la España, facilitaron mucho la conquista islamita, pues divididos y quebrantados los habitantes de nuestra patria y en guerra civil con los vascones sublevados, y profesando les musulmanes una herejía del cristianismo, que venía á ser el desenvolvimiento de la doctrina de Arrio, con doctrinas talmudistas y nestorianas, después de conquistar rápidamente todos aquellos países que profesaron y aún profesaban estas ideas, conquistaron nuestra Península, apoyados por los judíos, merced, en no escasa parte, al auxilio y traición de los godos, la mayor parte arrianos, quienes no podían ver bien la corona de Witiza en las sienes de su generalísimo Rodrigo, elevado al trono, al parecer, según Aben Adhari y otros escritores árabes, por el partido hispano-romano.

Aquella eterna discusión religiosa que lanzó, andando el tiempo, á los pies de los turcos el Imperio de Oriente, y había producido todo género de herejías, las luchas que no debieron existir nunca entre el Antiguo y Nuevo Testamento, trajeron desde el principio de la Edad Media, las sectas que se apartaron del catolicismo, y que á la larga, produjeron el libre examen y el triunfo de la protesta de Lutero. Entre ellas, la herejía de Arrio se ha-

bía apoderado del mundo; pero muertos sus campeones, el emperador Valante, el año 378, en la batalla de Hadrianopolis (1), el gran rey Teodorico, el año 510, y convertido Recaredo el año 589 á la religión católica, no por esto se extinguió esta secta, como quiera que sus adeptos eran numerosos en Oriente, mientras en Occidente, en España muchos señores de la nobleza y algunas gentes del pueblo, de origen godo, permanecían arrianos, como lo prueba la tentativa de restauración arriana de Witerico, y el que en el siglo VI y comienzos del VII, sólo aparecieron como obispos en los Concilios nombres hispanos-romanos, y por el contrario, que á fines del mismo siglo y principios del VIII, predominasen los nombres de obispos godos, como don Oppas, Metropolitano de Sevilla, Elpidío arzobispo de Toledo y Cipsila, obispo de Córdoba.

En Oriente, depositado el foco mayor del arrianismo en Siria y Alejandría, penetró en Arabia y conocido por Kottán, sobrenombrado Mahoma, el Evangelio apócrifo de San Bernabé, obra de un escritor arriano, el sacerdote de esta secta, Sergio ó Bahira, que algunos han creído nestoriano, le saludó con el nombre de paráclito (alabado, celebrado, famoso), que es lo que significa en árabe la palabra Mahoma, leyendo la voz paracleto en paclito, y creyéndose, acaso por esto, de buena fe, Kottán el elegido, profetizado por Jesucristo, según el citado falso Evangelio. La religión musulmana no es otra, pues, que la herejía arriana con doctrinas hebreas y nestorianas y con las modificaciones poéticas, completamente líricas, debidas á las condiciones especialísimas del pueblo árabe, aplicadas por Mahoma; de más de esto, doctrinas y tradiciones recibidas de otros pueblos, sometidos al Islam, que en sus distintas tendencias sunnitas, siitas y wahabitas, tienen carácter de verdadero cosmopolitismo que por autonomasia distingue á los muslimes. De ahí la facilidad de la conquista musulmana, de ahí el que el Oriente, que contaba con tan gran número de arrianos, nestorianos y judíos, fuera pronto islamizado, y que España, que en poco más de un siglo no había podido, por completo, volver católicos á sus conquista-

(1) Dos dias después de esta batalla, el 11 de Agosto, fueron vencidos los godos, ante los muros de Constantinopla, por fuerzas árabes, al servicio del imperio, y un jefe de los cuales bebió sangre de otro caudillo godo. Fué la primera vez, citada por los historiadores, que se encontraron frente á frente estos dos pueblos.

dores los visigodos, no ofreciese resistencia ante las armas victoriosas del agareno. El pueblo árabe que secundara á Mahoma, el del país de las peregrinaciones ó Hechaz, habíase visto invadido antes que por el Islam. por el arriano ó nestoriano negusi, señor del Alfil ó del Elefante, al Oeste; al Norte por los griegos bizantinos, señores de la Arabia Petrea y de la Siria, y por el Oriente por los persas. Recibieron los sarracenos de estos pueblos su cultura; y cuando conquistada la Siria y convertida al Islam con Moaviya, fueron llevados sus guerreros al sitio de la Meca y de Medina, la cultura árabe fué la siria, bizantina y latina, que recogiera de la de Damasco, Antioquía y Alejandría, teniendo lugar el gran renacimiento muslímico de las letras clásicas (que quizá hubieran hecho desaparecer del mundo los bárbaros de la Germanía), de la misma manera que los Abbacies (1) acentuaron después contra la cultura tradicional de los omeyyies (2) la del renacimiento pérsico, que recogió las obras del mundo asiático, indio, chino, antiguo caldeo y asirio, que en lucha y mezclada con el anterior, produjo en Oriente al parque el escepticismo más grosero, las dos sectas del culto oficial sunitas y siitas en que aún están divididos los musulmanes con las dos tendencias artísticas del pueblo islamita, fundadoras de lo que se llama el arte arábigo.

Ha de reconocerse, sin duda, importancia muy notable á la civilización musulmana, como continuadora en el mundo del progreso científico, artístico y literario, en todos sus órdenes. No de otra suerte pensaba Bailly, cuando en una de sus cartas á Voltaire, decía: «Las naciones de Europa, después de haber envilecido en la barbarie, sólo han sido ilustradas por la invasión de los musulmanes y la llegada de los griegos». Libri exclamaba: «¡Borrad á los árabes de la historia, y el renacimiento de las letras tardará aún muchos siglos en Europa»! Esta opinión es hoy doctrina que no admite controversia. Todas las instituciones que han dado celebridad y poesía á la historia de los tiempos medioevales, así como las ciencias, artes y literatura, penetraron en Occidente traídas por los agarenos de los distintos países que subyugaran, constituyendo la fisionomía ó carácter especial de la Edad Media. Habían transcurrido más de dos siglos

(1) Descendientes de la familia del padre de Mahoma.
(2) Descendientes de la familia materna del profeta.

desde la invasión de los bárbaros, sin que en este tiempo los francos hubieran conseguido otra cosa en el camino de la cultura, sino imitar en lo externo las instituciones romanas, pero sin lograr comprender su espíritu ni darle carácter progresivo; y si bien los anglo-sajones, dueños entonces de la ciencia eclesiástica, llevaban la palabra divina á los idólatras de la Germania, permanecían en lo demás ambos pueblos tan atrasados, que, según Ampere nos refiere, llegó á tal punto la ignorancia durante el siglo VII, que en el nombre de Marco Tulio Ciceron, se creyó descubrir dos diferentes autores, sin faltar quien afirmara que la lengua del Lacio había florecido en Atenas por los tiempos de Pisístrato. Al inaugurarse el siglo VIII, continuaba la obscuridad y la ignorancia, y mientras seguían lentamente los francos su conquista de la Germanía y se consolidaba la usurpación de los mayordomos de Palacio, los anglo-sajones iban refundiendo sus Estados para formar el reino de Inglaterra, como lo lograron definitivamente y por completo el año 827, en el reinado de Egberto el Grande.

Seguramente no merecen todas las instituciones de la Edad Media ser miradas con el desprecio acostumbrado por determinados historiadores; algunas significan un adelanto y todas las justifican los tiempos, apareciendo cual el origen de las instituciones modernas. El pontificado, el feudalismo, la caballería y la poesía medioeval con su profundo espiritualismo, idealismo y sentimentalismo han influído poderosamente para sacar al mundo del caos en que le sumiera la invasión de los pueblos bárbaros. Aun el ideal del pontificado, como superior á la realeza, fué cumplido, asimismo por el pueblo islamita mediante el Jalifato, que al contrario de lo que ocurre actualmente con Rusia, Inglaterra y Alemania, cuyos jefes de Estado son en segundo lugar jefes de su religión, era en primer término pontífice entre los árabes el lugarteniente del profeta y como poseedor del supremo imamado superior á los monarcas de la tierra, no sólo con poder espiritual, sino por el extenso poder temporal que tenía para someterlos. Por esta razón, á la manera que procedieran caldeos, asirios, egipcios y persas, en sus conquistas, permitieron Estados dentro del Estado, y el Jalifa fué rey de reyes, y pronunciando las palabras que constituían la profesión de fe musulmana y recibiendo los faquíes y morabitos en sus dominios, todo monarca era respetado en su reino, á tal punto, que, áun habiendo ofrecido re-

sistencia un pueblo ya islamizado el jefe ó su hijo, si aquél había muerto en la lucha ó de orden del Jalifa, continuaba en su dominio con la única obligación de acudir á la guerra contra los politeistas y de pagar el diezmo á las iglesias de Alláh, ó sea al Jalifa. De ahí la institución del feudalismo germano-árabe, pues ya Seignette hace notar que los antiguos árabes le designaban con la palabra Ahd (juramento de pacto ó fidelidad), cuyo plural *Ohd* ú *Ohud*, nos recuerda con la palabra *fi* (derecho) el juramento de fidelidad *Ohd* que los antiguos germanos prestaban en manos de sus jefes, de cuya expresión germánica *fi-ohd* se ha formado la palabra francesa *Féodalite*. No podemos negar que con la composición, indemnización árabe y varias de sus leyes, como la sálica, por ejemplo, coinciden el pueblo germano y el arábigo, pero esto no debe extrañarnos, dado el origen oriental de la mayoría de la raza germánica sobre todo de la gente goda. Que el feudalismo tiene origen oriental, además de las dos palabras semíticas conque es designado, lo demuestra el que los jefes ó reyes bárbaros que prestaban la ayuda feudal al ostrogodo Hermanrico el Grande y los que prestaron el mismo servicio al hugno-escita Atila y al general romano Aecio, de la misma raza de Atila, los tres caudillos de origen asiático, lo hacían, como algunos reyes de la Arabia Desierta, de la India y de los Escitas al Gran Rey de Persia, y como es natural no por su propio asentimiento, sino por la fuerza. De donde se sigue que el verdadero fundamento del feudalismo no está, como se ha creído, en la declaración de sumisión del siervo al Señor, y en la varia organización de la dependencia feudal, la cual constituye una degeneración de la institución, sino en la del jefe de un Estado al de otro más poderoso. Así vemos que los sajones reunidos por Carlo Magno conservan al frente de su pueblo á su jefe Witikind ó Witiking que, al convertirse al cristianismo, recibe el título de Duque, mediante el pacto feudal, como igualmente los demás pueblos bárbaros sometidos por las armas francas. No de otra suerte al conquistar los árabes á España entregaron tres mil ciudades á los tres hijos de Witiza (1) en premio de su traición y toleraron el reino de Teodomiro, de modo análogo que Alfonso VI y sus principales y más gloriosos sucesores (2) recibieron parias de los monarcas andaluces.

(1) Almaccari.

(2) De este número fueron Zafaidola, vasallo de Alfonso VII, cuyo descen-

No nació sin duda la verdadera independencia feudal en Europa de la usurpación de la nobleza, la cual, si logró privilegios con los merovingios en el tratado de Andelot el año 587, se vió obligada por el Edicto de Pistes del año 863, dado por Carlos el Calvo, á reservar al poder Real el derecho exclusivo de construir fortalezas, sino por la decadencia de los últimos carolingios, que les entregaron indefensos á las irrupciones en su imperio de los normandos en el Oeste y Norte, de los eslavos y húngaros al Este y de los árabes españoles y de los aglabitas en su parte meridional. Por este motivo los duques, condes, marqueses y barones, gobernadores de las provincias carolingias, al fundar los normandos los condados de Frisia (1) y Chartres, así como el Ducado de Normandía mediante la débil dependencia del homenaje feudal, constituyeron los reinos de Francia, Borgoña y Arlés, merced á la fuerza militar que recabaron para resistir la conquista extranjera y el desprestigio en que habían caído al consentir el asiento en Francia de los piratas del Norte los descendientes de Carlo Magno. En el caos que produjo la exagerada subdivisión del dominio político que representa el feudalismo antes de la alianza del pueblo con la realeza, nacieron las guerras privadas en las cuales fué un progreso evidente la tregua de Dios, semejante á la de los árabes en la época de la peregrinación á la Meca y tomada sin duda de ellos, la cual consideraba como sacrílega toda guerra que se emprendiera en ella.

---

diente fué el célebre Aben Hud, que se alzó con los restos del Imperio alhmohade en la península, y de quien era enemigo indomable, que fundó á sus expensas el reino de Granada, el arjonita Muhammad Ben Al-Hamar, vasallo de Fernando III el Santo.

(1) Los condes de Frisia reunieron por conquista Flandes á su condado. Balduino, tutor de Felipe I de Francia, era de raza normanda, y á su muerte su condado fué arrebatado á su mujer é hijos por su hermano, conde de Frisia y padre de Godofredo de Boullon y Balduino de Flandes.

IV.

La civilización musulmana (continuación).

Pero el hecho social que alcanzó importancia inusitada y fama como fisionomía propia de la Edad Media, fué la aparición de la Institución caballeresca que los provenzales catalanes tomaron de los árabes españoles é introdujeron en Europa. Estos sentimientos están bien especificados en un poema conservado en el pequeño Hamasa, en el cual dice Selemet. B. Said Et-taiy: «Es un caballero el que, cuando rico, se acerca al amigo, y necesitado, huye de él; es caballero el que no tiene en mucho la riqueza, y cuando le sobreviene la fortuna no aprende orgullo por ella.» Espíritu asimismo que ilumina el carácter heroico de Antar, cuyas empresas caballerescas han ocupado desde la época de su muerte la memoria de los raïes árabes. Preguntado cómo había adquirido tanta fama, cuentan que respondió: «¡Siendo el primero en el ataque y el último en la retirada, volviendo siempre de los lugares á donde voy, protegiendo á los débiles y los árboles, y dando terribles golpes en el calor de la batalla!» Perpetúanse estas virtudes caballerescas de los héroes antiislámicos en los tiempos del Islam; Mahoma decía con arrogancia que él no cambiaría por el mejor camello de toda Arabia la memoria de haber estado presente cuando se prestó el juramento en nombre de Allah Almontakin «la divinidad vengadora», por los representantes de Haxin y de los descendientes de Kosai, en casa de Abdallah, de que serían campeones del oprimido y procurarían arreglar sus reclamaciones mientras quedara una gota de agua en el Océano, ó satisfarían sus justas demandas con la fortuna propia.

Y si este hecho es muestra galana de la caballerosidad del pueblo árabe en tiempo de Mahoma, ¿pudiéramos olvidar la lla-

mada Promesa del Arbol, que incluye la Azzora XLVIII? Tuvo este suceso lugar con motivo de haber enviado Mahoma emisarios á la Meca, y temeroso por la tardanza de éstos de que los hubieran hecho traición, reunió á sus sectarios bajo una acacia, y uno á uno llamólos á prestar juramento, confirmándolo tocando con su mano derecha la suya, asegurando que asistirían á los emisarios tanto como á la propia causa del Islam hasta la muerte. Juramento que comenzó Mahoma cogiéndose las dos manos á nombre de un caudillo ausente, por el cual dijo que él respondía.

Testifican además los sentimientos caballerescos de Mahoma sus procederes con su ciudad natal, la Meca, que había puesto precio á su cabeza, con la cual obró con moderación y generosidad inusitada. También es indicio de la grandeza de alma espartana del pueblo árabe, el que al volver Mahoma de la batalla en que fueron vencidos los medineses por los de la Meca, dijeron las mujeres al verle sano y salvo á pesar de la muerte de sus maridos, padres, hermanos é hijos: «¡Puesto que aún vive Mahoma, nada son todas las desventuras!» Pero la figura más saliente del islamismo en tiempo de Mahoma es, sin duda alguna, la del caballeresco Alí, el primer adalid del Islam, cuya espada Dzulfacara (1) se puso al servicio del Corán dos siglos antes que la Durindina, de Rolando, fuese el firme baluarte del cristianismo. En nuestra patria prueban el carácter caballeresco de los musulmanes, sin otros muchos hechos que podríamos citar como rasgos de su carácter, el ocurrido ante los muros de Toledo, la cual, estando sin guarnición, fué sitiada por los almoravides, y hallándose sola la reina doña Berenguela, mujer de D. Alfonso VII, el Emperador, tan notable por su belleza y valor como por su cultura literaria, afeó dicha conducta á los sarracenos, diciéndoles: «¡Si sois valientes, id á pelear con el ejército que está en Oreja, y no con una dama!» A lo cual los moros, avergonzados, levantaron el sitio, saludando con respeto á tan egregia princesa. Otro caso semejante sucedió en el sitio de Gibraltar por Alfonso XI, en que los sitiados concluyeron las hostilidades é hicieron honores fúnebres al saber la muerte del monarca, y en el sitio de Baza, donde los moros suspendie-

(1) Todavía dicen los árabes, y aún lo graban en sus alfanjes: «¡No hay caballero como Alí, ni espada como Dzulfacara!»

ron la lucha para que Isabel I se acercara en su paseo á las murallas; sin contar el gozo que demostraron los valencianos cuando en las capitulaciones con el Cid, y después ante el pueblo, ofreció éste que los cristianos tratarían con todo respeto á los musulmanes y les cederían el paso en las calles de Valencia. Tal sentimiento caballeresco llevó al Islam á la conversión del mundo, no por medio de la palabra, como los cristianos, sino por la propaganda guerrera llevada á cabo con el alfanje ó la cimitarra. De igual suerte establecieron los muslimes las nobles fiestas llamadas torneos en el mundo Occidental, palabra que viene de la árabe *turnu*, espectáculo militar, así como la institución de los paladines sostenedores, retadores ó desafiadores baratsas; igualmente reglamentaron la afición caballeresca del arte de la cetrería y montería, cuyas expresiones tomaron de los árabes los reyes de Francia de la tercera raza.

A la manera que muchos guerreros baratsas orientales antes de empezar las batallas se dirigían á retar á los más valerosos contrarios, constituyendo una como hermandad de armas, muchos caballeros árabes españoles formaron una asociación religiosa y militar, y se juramentaron para defender las fronteras contra los infieles y fundaron unas verdaderas órdenes militares con el nombre de rabitos, que imitaban el resto de las tropas, que se dispersaban después de cada campaña, sino que permanecían constantemente bajo sus banderas defendiendo á los ciudadanos indefensos que comerciaban en las fronteras como los guerreros Koreischitas de la Arabia que cumplían el mismo ministerio con los que iban de peregrinación á la Meca; organizáronse las órdenes de la Caballería cristiana enfrente de las huestes religiosas y guerreras de los morabitos ó almoravides y almohades, con las cuales estuvieron en constante contacto. Por otra parte, el precepto islamita de las peregrinaciones á las santas ciudades, antiquísimo en Oriente, unido al sistema de predicación militar del Corán de que había dado ejemplo el profeta, y de otro, la circunstancia de que las órdenes militares sólo han nacido en contacto de los árabes enEspaña y en la Palestina, sin que en once siglos de cristianismo anterior se hubiesen establecido por Constantino ni Carlo Magno, celosos defensores del cristianismo, bastan á probar con evidencia que el ejemplo de la sociedad árabe influyó en la fundación de estas instituciones, que si nacieron del espíritu de la sociedad de la época el sentido y

móvil de ellas, respondía con mayor naturalidad á la nueva evolución del espíritu semítico en Oriente. Porque es tiempo de reconocer y proclamar que no solamente existía en Oriente antes que en Occidente la ceremonia de armar caballero, sino que su caballería abrazó en el campo de la realidad lo que la Occidental sólo tuvo en el campo de la leyenda.

Antes de la institución de los caballeros Templarios, orden que sirvió, según Fauriel, de modelo á la fábula del santo Grial ó Graal, los maestres de la caballería en Oriente, enviaban con su investidura á los nuevos admitidos el permiso de usar la *fetua* (calzón de honor) y una copa de oro ó plata.

De los árabes tomaron las costumbres caballerescas los provenzales catalanes, como lo prueba el dictado de Galib (vencedor ó caballero triunfante), que se dió ya á Alí en el primer siglo de la Hégira y que fué aplicado por excelencia á Dios en el lema de los Alhamares, el cual se encuentra en la forma Galauvier en idioma lemosín con la misma significación. Además muéstrase el sentimiento del honor en el musulmán conforme á nuestra idea europea en la mujer, que guardan en sus harenes como santuario de su honra. ¿Tendremos necesidad de citar las innumerables poesías árabes que celebran el amor puro y delicado? Mencionaremos esa tribu de los Beni-Odhra, cuyos jóvenes, según la expresión de Albicaî, morían de amor, no por constitución delicada, sino por la hermosura de las doncellas y por la modestia y pudor de los enamorados. Las costumbres públicas de los musulmanes, tan mal apreciadas en general por los europeos, velan constantemente por el honor de las mujeres. *¿Ennar, ennar gualé el-aar?* «¡El fuego, el fuego y no la deshonra!» es su grito en las batallas tomado de sus relaciones domésticas. La delicadeza del amante árabe llega al punto de no nombrar á su amada si es soltera ó casada; lo general es hablar del objeto de sus amores, considerándola como viuda. La mirada de una hermosa beduina, dice Lamartine en *sus viajes*, hace olvidar al guerrero musulmán en las batallas la inminencia del peligro, recordándole en su imaginación las encantadoras huríes.

La rima se introdujo también en la Edad Media en la poesía que procede de los hebreos, cuya literatura vence con el cristianismo á la pagana y recibe una segunda fuerza de la influencia árabe. Sin contar la estancia de las canciones amorosas ó cacidas, género adoptado generalmente por los árabes andaluces, el mo-

norismo de las *prosas* provenzales, mesnares hebreos y mesnavis árabes ó pareados, de los rubais ú octavas, entre las cuales está la askra, octava real y el sagal ó soneto, la mayor parte de las composiciones poéticas que llamamos provenzales é italianas, han pasado al mundo Occidental de la metrificación árabe (1). En cuanto á la clase de composiciones, los sarracenos emplearon para sus epopeyas, poemas morales y políticos, el mesnavi, como los poetas provenzales, y sus mercias (elegías) se inspiraron en el mismo sentimiento que los lays provenzales y aun su misma combinación métrica; véase como ejemplo la forma en nuestra poesía castellana y el sentimiento del lay de Jorge Manrique á la muerte de su padre.

Los libros de caballería son también en Europa de origen musulmán, y la mayor parte de los conocidos como provenzales son traslaciones arábigas. El libro sarraceno de los «Doce paladines», es el de los «Doce Pares de Francia»; el del «Lanzarote del Lago» conserva aún nombres agarenos, como los de Ben, Mabouz, Iwaret ó Iuaret y su hija Iblis, así como los de otros muchos libros de caballería, que parecen seguir de cerca las hazañas de los héroes de las Mohallacas, sobre todo, las del caballeroso Antar; por otra parte, los rauïes y us-saras árabes, que en los estados musulmanes propagan la poesía y el gusto literario, fueron imitados por los trovadores y juglares provenzales, cuyas fiestas del Gay saber ó de la Gaya ciencia, en tiempo posterior, tomaron su modelo en aquellas lides gloriosas ó tauafs, que inmortalizaron las famosas ferias de Ocâzh. De la misma suerte que los musulmanes introdujeron su modo de ser en Occidente, influyeron en él con su modo de pensar, y así como el sentimiento de lo maravilloso, magnífico y sorprendente, á pesar de la prohibición de Mahoma, fué reforzado por ellos en el mundo de la Edad Media en sentido milagroso ó sobrenatural (2), lograron también (con sus poesías y narraciones fantásticas, ricas y espléndidas, así como por sus obras de arte arquitectónico que parecen reflejar encantadoras grutas de estalactitas y estalacmitas,

(1) De la décima tenemos ejemplo en la de Federico II de Suabia, bastante conocida, tomada también su forma de los árabes, los cuales conocian varias clases, entre ellas la usada tan sólo por nosotros y que llamamos Espinela.

(2) Esta imitación se ve en todos los ensayos de la literatura francesa de los siglos XIV y XV, en los títulos orientales de sus obras como los de la *Nel des fols, l'arbre des batailles, le Rosier des Guerres, etc., etc.*

y mejor aún, obras mágicas de los genios y hadas de sus cuentos, obras sobrehumanas y de grandiosidad extraordinaria) (1), ser considerados como educadores de su época, iniciadores en los vastos dominios de las indagaciones científicas, restauradores de la filosofía y cultivadores de todas las disciplinas y enseñanzas serias, en las que alcanzaron sorprendentes resultados. ¿Y cómo no iba á ser este pueblo amante de la cultura, si el fundador de la religión musulmana ya decía, según la Sunna ó tradición islamita: «Enseñad la ciencia, que el que la enseña cree en Dios y el que la apetece le adora! ¡Quien habla de ella alaba al Señor; quien disputa por ella libra un combate sagrado; el que la propaga distribuye la limosna de ella á los ignorantes; y quien la posee se convierte en objeto de veneración y benevolencia! La ciencia sirve de salvaguardia al error y al pecado; ella alumbra el camino del paraíso; es nuestra confidente en el desierto, nuestra compañía en el viaje, nuestra sociedad en la soledad; ella nos guía á través de los placeres y las penas de la vida; nos sirve de atractivo al lado de nuestros amigos y de escudo contra el enemigo. Es con ella con la que el Todopoderoso educa los hombres que destina á hablar sobre aquello que es verdadero, honesto y bueno, con los cuales los ángeles gustan amistad, cubriéndolos con sus alas. Los monumentos de estos hombres son los únicos que restan, pues sus altos hechos sirven de modelo y son respetados por las grandes almas que los imitan. La ciencia es el remedio contra los defectos de la ignorancia, un fanal consolador en la noche de la injusticia; por ella los esclavos franquean las distancias y escalan la cima de las felicidades del mundo presente y de lo porvenir; el estudio de las letras equivale á la limosna, su enseñanza á la oración. Al corazón noble inspira sentimientos más elevados, llegando su virtud á humanizar los perversos.»

Los árabes, además. se distinguieron por sus máximas cultísimas, entre ellas, las siguientes: «La tinta del sabio, es tan preciosa como la sangre del mártir.» «El mundo está sostenido por cuatro columnas: la ciencia del sabio, la justicia del grande, la virtud del bueno y el arrojo del valiente.» Y otras miles de miles que pudiéramos citar, que demuestran gran amor á la ciencia por parte de este pueblo.

(1) Véanse las *Mil y una Noches,* y los trabajos de química en la Edad Media.

V

La civilización arábiga española.

Modificó poco en sus comienzos el carácter y cultura hispano-romana gótica la conquista árabe, pues llevada á cabo por los berberíes acaudillados por Tariq y los bizantinos africanos de Muza, algunos paganos, herejes, y muchos renegados, habían transcurrido solamente apenas cuatro años de ello, cuando llegaron nuevas pavorosas á la corte de los Jalifas, anunciando que el Andaluz se perdía, por la ignorancia que tenían sus habitantes de la ley coránica. Así lo demostraron los sucesos de la muerte de Abdellaziz que soñara con restablecer en su provecho la monarquía gótica, por lo cual, acudiendo en remedio de tal estado de cosas y para evitar mayores males, nombró el gobernador de Africa Muhammad Ben Yezid, como lugarteniente suyo en el Andalus á Al-Horr Ben Abderrahmán, llamado el Tsacafi, quien estableció la capital árabe española en Córdoba, trayendo con él á España los primeros hombres eminentes que se contaron en ella, principalmente faquíes, para la enseñanza de la ley escrita.

Debieron seguir, sin duda, algunos á los sacerdotes musulmanes los ulemas ó sabios que trajeron la cultura arábiga que enaltece las glorias del Amirato de Córdoba, cuyos primeros gérmenes echan por primera vez ó se derivan en no escasa parte de las gentes sirias que, acaudilladas por Baleg llegan á la península y recibieron continuos refuerzos durante la dominación de los Omeyyas.

Emuló desde entonces Córdoba con Damasco en ciencias, artes y política, y cuando vino la decadencia de ésta y la traslación de la corte de los Abbacies á Bagdad abolida por ellos la representación política oligárgica, heredamiento greco-latino,

por el despotismo persa de las siitas, conservóse en aquélla que aumentó en libertades, así en las costumbres como en el cultivo de las ciencias, merced á la protección decidida de los Amires independientes de la raza Moaviya. Porque, si verdaderamente no aventajó el fundador de esta dinastía en España, Abderrahman I, cultísimo poeta, artista, astrónomo y hombre de Estado, á sus contemporáneos Harón Arraxid y Carlo Magno en poder, sin duda alguna les superó en conocimiento y amor á la ciencia. Demostró sus talentos políticos, fundando el Amirato independiente de Córdoba, por su valor en los combates y su sabiduría en el consejo, su actividad, su liberalidad y beneficios, según dicen los cronistas árabes que alaban la buena administración de su reinado, atribuyéndose á Almanzor estas palabras: «El sacre de los coraichies es Abderrahmán Ben Moaviya, el cual, saliendo ileso con su astucia de entre lanzas y espadas, cruzó el desierto, atravesó el mar, entró en una tierra de infieles, fundó ciudades, reunió ejércitos y organizó un reino, que antes se hallaba en la anarquía, con su buena administración y su firmeza de carácter, y Abderrahmán Ben Moaviya se hallaba solo, sin más auxilio que su inteligencia, sin más compañero que su voluntad» (1). Probó de la misma manera su amor á la cultura, asistiendo más de una vez á exequias de letrados, mandando construír palacios y mezquitas, comenzando la famosa aljama é inaugurando la prodigiosa civilización árabe; la que impulsó, continuado por sus sucesores Hixen y Al-Hacam primeros, monarcas benéficos, también artistas y poetas, de los cuales Hixen I recorría los barrios pobres modestamente vestido, visitando, consolando y socorriendo á los enfermos y necesitados, haciendo repartir dinero entre los que acudían en noches lluviosas y obscuras á las mezquitas, y dando pensiones á los hijos de los que morían en la guerra contra los cristianos, de igual suerte que á los estudiosos; proceder imitado por su hijo Al-Hacam I, quien protegió á Abbes Ben Nassih el Giafari, el primer vate andalus, de mérito reconocido en Oriente y en especial por su nieto el Amir Abderrahmán II, que ilustró la dignidad real con los timbres gloriosos de insigne historiador, de poeta y de filósofo, no siendo inferior á su contemporáneo Almamón Al Abbaci Jalifa de Bagdad, también decidido protector de las ciencias, el

(1) Ajbar Machmuâ.

cual alzó el tributo que venían pagando los bizantinos á los árabes á Miguel II de Constantinopla, pidiendo en cambio tan sólo que le fueran entregados los libros clásicos que necesitaba para sus bibliotecas, según lista que con referencia á ellos le facilitaron sus sabios.

Abderrahmán II, á ejemplo de sus antecesores, tuvo también elevados sentimientos artísticos; fué literato y filósofo y fomentando además las obras públicas y concediendo mercedes á manos llenas á los hombres más célebres y eminentes de su tiempo, los cuales atraían con sus magnificencias. Prueba de ello, entre otros muchos que pudiéramos citar, son el jurisconsulto Yahía Al-Leisí y el poeta Aben Xamri, así como el músico bagdadita Zeriab, que impuso la moda entre las gentes del Andalus y que llegó á disfrutar sin igual privanza é influencia en la corte cordobesa. Al mismo tiempo Abderrahmán II hizo empedrar las calles de las principales ciudades del Andalus, dotó con ricas rentas las madrasas ó escuelas gratuitas, cuyo número aumentó en todos sus estados; tenía en la Administración gran cantidad de muzárabes (entre ellos el padre de Haxin, quien fué valido de su hijo Muhammad), asimismo que en sus huestes, permitiéndoles construir iglesias. Fué tolerante y justo é hizo reunir en Córdoba un concilio de Obispos españoles para ordenar á los muzárabes que moderasen su celo y les impidieran turbar el Estado para obtener la palma del martirio. Era además Abderrahmán II bondadoso, liberal, notable por su erudición y sus conocimientos en jurisprudencia; como testimonio de ello, se cuenta que reunía á los sabios de su corte y celebraba y dirigía discusiones literarias y científicas, refiriéndonos un historiador que no llegaba ninguno á sus conferencias y le preguntaba alguna cosa fácil ó difícil, á que no satisfaciere (1).

Distinguióse su sucesor Muhanmad como cultivador y propagador de las matemáticas, ciencia pura y exacta por excelencia, según la calificación de la didáctica de los árabes, las cuales, entre otros muchos hombres ilustres, enseñó Muhammad Al Leitsi, hijo del jurisconsulto Yahia, quien en unión de Aben Firnás, el insigne físico, estableció una fábrica de cristal en la península. Animados los muzárabes por la tolerancia y protección de Abderrahmán II, no tuvieron reparo, exaltados por el celo

(1) Ajbar Machmuá.

quizá excesivo de Eulogio y Alvaro y ganosos del martirio, en maldecir públicamente de Mahoma (siendo también instigados muchas veces por falsos amigos) por lo que los faquíes, desde los primeros momentos del reinado de Muhammad, aconsejaron como medida política, para hacer disminuir su multitud é influjo, persecución tan cruel, que muchos, la mayoría de los cristianos de Córdoba, abjuraron.

Coincidieron estos hechos con la venida á Córdoba de Baqui Ben Muhalab, que había recorrido las escuelas de Oriente y adquirido grandes conocimientos; y como su inmenso saber sonaba á novedad y pugnaba con las ideas rutinarias y estrechas de los faquies, estos amotinaron el pueblo contra él, acusándolo de herejía; pero Muhammad le protegió, «y no dejó de tener, como dice Aben Adhari, gran poder entre las gentes y para el Amir Muhammad hasta que murió». Además de este hecho, que prueba que la persecución contra los cristianos no fué dictada por el fanatismo de Muhammad y por falta de cultura, su prudencia, alto criterio, gusto literario y generosidad se muestran de modo gallardo en las historias que de él nos traen los autores árabes, de las cuales bastaría recordar las tres anécdotas que con referencia á Haxin, á uno de sus libertos y acerca del poeta Abol Arriyyedi nos suministra el Ajbar Machmuâ. En su época eran frecuentes las comunicaciones directas de España con la China, como ha demostrado Schwab siguiendo los itinerarios conocidos que puntualiza el geógrafo coetáneo Ab-Jordabeh y las noticias del viaje de Suleiman y de Eldad el Danita; circunstancia también comprobada por el testimonio del poeta Aben Safuen, que en una de sus poesías cita la caramita, nombre que entre los provenzales tenía la brújula, la cual tomaron los árabes seguramente de la China y por los términos Zoron y Aphron, usados para señalar la virtud del imán, que según Juan Andrés y Casiri, son las árabes *djaron* y *avron*, que significan «Mediodía» y «Norte». Infórmanos, en fin, Almaccari, de que no faltaron en aquel tiempo físicos que ensayaron la navegación aérea (1); en una palabra, en la IX centuria España «in quam (dice Haller) artes humaniores confugerant» tanto en Ciencias y Letras como en Agricultura, Industria y Comercio eclipsó á las demás naciones, preparándose en ella el siglo de oro de la cultura arábiga es-

(1) En los *Mil y Un Dia*, véase el cuento de Malek.

pañola, mientras el resto del mundo occidental, atemorizado, esperaba su fin en el siglo llamado de las tinieblas.

Habían los Abbacies rivalizado con los Omeyyas en cultura, resucitando la civilización persa, caldea é india frente á la Siria-bizantina ó greco-latina de éstos. Ya en los tiempos de Almondir y Abdallah, Seuar Ben Handum, fundador del castillo de la Alhambra, intentó que predominara sobre la siriaca; pero el triunfo de ésta y el brillo de la capital del Andalus eclipsó de modo extraordinario á la de Bagdad en los brillantes cortes de Abderrahumán III, del segundo Al Hacám y del valiente Almanzor, primer ministro ó gran visir de Hixen II, cuyos nombres cifran, representan y pregonan las más preciadas glorias de la España árabe. Refiere el cronista árabe Aben Haiyan, príncipe de los escritores árabes españoles, que Abdallah, quien fué distinguido literato, mandó abrir una puerta en la parte oriental de su palacio inmediata á sus habitaciones para recibir por ella directamente al pueblo sin distinción de clases ni categorías, y sus denuncias y quejas contra los empleados públicos que cometían desafueros y obraban contra ley. Aquella puerta, que fué célebre, llamóse la puerta de la Justicia; el mismo Amir en persona tomaba las peticiones escritas y se apresuraba á satisfacer las razonables, con lo cual el pueblo, que no se atrevía á comunicar sus dolores al monarca por intermedio precisamente de aquellos que los habían causado, respiró con libertad y atrevióse á presentar sus quejas. Tal principio tuvo en la España árabe la función de entender de agravios; pero como la acumulación de asuntos demandaba, aquí como en Oriente, una oficina especial y constante trabajo, al que el Amir no podía atender, fué necesario delegar la autoridad, creándose la institución del Justicia Mayor, que había de conservar durante muchos siglos el reino aragonés.

Siguiendo el ejemplo de los Omeyyas occidentales respecto de los Abbacies, se multiplicaron las rebeliones contra el Jalifato de Bagdad, señalándose en el siglo IX las de los Tulonidas y Aglabitas en Africa y Sicilia y los Beni Taher, en el Jorasan, los cuales dieron pernicioso ejemplo por la poca energía con que fueron combatidos, á los Fatimitas, á los Karmatas, á los Buidas ó Deilamiyes, é incluso á Mosul, ciudad muy cerca de Bagdad, sobre las ruínas de Níuive, que en el siglo X logró su independencia. Asombra sin embargo, siguiendo la narración de Abul Feda, escritor árabe que flore-

ció en el siglo XIII, la descripción de las riquezas, esplendor y cultura desplegados por la corte de Almoktadir en el siglo X al recibir la embajada en Bagdad de Constantino VII, Porferigeneta, con haber comenzado ya la decadencia de su poder soberano. ¿Qué maravilla puede causarnos el que la España árabe, que en esta época llega á su mayor apogeo y grandeza, causara admiración á la monja Hroswita, abadesa de Gandersheim, la cual dió á Córdoba, asiento de su gobierno y centro de su cultura, en uno de sus dramas religiosos, el nombre de *Miraculum Mundi* «milagro del mundo», si en los reinados de Kaher y de Arradi, sobre todo en el último, que nombró al jefe de los bárbaros turcos Amir Al Omara, fueron perseguidos los sabios y los poetas musulmanes y forzados á refugiarse en Occidente, donde fueron acogidos por modo generoso recibiendo mercedes y cuantiosas rentas de los monarcas y señores cordobeses?

Queda ya dicho en páginas anteriores, que los príncipes Omeyyas rivalizaban con los poetas en el cultivo del arte literario; dando noble ejemplo, protegiendo á los estudiosos y sobresaliendo en ramos distintos del saber humano. De aquí el progreso de Al-Andalus, cuyos hombres de ciencia traducían las obras de los clásicos y sus mercaderes visitaban todos los puertos del mundo conocido, importando sus productos naturales é industriales y al mismo tiempo noticias de todo aquello que les había merecido alabanza; y era tal el culto á las bellas letras que los grandes primates musulmanes imitaban á sus emires y se rodeaban de eruditos tratando con ellos cuestiones filosóficas, científicas y poéticas. Los sabios eran buscados en el Oriente, de donde eran atraídos con grandes mercedes y llegaban á ser los validos y ministros de los Amires, y los rauïes recorrían los países de islamitas y mudéjares recitando cacidas, mercias, hamasas y poemas de sus héroes, y el pueblo, semejante al de Atenas en la época de su florecimiento educado al gusto literario, notaba en la delicadeza y galanura del habla del rauï el lugar de su nacimiento, su educación literaria y áun las tendencias de sus composiciones poéticas. Fué el reinado de Abderrahmán III el siglo de oro de la poesía árabe española, el cual tuvo comienzo el primer año de la segunda década del siglo X de la Era Cristiana. Aquel príncipe, adornado de grandes cualidades y nobles prendas, fué el Amir, que por primera vez en el Andalus tomó el lakbah de los Jalifas, An-nasir Lidin, Allah y la Jothba como

Amir Almuminini (Miramamolin, Emperador ó Príncipe de los creyentes) siendo el motivo de esto, que habiéndole llamado en su auxilio los Edrisitas, muy apretados por los Tatimitas en Fez, cuyo jefe había tomado el título de Jalifa, debido al desprecio en que cayeran los abbaçies, cuya jefatura religiosa todos los musulmanes discutieron al desaparecer su poder político, fueron vencidas las tropas del Mahdi y proclamado Abderrhamán como soberano en todo Almagreb. Ejerció Abderramán III, el imamado superior con todas las funciones religiosas anejas á su jerarquía, presenciando y oyendo la disputa entre los defensores de los ritos islamitas de Hambal y de Malic, fallándose en definitiva, como lo verificó andando el tiempo D. Alfonso VI, entre los partidarios del Breviario romano y del muzárabe con justa preferencia á favor del malaquita que tenía más crédito en la corte y en consejo de las personas religiosas, no sin declarar que uno y otro agradaban á Dios, pues aparte de diferencias de poca entidad, concertaban en todo lo importante.

Promovió este poderosísimo príncipe las obras públicas, aumentó las escuelas científicas, construyó maravillosos palacios, cuyos materiales mandó traer de todos los puntos del mundo conocido entonces, no superados en las descripciones de las *Mil y una noches* como los de la famosa Medina Azzahra «la Flor», sitio real donde pasaba la estación del estío, la cual estaba llena de estatuas, termas y encantadores jardines, con hermosas mezquitas y aljama. Dueño también del Mediterráneo ó mar de Siria, con poderosa escuadra, sus comermerciantes y artistas llevaban su fama á todos los pueblos de Occidente, con cuyos soberanos como Oton de Alemania, Romano de Constantinopla y Hugo de Provenza, celebraba amistosas alianzas mientras los reyes de León y Navarra acudían á su corte á dirimir sus contiendas.

En el interior no hubo «un solo rebelde ni enemigo á quien no venciese y de cuyos dominios no se apoderase, durando su reinado cincuenta años con la mayor gloria y el poder más incontrastable, conquistando ciudades por Oriente y Occidente, combatiendo y venciendo á los cristianos, arrasando sus comarcas y destruyendo sus castillos, con tal fortuna, que jamás tuvo contratiempo ni su estado sufrió detrimento alguno. A tal punto llegó su próspera suerte, que Alláh le concedió la conquista de ilustres ciudades y fuertes castillos á la otra parte del mar, como

los de Ceuta y Tánger y otras poblaciones, cuyos habitantes reconocieron su autoridad. Todos pusieron en él su afecto, á él se dirigieron todas las inteligencias y vinieron á favorecerle y á ayudarle en sus guerras, los mismos que antes formaban parte de sus enemigos y habían puesto su conato en combatirle.» (1)... Convocó en Córdoba hombres eminentes é ilustres literatos, como no los habían reunido jamás otros monarcas, tales como Muza Ben Hodair Alhachib, Adallah el Hamid Ben Bacil, Aldel Melic Ben Chahuar, Ismail Ben Bech Eb Ali Iça el Kadhi, Al Mondzir Ben Caid único, en su tiempo en ciencias y literatura y en dotes oratorias; personajes cuyas costumbres fueron modelo de pureza en su época, no debiendo olvidarse á Iça Ben Fotais, su secretario, el más elocuente de los hombres, sin contar otros muchos cuyas excelencias no refiero por no ser difuso» (2). Dejó en su tesoro más de cincuenta millones de oro, ascendiendo sus rentas á más de cinco millones, lo cual le constituyeron en el monarca más rico y poderoso de su tiempo.

Córdoba, su capital, contaba medio millón de habitantes y seiscientas mezquitas, que después se aumentaron hasta tres mil ochenta escuelas, sin contar las Academias é innumerables centros docentes y reuniones literarias, trescientas casas de baños, innumerables palacios, jardines, plazas públicas y mercados, ciento trece mil casas, con las calles empedradas con esmero, así como los caminos vigilados por cuidadosa policía, mejoras sobre las cuales introdujera Almanzor años después, ventajosas innovaciones, como la división de la ciudad en 28 arrabales, que constituían otras tantas ciudades secundarias, con adarves que separaban las unas de las otras, y puertas que se cerraban á media noche, como también la vigilancia nocturna por serenos provistos de faroles que pendían de uno de los objetos de su equipaje, y sendos perros de presa para defenderlos y ayudarlos. Ahora, si ponemos en parangón las dos civilizaciones cristiana (3) y musulmana, en los siglos IX, X y XI, observamos aquélla representada por miserables aldeas, cabañas rurales y mal construídos torreones, y un país continuamente perturbado por la guerra, donde no se pueden andar diez leguas sin riesgo de ser des-

(1) Ajbar Machmuâ.
(2) Almaocari.
(3) Salvo la del Imperio bizantino.

balijado; la islamita por el Cairo, Damasco, Bagdad, las ciudades de las *Mil y una noches*, con sus palacios de mármol, sus talleres, sus escuelas, bazares, jardines de varias leguas de extensión, campos bien regados y cubiertos de pueblos y el movimiento incesante de los mercaderes que van tranquilamente desde España hasta Persia».

Florecían en el Jalifato cordobés, agricultura, industria, comercio, ciencias y letras; todo brillaba con luz deslumbradora en medio de las tinieblas de aquella época de barbarie é ignorancia. Los señores y los mercaderes ricos tenían patios y jardines llenos de rosas y otras flores odoríferas, con surtidores que formaban preciosos saltos y juegos de agua, grandes estanques para suavizar y refrescar la atmósfera, rodeados de cómodos divanes, salones con magníficos tapices, y telas de seda fuentes de oro cubiertas de piedras preciosas, vajillas de oro y plata, perfumes de Arabia, que ardían en cazos ó pebeteros de oro, armaduras y armas brillantes, bruñidas con adornos de oro y plata, admirablemente templadas en Toledo ó Damasco, y jaeces para sus caballos, de una riqueza admirable. Aben Hamad se asombraba de la abundancia y baratura de todos los artículos en Córdoba y todo el imperio, del aseo de lo vestidos y del bienestar general, que llegaba hasta el punto de que casi todo el mundo iba en mulo en vez de ir á pie. Era más notable que todo esto, sin embargo, el Jalifa, que, según dice R. Dozy, «por su inteligencia, verdaderamente universal, á la que nada escapaba y que parecía tan admirable en los detalles sin importancia como en las más sublimes concepciones; hombre listo y sagaz, centralizó y dió unidad á la nación y al gobierno, y por sus alianzas estableció una especie de equilibrio político que en su tolerancia amplísima llamó á sus Consejos á los hombres de otra religión, pareciendo más que un Jalifa de la Edad Media, un rey de los tiempos modernos». Tuvo lugar en el reinado de Abderramán III, importante renacimiento de la cultura religiosa de los judíos españoles; pues el rabino Nathan, en Córdoba, reconociendo la superioridad científica de R. Ben Hanoch, de la escuela de Sora, se apresuró á proclamarle presidente y director de la Academia, no sin contentamiento de Abderrahmán, quien aconsejado por su médico y privado, Hasdai Ben Xaprut (Saporta), aspiraba á privar al Jalifato oriental de la excelencia del geonato, fuente de innumerables recursos con que contribuían todas

las aljamas israelitas, incluso las españolas, las cuales, desde la época de los visigodos, estimaban como de gran interés al enviar anualmente á Sora una lista de los israelitas muertos, para que orasen por ellos é hiciesen duelo por su muerte, estableciéndose en aquellos días, permanentemente en España, el verdadero centro de la literatura y de la ciencia escripturaria filosófica y gramatical de los judíos, cultivada sin interrupción y con suma fecundidad en la península ibérica hasta fines del siglo XV.

VI

La civilización arábigo española (continuación).

Durante el reinado de Al Hacán II, hijo del Jalifa Abderrahmán III, rayó á tal altura la cultura que eclipsó en mucha parte el esplendor de las cortes musulmanas de Harón y Almenon, y las memorias generosas de Atenas, Alejandría y la Roma de Augusto. Al Hacám 11, como nos cuenta Aben al Atsir, «amaba á la gente de ciencia, era sabio, perito en las sectas religiosas, entendido en las genealogías é historias, gran coleccionador de libros y generoso con los sabios, á quienes honraba mucho haciéndoles venir de los países lejanos para servirse de ellos y honrarlos». Fué tan ilustre hijo de Abderrahmán III, el más notable de los Omeyyas de Oriente y del Andalus; en su tiempo casi todos los habitantes de Andalucía sabían leer y escribir, en tanto que los que vivían en la Europa cristiana solían ser en extremo ignorantes. El dió el ejemplo á su pueblo, llegando á juntar más de 600.000 volúmenes, que en su mayor parte leyó y anotó de su mano. Sólo el catálogo de sus obras formaban cuarenta y cuatro tomos de cincuenta hojas cada uno, (1) cuando cuatrocientos años después tras todos los esfuerzos de Carlos el Sabio, componíase la Biblioteca Real de Francia de solo unos novecientos volúmenes, cuyas dos terceras partes eran obras de Teología. Dozy nos dice «que Al Hacám II escribía al principio ó al fin de cada libro el nombre, sobrenombre, nombre patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y de su muerte y las anécdotas que á él se referían. Estas noticias eran preciosas. Al Hacám conocía como ninguno la historia literaria, así es que sus notas gozaron siempre de gran autoridad entre los sabios andaluces».

(1) Según Conde, *Historia de la dominación de los árabes en España.*

No pareciéndole bastante las escuelas de Córdoba para la instrucción de la juventud, fundó veintisiete colegios, donde los pobres recibían enseñanza gratuita. Amplió la Universidad de Córdoba, que no tenían rival en el mundo y á la cual asistían millares de estudiantes, donde además del Derecho y Teología se estudiaron Bellas letras, Historia, Medicina, Astronomía, Matemáticas, Historia literaria y Filosofía. En ella Abu Beor Aben Moaviya, el de Coraix, exponía los jadices ó tradiciones del profeta, Abu Ali Cali, de Bagdad, dictaba una extensa cuanto precisa colección de comentarios acerca de los antiguos árabes, sus proverbios, su poesía y su lengua, al propio tiempo que Aben Alcuthia (descendiente de Sara, nieta de Witiza), explicaba la Gramática y la Historia, en especial el período de la conquista de la península por los árabes, mereciendo de Al Hacam el concepto de ser el más docto de los gramáticos de España. La poetisa Rhadhiyah regentaba una cátedra de literatura, siendo célebre por su agudeza y la brillantez de su espíritu. Aischa era citada por la extensión de sus conocimientos; Khadidhah componía los versos y la música de sus canciones; Maryem profesaba públicamente en Sevilla la Retórica y la Poesía, y Lobnad llenaba las funciones de secretario del Jalifa, por su ilustración y su bellísima letra. En Córdoba, en aquel tiempo, los hombres ilustres llegados de todas las partes del mundo musulmán eran innumerables, y entre ellos no podemos dejar de señalar á Abul Casis, ilustre cirujano de Medina Azahra, llamado Az-zahrani, cuyas obras, trasladadas al latín, han servido de guía durante muchos siglos en las escuelas europeas; á Aben Golgol y Aben Basal distinguiéronse en Botánica y Jardinería; Axoxani, Arib Ben Sab y Abul Gualid Junes en Historia; en Geografía, Aben Jusuf Alguarrac y Motarif Isa Algasani; y en Poesía, vates tan justamente celebrados por la fama como Abo-l-Hani el Motanebi de Andalucía, Ahmed Ben Farag Al-Giheni, autor de la Antología «Los Huertos»; Aben Abderrabbihi, Adolmelic Ben Said, Muhammad Ben Yahia Calafol, Aben Mogis y Giafar Ben Ormin, el Moshafi, camarlengo que llevó la dirección de los negocios públicos durante los dos últimos años del reinado de Al Hacam, que paralítico le autorizó para el gobierno y que fué el que aconsejó la regencia de Huxen II, todos ellos gloria de nuestra patria y del mundo sarraceno. Andalucía, dice D. Pascual Gayangos, fué durante el reinado de Al Hacám un mercado, adonde eran lle-

vadas las producciones literarias de los diferentes pueblos. Los libros escritos en Persia y Siria eran conocidos en España antes de serlo en las otras partes de Oriente. Al Hacám mandó mil dinares ó escudos de oro á Abul-Faradj el Isfahani por el primer ejemplar de su justamente célebre Antología y sostenía en el Cairo, Bagdad, en Damasco, Alejandría y en Constantinopla, agentes encargados de procurarle á cualquier precio las obras de ciencia antiguas y modernas. En el reinado de Al-Hacám llegó á su auge la función de entender de agravios y contrafueros; un ministro del imperio fué su jefe, cuyo título oficial fué «El de las injusticias», institución que se conservó en tiempo del Cid en Valencia y Murcia, en la primera de las cuales era el cargo segundo del reino y en la última el que lo ejerció era erigido rey de ella, de la cual la tomaron los monarcas Pedro I de Aragón, su hermano Alfonso I el Batallador, que tuvieron ocasiones de conocer en sus viajes y expediciones por aquellas comarcas.

En cuanto á la cultura rabínica Saporta, médico y privado de Abderrahmán III y Al Hacám II, protegió al ilustre autor del Madberet, diccionario de la lengua hebrea Menahem Ben Saruc, al cual emuló y corrigió Dunax Ben Labrat el Bagdadita que se estableció en Córdoba en la crítica de la obra de aquél, titulada Texubat, mientras Rabi Hai, penúltimo Gaon de Pombedita, imitaba la forma recibida de metrificación hispano-hebrea, aplicándola á los usos litúrgicos. Pero el más notable de todos los rabinos españoles de su época, fué Abu Suleiman Rabî Ben Çeid Ben Yahía, el cual fué elevado por sus merecimientos al puesto de Catib ó secretario de Estado por los dos primeros Jalifas españoles, quien escribió obras insignes de medicina que le valieron los elogios de Aben Ossaibriya; un calendario dedicado á Al Hacám II y un libro de Astronomía que poseyó D. Alfonso el Sabio, siendo tan docto en el estudio de las matemáticas que al propio tiempo que Saporta, verificaba con el auxilio de Aben Golgol y del monje bizantino Nicolás una nueva traslación de Dioscórides en lengua arábiga, purificando de los errores que se habían deslizado en la traducción bagdadita; después de su elevación al obispado de Elvira (1) para cumplir el encargo que le

(1) Con cuyo carácter fué de embajador á Alemania haciéndose pasar por piadosísimo cristiano á los ojos del Emperador Oton donde defendió á Abderrahmán III del reto contenido en el mensaje entregado por San Juan de Gorce, y en cuyo lugar usó el nombre de Recesmundo.

diera en Oriente el mismo Al Kendi que fué su maestro, tocante á trasladar de nuevo la Isagoge Aritmética de Nicolao de Gerasa, no sólo exenta de las equivocaciones conque afeó su texto el traductor nestoriano Habib Ben Bariz, sino enriquecida y adicionada con aplicaciones oídas en la cátedra del mismo Al Kendi, según puntualiza en la dedicatoria á unos de sus condiscípulos, que las escuchó con el de los labios de aquel reputado maestro.

Había quedado el cultísimo Moshafi por Regente del reino en la minoridad de Hixen II (primer príncipe musulmán que reinó á los once años de edad) por expresa voluntad de Al Hacám II, con la condición de obedecer las órdenes de Sobeha (la vasca Aurora), madre de Hixen II y sultana favorita de Al Hacám II. Esta renombrada princesa le impuso la asociación al Gobierno del malagueño amirita Muhammad Almanzor, que pronto quedó como único ministro dueño del poder soberano y quien emuló las glorias que habían granjeado con su cultura los Jalifas anteriores, mereciendo ser considerado por sus victorias, como el primer general que tuvieron los mulsulmanes españoles. Levantó en los alrededores de Córdoba á Zahira (la floreciente) que compitiera con la joya del gran Abderrahmán Zahira (la flor) y en su tiempo, floreció el madrileño Moslema Almageriti, autor enciclopédico, cuyas obras señalan el alto punto alcanzado en Filología, Matemáticas, Astronomía y Música por los sabios de España. Era su erudición copiosísima, y escribió obras de historia y correcciones de «La Sintaxis Magna de Ptolomeo», llamada en griego Megiste (Almagesto de los árabes), un libro sobre el empleo del astrolabio, la explicación de las tablas de Aljuarezmi, las de Albateni, y un tratado sobre la utilidad y aplicaciones de los números. Sobre todo, trajo á nuestra península los cincuenta tratados de la Academia ó sociedad científico-filosófica intitulada de los Hermanos de la Pureza, lo cual constituye por sí solo timbre señaladísimo de su gloria. Durante el gobierno de Almanzor continuó el florecimiento de la arquitectura, y sus alarifes labraron en Fez una cúpula que descansaba sobre columnas, añadieron varias capillas á la Aljama cordobesa, terminaron tres mezquitas muy principales en España, la de Lérida y dos de Toledo, y fortificaron la montaña almina de Ceuta y los muros de Maqueda. La Agricultura, la Industria y el Comercio, florecieron en grado sumo, y sus plateros y orfebres, tejedores, bordadores

y artífices en diversas materias se distinguían por sus pacientes maravillosas labores. Los poetas formaban verdaderas academias literarias alrededor de Almanzor y de los poderosos de Andalus. La poesía y el arte lograron aún honrosa representación á la decadencia del Jalifato en el caballeroso Abderrahmán V y en su ministro Aben Hazm, autor de «El libro de sus amores», obra destinada á perpetuar la pasión del insigne literato por una dama muslin á quien consagró su corazón durante más de treinta años sin haber podido conversar con ella ni un momento, hasta que los estragos de la ancianidad habían concluído con la gentileza y la hermosura de la mujer amada. A la caída del Jalifato fué imitada su cultura por los pequeños reinos de Taifas, entre los cuales sobresalieron Sevilla y Córdoba en música y poesía y de las que decía en cierta discusión célebre Aben Ruiz (Avei rroes): «Si en Córboba muere un músico, sus instrumentos son llevados á Sevilla, mas si en Sevilla muere un sabio, sus libros se traen á Córdoba.» Alcanzó entonces más independencia en el decir de sus poetas por intervención de la raza española, señalada en escritos de los Aben Haiyán, de Aben Besam y de importantes autores de Diccionarios Biográficos, de grandes pretensiones literarias como los Alhomaidi Aben Jacan y Ben Abdabó los más modestos que se referían á la escuela Arrazi, Axoxani y Aben Abdilbar en el Jalifato, entre los cuales se cuentan Alfaradi, Aben Baxcual y el continuador de estos dos Aben Alabar insigne escritor en verso y prosa.

El fraccionamiento de las fuerzas musulmanas con los reinos de Taifas, produjeron la caída de la España árabe, que paulatinamente fué siendo conquistada por los cristianos. Cada uno de los reyezuelos del Andalus, tuvo su corte, su política, sus amistades y sus odios. Rodeados de filósofos y poetas ilustres á quienes regalaban con prodigalidad loca, gastaron sumas enormes para satisfacer los caprichos de las beldades del Harem y vivieron entregados á los más dispendiosos placeres; aunque todo á expensas del bienestar de sus pueblos en los cuales para enriquecer sus tesoros multiplicaran las confiscaciones y los magharem é impuestos no consentidos por el Coran y por lo tanto ilegales. Ricas y brillantísimas por su cultura, rivalizaron algunas de estas cortes con las de los Omeyyas y Abbaçies; pero teniendo que sostenerse por medio de la tiranía, alistaron tropas cristianas, berberisca y negros paganos, con las cuales formaban

verdaderas guardias pretorianas, que si les defendían al principio, fueron á la larga un gran peligro para la cultura y un motivo de decadencia. A esto puede agregarse la creciente influencia de los santones y faquíes que, si ya en tiempo de Almanzor consiguieron permiso para hacer expurgos en las Bibliotecas de Al-Hacám para perseguir las doctrinas antialcoránicas, que habían hecho muchos partidarios por la tolerancia de los Omeyyas más ilustres, en tiempo de estos débiles, pero soberbios régulos, ejercieron influencia prepotente. Combatíanse unos á otros y rara vez se reunían para luchar con los cristianos y queriendo semejarse á los Jalifas, dice El Kairowani, «Cada uno en su insensato orgullo se adornaba con un título pomposo: Al Moctadir, Al Motadhid, Al Motaguaquil, etc.» ¡Dios sea misericordioso con Aben Bachink! que ha dicho: «Lo que más me choca en Al Andalus es oir continuamente Al Moctadir, Al Motadhid, etcétera. Estos nombres anuncian una autoridad soberana y no existe tal cosa en el país. Todos estos pretendientes me hacen el efecto del gato que se eriza, maulla y se cree un león!» Si en poder no pudieron los reyes de Taifas imitar con éxito á los Jalifas, lo hicieron con más suerte en sus gustos literarios, y algunos de ellos fueron ilustrados y distinguidos poetas, como lo prueban Al Mudafar Aben Al-Aftas, monarca de Badajoz, quien se consoló de las derrotas que le causaron los cristianos en los reinados de D. Fernando I y de D. Alfonso VI, escribiendo la historia política y literaria de su edad en cuarenta tomos, y los señores de Alcalá la Real apellidados de Aben Zaide que escribieron el célebre Mogrib. Fueron también famosas en esta época las cortes poéticas: de Al-Motaguaquil de Badajoz, cuyo ministro fué el célebre Aben Abdúm, autor de la cacida histórica que corre con su nombre; de Yahia Ben Dzinun, apellidado Al-Mamón de Toledo, émulo de su homónimo el de Oriente, y patrono muy calificado de las ciencias, al cual dedicó el astrónomo Azarcall el astrolabio y las Tablas que llevaron el nombre del príncipe, en las de los monarcas zaragozanos Ahmedes I y II, que erigieron en su corte el palacio llamado de los Goces y la Estancia Dorada y muy especialmente en la de Yusuf, antepenúltimo de la dinastía, autor de un tratado de matemáticas y protector del filósofo Aben Pace, y en fin, en las de Valencia, Almería y Granada aventajando á todos en aquella generosa competencia la de Mutamid Ben Abbad de Sevilla, (príncipe formado grandemente

en las memorias de la corte de Abderrahmán V), esposo de la legendaria poetisa Romaquia y padre de Zaida esposa de Alfonso VI, y de Botseina, insigne versificadora. Este ilustre príncipe, varón igualmente estimable como poeta y como patrono de los cultivadores de la poesía, protegió entre otros á Aben Ammar, su justicia ó alguacil mayor, quien ciñó bajo sus auspicios la corona del reino de Murcia.

Alternaban con frecuencia en estas cortes cantos de guerra como los del granadino Aben Isaac, con poemas didácticos, Muaxajas y Cejales, y cual característica propia de una época en que se sucedían las desgracias y las calamidades para los sectarios del Islam, las sentidas composiciones en que se describían la grandeza y hermosura de las ciudades de España, deplorando á la continua su decadencia y las batallas que mermaban sucesivamente el poder de los muslimes.

En esta época el rabino Samuel Aben Nagrela, catib de los reyes de Granada, se puso al frente del Rabbanismo ó primera edad rabinica propiamente, ó sea de la que sigue á los Gaones, recibiendo el nombre de Naguid ó príncipe de los judíos, equivalente al Gaon antiguo. Poseedor de siete idiomas y muy versado en letras, dió gran relieve á la escuela hebrea, la cual ejerció gran influencia en la cultura de su época. Sucedióle su hijo Jusuf, que fué asesinado por los musulmanes granadinos, que persiguieron á los judíos, los cuales, refugiándose en otras cortes islamitas y cristianas, produjeron con su influencia en las comunidades hebreas de las comarcas adonde se acogían, la segunda época rabbanita de los hebreos españoles; período floreciente, en el cual brillaron Aben Albalia, Aben Giat y Alfassi, mientras se acreditaban en Zaragoza el ingenio de Aben Gicatilla, comentador de teorías gramaticales, al par que en Barcelona merecían consideración de doctos Ben Ruben el Bargeloni, poeta y talmudista, y Aben Saccái, de iguales aficiones, quien andando el tiempo había de ser aclamado en tierra de Babilonia Gaon de Pombedita.

Continuaban las discordias entre los musulmanes, y merced á ellas, Alfonso VI hijo de Fernando I, dice Aben Jaldón, puso sitio á Toledo, la cual capituló el 478 de la Hégira. Explicar el pánico que se apoderó de los musulmanes españoles después de este hecho es enteramente innecesario, dada la importancia de este reino; basta recordar á este propósito lo que el poeta

Aben Al-Gassal decía, según Al Maccari, á raiz de este suceso. «¡Gentes de Al-Andalus, espolead vuestras cabalgaduras, es una añagaza permanecer aquí! El collar de la península se desgrana por todas partes; se ha roto el hilo por la mitad. Nos hallamos rodeados de enemigos que nos acosan. ¿Cómo viviremos en un saco lleno de víboras!»

Conquistado Toledo, Alfonso VI (1) penetró en Andalucía, y no se detuvo hasta Tarifa, puerto de embarque para cruzar el Estrecho, é impuso la capitulación á todos los musulmanes de España, tomando entonces el nombre de Emperador y Señor de las dos leyes ó de las dos religiones; después fué á sitiar á Aben Hud en Zaragoza. Esta ciudad iba á sucumbir después de un largo asedio, cuando Al-Mutamid Aben Abbad invitó al Amir de los musulmanes Jusuf Ben Texufin á cumplir la promesa de acudir en socorro del islamismo. Los doctores de la ley y los personajes más notables de Al-Andalus les escribieron también, suplicándole que les protegiese contra el rey cristiano (2).

Acudieron los almoravides, y aunque al principio arreglaron los asuntos de los muslimes españoles, después se volvieron contra sus régulos y los despojaron de sus reinos. Eran los almorabitos ó almoravides, hombres consagrados á Dios, que en ermitas se dedicaban á ejercicios de devoción, cuyo nombre venía de rabitos que llevaron entre los musulmanes, primeramente los que combatían en las fronteras contra los infieles, jurando no dejar jamás las armas. También se llamaron los del litsam, por llevar tapado el rostro como los Tuareg de nuestros días, que pertenecen á su raza, mientras que las mujeres le llevaban descubierto. Originarios del Sahara, y sobre todo del Sudan y en su mayoría negros, iban bajo la conducta del lamtuni Yusuf. Coadyuvando á la obra de los faquíes y santones, resolvieron concluir con la tolerancia religiosa y quisieron dar rudo golpe á la incredulidad y escepticismo de los árabes españoles. Alí Ben Yusuf mandó quemar el libro de la Resurrección de las ciencias de la Religión, de Abu Hamid el Gazali, en todos los estados sometidos á los almoravides, hecho que mereció la enemiga de

---

(1) Aben Jaldón.

(2) Muchos autores dicen que también los llamó Alfonso VI para que acabaran por debilitar á los estados musulmanes; de esta opinión, que nos parece equivocada, son D. Rodrigo Ximenes de Rada, Lucas de Tuy y Pelayo de Oviedo

los andaluces que los calificaban de bárbaros. No obstante, si no tan cultos como sus príncipes, los de los almoravides fueron también protectores de las letras, y según los cronistas árabes Aben Habar y Aben Alcadi Temina, hija de Yusuf y hermana de Ali, fué distinguida poetisa, y el primero cita además á otra dama también poetisa ilustre, casada con Temin y cuñada por lo tanto de la anterior. Aunque muchas obras árabes (entre las cuales podemos citar el Cartas) hacen elogios de los almoravides, (1) la buena fama de estos ha sido rudamente atacada por sus enemigos los almohades y sus historiadores, entre ellos Adel Wahid de Marruecos, cuyos testimonios (especialmente el de éste) ha servido á Dozy para escribir contra aquéllos. Que el fanatismo, por lo menos al principio, debió hacer que enmudecieran las musas, nos lo prueba curiosa anécdota, en la cual vemos cómo Al-Malah, persona de calidad de Silves, le dijo al poeta Muhammad Ben Habus, que en siete años no se había presentado en aquella ciudad ningún poeta. Pero lo cierto es que si al principio los almoravides quizá merecieron por su protección á los Faquíes, en quienes descansaba su imperio, algunas censuras, después fueron protectores de los poetas andaluces y continuó el cultivo de las letras en el territorio de los muslines, logrando producir eco en las obras de los hebreos. Encontró aquella prosa elegantísima puesta de moda por los Macamas ó Sesiones de Harizi, imitador reputadísimo en Gemal Eddin Muhammad Ben Jusuf Attemini, llamado vulgarmente Aben el Asterconi, aragonés, quien publicaba á su ejemplo cincuenta macamas debidas á su ingenio, tituladas Saracosties (Zaragozanas), al par que movía al cordobés Salomón Aben Sacbel, israelita deudo de Josef Aben Sahal y autor de cantares eróticos para danzas á ensayar aquel linaje de prosa difícil en composición de igual género, es á saber, en la novela satírica el Tachkemoni, que se asemeja hasta en el título á la del mismo nombre de Harizi, conocido autor y maestro de macamas hebreas. Tomada por base de argumento una ficción que se reproduce en el de algunos libros de caballería árabe, señaladamente en el de Zeyyad Ben Amir de Quinena, tenido presente quizá por el autor para

(1) El núcleo de los almoravides era la raza blanca de las tribus de los Sanhachas, que según Aben Jaldón, (Trad. Slane T. I, p. 165 á 185) con las de los Ketamas son las únicas africanas semíticas.

derramar sobre él todo el vaso del ridículo, se propone al inferir las ilusiones y engaños de que fué objeto el héroe del libro, Asser Ben Yehudah el israelita. Pero de la misma manera como los almoravides gozaron el ascendiente literario de las gentes de Andalus, los miramamolines almohades renovaron en sus cortes las famosas mechleses ó tertulias literarias que también mantuvieron sus amires y gualies. En ella se distinguieron Jahia Ben Baca, autor de Muaxajas y de versos melancólicos, Abu Giafar, Aben Said ó Aben Zaide de Alcalá la Real; Muhammad Ben Isa Aben Guzman el Guadixeño, Muhammad Ben Ahmed Ben Al Hadda, un tiempo protegido de Aben Somadih de Almería, insigne músico y autor de cantos amorosos que dedicó á una dama llamada Eleonora, la célebre Leonora de Provenza; el médico Aben Zohr y otros innumerables, sin contar al discreto Abdallah Ben-Ibraim Ben Gozemaro Alhigeri, oriundo de Guadalajara, catib y poeta cortesano del zaragozano Almontansir Aben Hud, señor de Rueda.

VII

La reconquista patria.

Hicieron de España un pueblo guerrero y batallador los esfuerzos para la reconquista, creando á la vez un espíritu de independencia que la condujo á establecer leyes y costumbres superiores á los del resto de Europa. El Fuero Juzgo, que es la legislación mas perfecta del mundo bárbaro y la obra que inmortaliza el nombre godo, y las Siete Partidas, la mas notable restauración del Derecho Romano, forman nuestro cuerpo jurídico, que recibe valiosos elementos helénicos, hebreos y arabes, asi como de la filosofía india budhista, que con las tradiciones del Hitopadesa y del Panchatantra, educan tambien el gusto popular y regulan la vida del pueblo ibérico. El amor á la libertad por parte de los españoles se pareció á la del pueblo árabe, en el cual fué tan grande que no era libre como los antiguos griegos ó los modernos ingleses y americanos: 2 una libertad gozada en común con sus hermanos, sino mera falta de restricción legal á sus acciones. Cada hombre de la tribu era un César ó un Cosroes: cada cual defendía la regia prerrogativa de vengar las injurias con la espada 3: y como el árabe libre, indomable, forma parte de nuestra raza, el español no miraba en sus reyes nada más que el caudillo que les había de llevar á la victoria, de la misma forma que consideraban los árabes á sus Amires que los conducían á la guerra santa: y por esta razón, en España, los señores dis-

(1) El sistema de adopción castellana de la boca-manga y el cabezon que era ateniense y por el cual fue adoptado Mudarra por doña Sancha y Ramiro I de Aragón por doña Mayor, entre otras instituciones, lo prueba.

(2) Véanse «Las Lecciones de Literatura y Bibliografía Jurídica» del sabio catedrático D. Rafael Ureña.

(3) E. A. Freeman. *The History ad conquest of the Saracens*. Pag. 27.

frutaban de la institución de los Behetrias y se desnaturalizaban de los reinos cuando querían y se consideraban no inferiores á los monarcas.

La gente del pueblo, asimismo, obtuvo cartas pueblas y exenciones para gobernarse y celebraron verdaderos pactos con la realeza. Las ciudades que en poder del agareno conservaron sus obispos y las que se fundaron sobre las ruinas de las antiguas destruidas en la resistencia y el fragor del combate eran entregadas á gentes de diversas comarcas, á veces extranjeras y muzárabes, llevando su mejor parte los guerreros que conquistaron el territorio: y con muchísimos privilegios aquellos que eran de antigua fundación y que en poder del agareno conservaron sus obispos y magistrados cristianos y prestaron ayuda para la reconquista. En España, todo hombre de corazón valeroso pudo llegar á ser noble caballero, por lo cual, hay en ella provincias enteras que han contado por nobles á todos sus hijos: por eso sus reyes tuvieron que ser demócratas, según se observa en los monarcas españoles de los siglos Medios, y el pueblo interviene en sus propios destinos por sus comunidades, procuradores y fueros. Los reyes tenían, asimismo, que ajustarse á los principios, usos y costumbres, no reconociéndoseles en ningún reino derechos limitados: ni subsidios, ni soldados, ni cambios territoriales, ni aceptación ni renuncia de beneficios, podían decidirse sin voto y acuerdo de los apoderados directos de la masa social. En Aragón, hasta la justicia fué separada, para ciertos casos, del Poder Real. En Castilla, las comunidades tuvieron poder político en un alcance que no ha tenido ni áun al iniciarse después del absolutismo con el sistema constitucional, y que sin duda habría sustraído á España de la implantación de la monarquía absoluta si no se hubieran sucedido cambios dinásticos que inocularon vicios y procedimientos del todo extraños á las tradiciones españolas.

En cuanto á los comienzos de la nacionalidad española, cuéntase que Ocba, que según el testimonio unánime de los cronistas árabes fué uno de los mejores Amires de España. «Conquistó todo el país hasta llegar á Navarra y se hizo dueño de Galicia, Alava y Pamplona, sin que quedase en Galiquiya alquería por conquistar, si se exceptúa la sierra, en la cual se había refugiado con trescientos hombres un guali (Jefe) llamado Belay Pelayo), á quien los musulmanes no cesaron de combatir y acosar, hasta el

extremo de que muchos de ellos murieron de hambre, otros muchos acabaron por prestar obediencia y fueron así disminuyendo hasta quedar reducidos á treinta hombres, que no tenían diez mujeres. Allí permanecieron encastillados, alimentándose de miel, pues tenían colmenas, y las abejas se habían reunido en las hendiduras de la roca. Era difícil á los musulmanes llegar á ellos y los dejaron diciendo: ¡treinta hombres qué pueden importar! Despreciáronlos por lo tanto y llegaron al cabo á ser asunto muy grave (1).

Para un Estado constituído como el muslímico en España, debió de ser cosa de poca atención la resistencia de Covadonga, que consideraban no de lucha política, ni civil al principio, sino algo así como de gente bandolera, pues ésta no pudo vivir nada más que de correrías y sorpresas, pues si de esta manera consideraron los romanos á aquellos valerosos españoles, que contra ellos lucharon en la guerra de Lusitania y Celtiberia, con mayor motivo sería calificada de este modo la guerra que en menor número, sólo un puñado de valientes pudieran hacer, reduciéndose á escaramuzas y saqueos, para lo cual descendían de las montañas al llano, llevándolo todo en sus talas á sangre y fuego.

Fué la reconquista llevada á cabo por los hispano-romanos que reconstituyeron la patria, siendo de esta raza Pelayo, su jefe, como lo prueba, aparte de la naturaleza misma del nombre, el que los autores árabes le llaman Belay el Rumi, esto es, el romano ó el hispano-latino, mientras al conde Teodomiro le denominan Ben Gobthos, es decir, de linaje godo.

El historiador Aben Jaldón, al hablar de Pelayo y sus sucesores, dice: «Estos reyes proceden de una familia de galiquiya; (2) si bien Aben Haiyan pretende que su origen es godo, yo creo que esta opinión es errónea; porque la nación goda había perdido ya el poder; y es notorio que, cuando una nación lo pierde, es muy difícil que lo vuelva á recuperar. Fué una nueva dinastía que reinó sobre un pueblo nuevo » De esta opinión es Garibay, quien hace notar que los nombres de los reyes de la Reconquista suenan como ecos nuevos y desusados, no pare-

(1) Ajbar Machmuâ.

(2) Esto es, asturiana, pues entre los árabes Asturias estaba comprendida en la Galiquiya.

ciéndose en nada á los que llevaron los monarcas godos; y también muchos autores modernos, como Saint Hilaire (1) que la funda, entre otras razones, en que el nombre de Pelayo es el latino Pelagius y D. Ildefonso Lorente, que sostiene que el primer héroe de la Reconquista nació en las Montañas de Liébana y probablemente en el pueblo de Corgalla. (2)

Parecía insensata la resistencia organizada en Asturias, como dice con su autoridad indiscutible nuestro ilustre maestro don Marcelino Menéndez Pelayo, mas amparada por Dios, de quien provienen las grandes inspiraciones, nos limpió de la escoria goda, borró la diferencia de razas y trájonos á reconquistar el suelo y á constituir una sola gente. Pocas fueron las fuerzas conque resistió Pelayo la furia de la morisma, por lo cual, ni él ni su hijo Fabila pueden considerarse de otra suerte que como régulos ó caudillos; y merced á ello pasaron desapercibidos de los musulmanes, cuya atención llamaron primero los sucesos de las expediciones contra los francos y después sus luchas civiles entre árabes y berberiscos. A mi ver, el primer monarca de la Reconquista fué Alfonso I, en cuyo tiempo la suerte se mostró propicia á las armas cristianas, pues habiéndose sublevado los berberiscos africanos, contra su gobernador Obaid Allah, en el año 741, halló eco en Andalus, quejosos de la injusta repartición de la conquistada España, en que á ellos les tocó la parte peor, las regiones del Norte.

Por este agravio al poco tiempo del reparto al frente de Munuza combatieron contra Al-Haitsan; pero vencidos entonces empeoró su situación mucho y aumentaron sus quejas y el odio que ya tenían á los árabes, y aprovechando coyuntura favorable, dieron la mano á sus hermanos, se alzaron en armas y arrollaron las tropas de Aldel Melic; pero vencidos por Baleg, enemigo de los árabes, aunque con mayor antipatía hacia los berberiscos, los persiguió como fieras, haciéndolos sufrir cruentos é innumerables males. Por lo cual, reducidos á situación muy precaria, fueron arrojados de Galicia, que volvió á hacerse cristiana, dejando de pagar tributo. Llegó entonces el hambre terrible del 750 al 755, que acabó de diezmarlos, «y entonces resolvieron salir

(1) «Histoire d'Espagne.» Lib. IV, cap. I.
(2) «Recuerdos de Liébana »

de España y lo hicieron en tal número que dejaron casi despoblada toda la región central y septentrional, destruyendo las poblaciones que abandonaban. Entonces los cristianos arrojaron de Astorga y otras poblaciones á los muslimes, los cuales fueron replegándose detrás de la garganta de la otra cordillera, y hacia Coria y Mérida. Siguió apretando el hambre, y la gente de España salió en busca de víveres para Tánger, Abila y el Riberberisco, partiendo desde un río que hay en el distrito de Siclonia, llamado río Barbate, por lo cual los años referidos son llamados años de Barbate. Los habitantes de España disminuyeron de tal suerte que hubieran sido vencidos por los cristianos á no haber estado preocupados también por el hambre.» (1) Con todo, Alfonso I, pasada la carestía, pudo recorrer impunemente los países abandonados, y aún quizá fué llamado por algunos berberiscos que prefirieron su yugo á la muerte que les hubieran dado sus enemigos árabes y sirios, repoblando y minando la Liébana, Bardulia y la costa de Galicia, quedando desde aquí Coimbra en el Mondego, Coria, Talavera y Toledo en el Tajo y Guadalajara, Tudela y Pamplona en la región oriental. espantable y dilatado desierto, ciudades despobladas y en ruinas, campos yermos que sirvieron de frutero á los cristianos musulmanes.

Volvieron entonces muchos cristianos que se habían refugiado entre los anglos, entre ellos Odoario, obispo de Lugo, quien seguido de muchas familias nobles y plebeyas se esforzó en cultivar y repoblar los campos desiertos y abandonados, distribuyendo su gente entre diversos lugares, repartiéndoles ganados, frutos y demás cosas necesarias á la vida; edificó por modo análogo castillos y fortalezas para sostenerlas, é iglesias para mantener los pueblos en la fe, restableciendo de esta manera el reino de los suevos. Volvieron también muchos que se habían refugiado (2) entre los francos, los cuales habían comprobado

(1) Ajbar Machmuá.

(2) El metropolitano de Toledo abandonó su grey y se refugió en Roma, y un obispo lusitano buscó amparo en unas islas que hizo desaparecer (pues era gran mágico, según conseja que de labios de marinos portugueses escuchó Eustaquio de la Fose, aventurero flamenco que viajó por nuestra patria en los años de 1479 á 1480 y de las cuales eran ciertos pájaros de extraño plumaje, sin duda pájaros americanos, que vieron en la travesía de Sierra Leona á Lisboa), países que se volverían á encontrar cuando toda España se convirtiera á la santa fe católica. Lo cual parece venía á ser como una profecía del descubrimiento de América.

que los maestros de éstos eran los anglos, é idearon restablecer las letras en Asturias y en Galicia, llamando á los de las islas, que era la gente cristiana más culta del Occidente. (1)

En efecto, solicitaron, con dádivas y promesas, maestros anglos, que enseñaran á los cristianos que acababan de recabar su independencia, para que éstos á su vez, conociendo la cultura evangélica, no cayeran en las herejías en su contacto con los sectarios del Islam, cuyas letras se proscribieron, pues en medio siglo escaso transcurrido desde que los muslimes eran dueños de España, y faltos los rudos montañeses cristianos de tiempo que no fuera para defenderse, olvidaron la cultura gótica, si por ventura alguna vez la poseyeron; pues como dice el marqués de Villena: «Recogidos los cristianos en el Monte Sacro, en Asturias, perecieron los saberes entre ellos, i aún el escribir i leer, por diuturnidad del tiempo. Des que fueron conquistando, sintieron la mengua de la perdida letra é enviaron á la isla de Inglaterra por maestros que tuviesen escuela de escribir i leer é gramatica». (2) Con ellos vinieron monjes que predicaron entre nuestras gentes y casi se renovó el orden legal, establecido antes de la invasión árabe en la capital Oviedo, y no de los documentos godos que en España se habrán destruído y perdido, sino de los que se encontraban en Inglaterra, aunque eran de los godos españoles, como las disposiciones de algunos concilios toledanos, tenidos muy en cuenta por los anglo-sajones.

Empezó entonces, como queda dicho, la repoblación de nuestra patria, repartiéndose los pobladores las tierras, labrando los campos, armados para defenderlos, y regándolos, por lo tanto, con su sudor y su sangre. Los reyes no fueron únicamente los

---

(1) Aparte de la influencia que ejercieran en su época San Columbano y su discípulo San Gall, que comenzaron á evangelizar la Frisia y la Germania, Beda el venerable que floreció á fines del siglo VII y principios del VIII, fué autor entre otras notables, de la «Historia Eclesiástica de los Anglos», San Wiellbrond en tiempo de Pepino de Heristal fué mandado por el Papa Sergio á convertir la Batavia y fundó el obispado de Utrech, San Kilian y San Ruperto fundaron también los obispados de Wiztburg y Salzbourg. El ilustre Winfried, más conocido con el nombre glorioso de San Bonifacio, fundó siete sillas obispales, grandes monasterios y además el arzobispado de Maguncia, que dejó á su discípulo Lull para ir á recibir la palma del martirio el año 755; y por último, Alcuino, que fué llamado por Carlo Magno á su corte para difundir las ciencias anglo sajonas, fundando escuelas en París, Tréveris y Aquisgran.

(2) Arte de trovar.

que fundaron villas y lugares, sino los cristianos que habían quedado entre los árabes y extranjeros, que acudian animados por las inmunidades y provechos que les eran ofrecidos. Cualquier convento ó castillo, en lugar escabroso, era rodeado de cabañas, por ellos defendidas, que convertíase con la seguridad en un pueblo, y á veces hasta poderosa ciudad, y de esta suerte muchas personas que adquirieron su libertad en la guerra ó acudían de la cristiandad, vivían bajo la protección de otros de mayor estado y fortuna, que se habían hecho poderosas por la ocupación militar, pues á los cristianos, como dice López de Ayala, «veníales mucha ayuda de muchas partes á la guerra é en la tierra de España, non avia si non muy pocas fortalezas, é quien era señor del campo, era señor de la tierra; é los caballeros que eran en una compañía, cobraban algunos lugares llanos do se asentaban é comían de las viandas que allí faltaban é manteníanse é poblábanlos é partíanlos entre sí, ni los reyes curaban de tal, salvo de la justicia de los dichos lugares.» (1) Y áun este derecho de justicia, en circunstancias especiales, era dispensado por los monarcas en sus fueros y cartas pueblas, pues lo que aquéllos querían era que se poblasen sus reinos, y había que atraer á los mozárabes, que conservaban muchas de sus libertades entre los muslimes, incluso su municipio romano, sus obispos, sus magistrados y condes.

Al ejemplo de las municipalidades romanas, se formaron nuestros ayuntamientos, en las ciudades que se fundaban, pero sin aquellas reponsabilidades que tenían los individuos de la curia de los últimos tiempos del imperio romano, la cual los convertía á menudo en verdaderos esclavos, adscritos al municipio como el siervo de la gleba á su terruño. Por otra parte, el cristiano español, asturiano ó gallego, de aquella época, era el más independiente de Europa, pues era guerrero, y como tal, noble y libre, como quiera que la conquista musulmana produjera un fenómeno singular en España, pues, viniendo á ser hermano del muslin, el que se convertía al islamismo, la nobleza goda, para conservar sus bienes é influidos por el arrianismo, se hizo sectaria del islam, mientras el pueblo hispano romano, que tenía muy pocos bienes raíces, conservó su religión, huyendo los más enérgicos, para tomar luego parte en la reconquista, y quedan-

(1) Cron. D. Pedro I, Cap. XIV.

do los más débiles entre los árabes, pagándoles la capitación de tributo. Por tales motivos, el cristiano español no pudo ser, por punto general, siervo de la gleba ó del terruño, antes bien, protegidos por los monarcas cristianos que necesitaban de ellos para hacer la guerra á la morisma, recibió privilegios que le hicieron el pueblo más libre de Europa en la Edad Media.

Otro núcleo de resistencia y de peligros para los islamitas españoles surgió en un rincón de la pequeña provincia Lauretana, en su parte más septentrional, en la sierra de Aguilar, donde refugiáronse los guerreros descendientes de los austeros y valerosos Amacas de que habla Strabon y Plinio entre los cántabros, y fundaron á Amaya después del hambre del año 750 al 755, haciéndose mención en la historia de un señor ó conde de aquella población el año 761, el cual dió la mano á los cristianos de Asturias, rodeando su territorio de castillos y fortalezas. De tales fortificaciones recibió el nombre de Castilla (1), dado que no procediera este nombre del poderoso Castillo que Alfonso II hiciera cabeza del condado, alrededor del cual se reunieron los cuatro antiguos pueblos que en tiempo de Alfonso III, fundidos al amparo de tan fuerte Alcázar, edificado sobre un cerro imponente, constituían ciudad importante cercada de inexpugnables muros (cuya fundación, atribuye la tradición al conde Diego Rodríguez Porcellos, con su yerno Nuño Bellidez, ó según otros, Welquides, noble alemán), que de la palabra teutona Burg, ciudad, recibió el nombre de Burgos, ciudad por excelencia, el año 884. Pero lo más seguro en este asunto es lo que refieren los cronistas árabes, los cuales con referencia al año 224 de la Hégira (838-9) cuentan, que el ejército de Abderrahmán II, mandado según Aben Adhari, por su hijo Al-Hacam, ó según Aben Atsir, por Abdalláh Aben Al-Valenci, vencieron á los cristianos, haciéndoles gran matanza, en cuyo mismo año dice Aben Al-Atsir «que salió Rodrigo (padre de Diego Rodriguez Porcellos) con su ejército, con propósito de hacer incursión contra Medina-Celi de Al-Andalus; pero habiéndose dirigido contra él Fortun Ben Muza con un ejército muy numeroso, le salió al encuentro Rodrigo, y trabada la batalla, fué derrotado, con gran matanza en su

(1) Algunos dicen que el territorio de Castilla se llama así desde el tiempo de los romanos, que establecieron en él castillos y otros creen que viene de los castellani catalanes, trasladados por Pompeyo á la Celtiberia.

ejército; Fortun se dirigió á la fortaleza que los de Alava habían construído frente á las fronteras de los muslimes y habiéndola sitiado, la tomó y destruyó. Con relación al año 251 de la Hégira (865-6), nós refiere Aben-Adhari, que el ejército musulman, acaudillado por el príncipe Abderrahmán, después de acampar en las márgenes del Duero, avanzó hacia Feh-Berdix, donde había cuatro castillos que fueron destruídos, y derramóse luègo por todo el país, llevándolo á sangre y á fuego de tal manera, que no quedó á Rodrigo señor de Castilla, ni al señor de Toca, ni á Gundisalvo, señor de Burgos, ni á Gómez, señor de Misanica, castillo alguno que no fuera destruído.» Por lo que antecede, vemos cómo Castilla no tenía el mismo señor que Burgos y otras poblaciones, por más que reconocieran su soberanía, extremo probado también por una escritura del año 937 de Augusto (899 de nuestra Era), en que se lee: «Facta carta... die notum Kal, Martii, Era DCCCCXXXVII, Rex Adefonsis in Oveto, et comite Nunniz in Castella et comite Gundisalvo Fenandiz in Burgos.»

Comenzó, pues, el pueblo castellano en Amaya humildemente pues:

Harto era Castilla
Pequeño rincón
Cuando Amaya era cabeza
Y Fitero el mojón;

pero poco á poco fué extendiendo sus límites merced al bélico empuje de sus hijos, que constituyeron con ella el núcleo de la nacionalidad española.

En los tiempos en que Ordoño II, hijo de Alfonso III el Magno, estableciera su corte en León, donde se había acuartelado para estar cerca de la línea del Duero, que llenó de importantes plazas de guerra, Castilla, que había vivido bajo su dependencia cuando menos militar, vió preso su conde Nuño Fernández y los señores de ella Fernando Ansurez, Abolmondar y su hijo Diego, por no haberle asistido con sus hombres en la batalla de Valdejunquera, en que fué vencido por Abderrahmán III. A causa de ésto, los castellanos formaron un gobierno popular independiente bajo la dirección de dos magistrados llamados jueces, Lain Calvo y Nuño Rasura, encargado el primero de los asuntos militares y el segundo de los civiles, á imitación de los dos

cónsules romanos ó más bien de los jueces de Israel que debieron de tener muy presentes, así por los libros santos del Antiguo Testamento, que entonces así como los del Nuevo Testamento se leían mucho para combatir la doctrina coránica, y además por el gran número de rabinos que de la escuela de Sora afluían á España, haciéndola centro en el siglo X de la cultura hebrea y propagando los estudios talmúdicos.

Ejercieron estos magistrados judiciales, de la misma manera que los jueces de agravio árabes en la puerta de la mezquita, en el pórtico de la Iglesia de una pequeña villa, que por esto sin duda tomó el nombre de Bis-jueces ó Visjueces (dos jueces), y en la cual se hallan erigidas las estatuas de aquellos, mientras en Burgos se enseña una silla que se supone haber pertenecido á Lain Calvo cuando administraba justicia. Con ellos comenzó en rigor la independencia de Castilla, que coronó con sus victorias y habilidad el famosísimo conde Fernán González, héroe legendario castellano, quien logró su independencia (1) por tener de heredamientos Alava y el condado de Treviño, y por lo tanto fuerzas bastantes para resistir á los reyes de León. En los tiempos de su hijo García Fernández, que fué hecho prisionero por los musulmanes y muerto á los pocos días, se coloca la leyenda de los «Siete Infantes de Lara», en la cual supónese que estos siete hermanos, parientes del conde, fueron sacrificados por su tío Ruy Velázquez, á instancias de su mujer doña Lambra, que tenía resentimientos con el menor de dichos infantes. El padre de éstos, llamado Gonzalo Gustios, fué enviado á Córdoba con pretexto de una embajada, quedando prisionero de Almanzor, cuya hermana, prendada del castellano, tuvo con él un hijo llamado Mudarra, que fué el vengador de la familia. Esta leyenda, acreditada por el señor Duque de Rivas, en su *Moro Expósito*, exhibiendo documentos que prueban haber sido cierto el fin trágico de los Infantes de Lara, y en la que el Sr. Menéndez Pidal, en notable trabajo, distingue hábilmente lo que en ella es original y primitivo de lo que son adiciones posteriores, recuerda otra, la del «Caballero del Cisne», que viene en la «Conquista de Ultramar», obra

(1) Según Aben Haiyan, sublevándose contra los Beni-Alfonso, según nuestras crónicas, por un alcón y un caballo que Fernán González dió al rey Sancho I de León, que prometió pagarle su valor, doblándolo por cada día que tardara en hacerlo, y que al pasar siete años llegó á una suma fabulosa, por la cual declaró independiente á Castilla.

mandada escribir y en parte traducir de la de Guillermo de Tiro, por Sancho IV, hijo de Alfonso X, que parece ser la misma de los Infantes de Lara, mezclada con otras tradiciones navarras y castellanas.

Se supone en la leyenda del «Caballero del Cisne», que un conde cuyos estados están limitando con tierra de moros y con los cuales combate, es llamado por su rey Lincomberto el León, y que por llegar tarde á prestar la ayuda guerrera ó servicio feudal, éste le detiene preso dieciséis años. Mientras está encarcelado, su mujer tiene siete hijos de una vez, los cuales son mandados dar muerte por su abuela, en odio á su nuera. Abandonados, expuestos con este fin á las fieras en el campo, los sustenta una cierva hasta que un santo ermitaño los encuentra y los educa. Después, vueltos al poder de la abuela, que los reconoce por unos collares de oro que llevan al cuello, se apodera de seis de ellos y al mandarles arrebatar los collares y darles muerte, se convierten en cisnes y huyen volando por las ventanas del castillo de aquélla. Manda entonces esta malvada fundir los collares para hacer una copa, pero el platero sólo utiliza uno por ver que aumenta la cantidad de oro al ir á fundirlo y con él tener lo necesario. Vuelto el buen conde, á quien se había referido que su mujer le había sido infiel y dado á luz siete monstruos ó podencos, averigua la inocencia de ésta por el testimonio de un escudero de toda su confianza, cuyo nombre tiene marcada configuración arábiga, y á pesar de esto, insistiendo su madre en acusar á la condesa nombrando contra ella un acusador ó mantenedor de la acusación en palenque cerrado, á pesar de su inocencia se ve amenazada á la pena de ser quemada viva.

Después de varias peripecias, salva el único de los hijos que no ha sido convertido en cisne, el honor y la vida á su madre, venciendo al retador. El conde conoce todo lo ocurrido, se vuelven á poner los collares que rescata de manos del platero á cinco de sus hijos, quedando, por haberse fundido un collar, como queda dicho, uno de ellos, para siempre convertido en cisne. Este lleva á su hermano, el libertador de los suyos, á través de los mares en sus empresas caballerescas, lo cual le hace ser conocido con el nombre de «Lohengrin ó el caballero del Cisne,» que Wagner supone hijo de Parsifal (1), señor de Montsalvato

(1) Parsifal es el legendario caballero de Perceval.

Con poco que sean conocidas nuestras historias patrias, no podrá dejarse de observar, cómo en la leyenda se castiga á un conde por no haber acudido á prestar el servicio feudal á su rey Lincomberto el León (ó el de León), lo cual recuerda á Ordoño II y el conde de Castilla, encerrado en dura prisión por no haber acudido á la desdichada batalla de Valdejunquera. Los siete infantes hijos de este conde, recuerdan con el odio que les profesaba su abuela á los de Lara, perseguidos por la enemiga de su tía y Lohengrín á Mudarra el castellano. Por otra parte, el caballero del Cisne nos trae á la memoria á García Iñiguez, hijo de Iñigo Arista que, cautivado por los normandos, cuyas ligeras y blancas naves simulaban las formas de cisnes (1), con ellos volvía después de muchas aventuras y de dar la vuelta á Europa, no sin haber dado á conocer su esfuerzo, adquiriendo con este motivo la amistad de aquellos famosísimos piratas que le ayudaron en su guerra contra los moros, dándoles ropas y víveres por valor de 90.000 dinares. A este propósito, Aber Atsir y Aben Jaldón dicen: «Que penetraron los majuijes (normandos) hasta la ciudad de Pamplona, cuyo rey, García el Faranchi (el de Afranc), cogieron prisionero; el cual después fué rescatado de ellos por 90.000 dinares.» Aben Alcuthia nos cuenta que cuando los normandos saquearon Sevilla y Córdoba se llevaron muchos prisioneros que fueron rescatados por los muslimes á cambio de ropas y víveres, pues los bárbaros no querían oro ni plata.» Por lo cual puede entenderse que Garsea Ben Iñiguez, como le llamaban los árabes, que tuvo guerreros normandos á sus órdenes, con los cuales combatió á los muslimes, les daría como botín de guerra, ó en prueba de amistad y agradecimiento, objetos por valor de los susodichos 90.000 dinares.

Volviendo ahora á la historia de Castilla, ésta continúa sus aumentos, heredando este condado después de la muerte de García Sánchez, asesinado por los Velas, su hermana doña Elvira, llamada doña Mayor, casada con Sancho III, de Navarra, quien transmite con el título de Reino, este Estado á su hijo Fernando I, el cual á su vez, por su casamiento con doña Sancha, hermana y heredera de Bermudo III, reune también en sus sienes las coronas de León, Asturias y Galicia.

---

(1) El camino que recorrían las naves normandas le llaman los autores «Vía de los Cisnes» y Montsalvato nos recuerda al Monte Cruel.

VIII

La reconquista patria (continuación).

Al par que se organizaba en los Pirineos llamados Oceánicos la guerra de Independencia, en los Pirineos Galibéricos la fuerte y enérgica raza vascona formaba un núcleo de resistencia robusta, que había de coadyuvar de un modo poderoso á la reconquista patria. Habíanse sublevado los vascones contra los godos y combatíalos D. Rodrigo, cuando los árabes invadieron nuestra península. Los muslimes, en virtud de la velocidad adquiridas pasaron los Pirineos, vinieron á encontrarse con ellos, arrollándolos y siguiendo su marcha triunfal de los Pirineos al Garona y de éste á Loire. Sobrevenida la derrota de Poitiers, el año 732, mientras los francos reducían á los musulmanes del Loire al Garona, los generosos vascones los perseguían de los Pirineos al Garona, país que de ellos recibía el nombre de Gascuña (Vascunnia), no sin que se corriesen por ambas vertientes de los Pirineos, llegando hasta los valles de Arán y de Andorra por la parte española cuando los bereberes eran destrozados por Baleg, y sus sirios y abandonaban estas regiones. Entonces muchos caudillos bereberes, en odio á los árabes, se aliaron á los cristianos, que descendían de las montañas, en que eran inexpugnables, á los valles, fundando en ellos pequeños pueblos, verdaderas confederaciones republicanas, de las cuales eran las más notable, las formadas por los del Roncal, Aezcoa, Erro, Roncesvalles, Salazar, Bastan, Pineda, Aragón, Canfranc, (1) Hecho, Tena, Tremp, Aran y Andorra. Parece que la divina Providencia nos ha dejado

(1) Can de Afranc, donde hubo fuerte fortaleza, que vigilaba el territorio de Aragón, por cuyo río del mismo nombre, bajaron los vascones de Afranc à la conquista de Jaca.

en la minúscula república de Andorra modelo de lo que fueron las instituciones de los pueblos de estos valles; pero áun sin este medio de comprobación, haciendo abstracción de sus relaciones con el poder central, pueden estudiarse hoy mismo las inmunidades y la independencia de que gozan, debidas á las condiciones de su territorio, donde se sostuvieron, luchando con energía con el agareno, y donde viven aún, de modo liberal, análogo á como estuvo organizada la cofradía de Arriaga, dueña del territorio de Alava, y el pueblo castellano, cuando fué gobernado por sus jueces.

Habiéndose sublevado el año 777 contra el Amir Omeyya Abderrahmán I, Al-Açuad hijo de Yusuf, en la ciudad de Toledo, el cual entró en relaciones con Al Arabi, guali de Barcelona, y el otro fihrita Abderrahmán Ben Habid, apellidado el Slavo, acordaron con Carlo-Magno (que vencedor de los sajones, celebraba á la sazón un placito en Paderbón), (1) fijar las condiciones y designar un día para la sublevación general, contra el Amir de Córdoba, acontecimiento que no se realizó por haber adelantado la fecha el Slavo, por la impaciencia de los suyos, antes de la venida de los francos, circunstancia que le costó la vida. En vano llegaron después aquéllos á España. Abu Al-Açuad, no cumplió sus promesas y Al-Arabi, que con auxilio de Hosein Ben Jahya, se había hecho dueño de Zaragoza, no quiso entregársela á Carlo-Magno, quien la sitió y tomó, siendo esto causa de que los berberiscos no quisiesen ya la alianza carolingia. Penetró Carlo-Magno en nuestra patria por San Juan Pie de Puerto, á la par que entraba otro ejército por Cataluña; tomada Zaragoza, se apoderaron también de Pamplona y Gerona, después de lo cual, se juntaron los dos ejércitos.

No debieron mirar con buenos ojos semejante conducta los vascones, ni mucho menos los gualies musulmanes, quienes pronto se convencieron que, lejos de ayudarles contra Abderrahmán I, Carlo-Magno y los suyos se apoderaban de las ciudades y dejaban en ellas fuertes guarniciones; en consecuencia al ocurrir una segunda expedición de éste, sugirieron y áun ayudaron á los primeros á estrecharlos en Roncesvalles, donde les hicieron sufrir espantable derrota. He aquí como refiere el suceso

(1) Ciudad que parece recordar cierta influencia oriental ó arábiga en los arcos de herradura de su catedral famosísima.

Dozy, siguiendo el testimonio de los autores árabes: «Entre las rocas y las selvas que dominan el fondo septentrional de este valle, dice, se habían emboscado los vascos, llevados, no sólo por su odio inveterado contra los francos, sino ávidos de botín. Desfilaba el ejército en una línea delgada y larga, como lo exigía lo estrecho del terreno. Los vascos dejaron pasar el primer cuerpo de ejército; cuando llegó el segundo, embarazado con los bagajes, se precipitaron sobre él, y aprovechando la ligereza de sus armas y la ventaja de su posición, lo arrojaron al fondo del valle, matando, después del combate, hasta el último, y entre ellos á Rolando, capitán de la frontera de Bretaña; luego saquearon los bagajes, y protegidos por las sombras de la noche, que ya espesaba, se desparramaron por diversos lugares con celeridad extraordinaria». (1) Este hecho fué transformado en las leyendas de los Doce Pares de Francia; de Rolando, héroe legendario más que personaje histórico; del sobrino de Carlo-Magno, Carlos, que mandaba el ejército, y de las hazañas de Bernardo del Carpio.

Después de la derrota de Roncesvalles, y con la alianza de los vascones, los árabes recobraron su pujanza. El año 793 invadieron la Septimania, donde Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania, acudió en auxilio de Guillermo de Tolosa, con el cual logró arrojarlos de sus estados. Con el mismo capitán ilustre, venerado en el número de los santos, arrebató Barcelona al moro Zaid, que la defendió heróicamente. Sin embargo, durante veinte años Ludovico Pío tuvo que pelear para consolidar su dominación en la parte española oriental de los Pirineos, y si bien con la toma de Barcelona y Tortosa, se quedara en posesión de una porción de la cuenca del Ebro el año 812, y los bajeles francos defendían contra los sarracenos las islas Baleares, y momentáneamente se apoderaba también de Cerdeña y Córcega, se vieron obligados á abandonar á Pamplona á los vascones y Zaragoza á los muslimes, así como después á los de Mérida que habían invocado el auxilio de Ludovico Pío. Habiéndose sublevado el año 828 esta ciudad contra Abderrahmán II, dieron muerte sus moradores á su guali, y se defendieron aun sin muros frente á ejércitos aguerridos, no sin coger

(1) El canto de Altabiscar, celebrando este suceso, es apócrifo.

preso á otro guali y mostrarse invencibles durante siete años, hasta que el Amir los atrajo, tanto por su clemencia, como por su misericordia y constancia, ayudando sobremanera á este éxito la falta de socorro por parte del hijo de Carlo-Magno.

Por lo que toca á aquellos guerreros, que habían hecho sufrir gravísimo descalabro á los francos en Roncesvalles, fueron los fundadores de los reinos de Navarra y Aragón, pues como dice Yanguas en su prólogo á la historia de Navarra: «Las montañas de Jaca y Navarra eran de una misma nación; no había aragoneses ni navarros, todos eran vascones, y los moros no les daban otro dictado que el de cristianos de los montes de Afranc.» Por eso el determinar con absoluta certeza los orígenes de Aragón y Navarra parece sumamente difícil por ser uno de los puntos que tienen más fama de ocultos en la historia de España, sin contar que sus cronistas particulares, y áun algunos historiadores generales, como Ambrosio de Morales y el padre Juan de Mariana, pretenden atribuirles la misma antigüedad que al reino de Asturias (1). No faltan historiadores que afirman que la monarquía aragonesa tuvo, como el principado catalán, un origen francés, suponiendo que Carlo Magno arrancó al dominio de los árabes, todo este país hasta el Ebro, formando con él la marca de Navarra ó de Gascuña, la cual se emancipó del poder de los francos en tiempo del conde Aznar. Otros suponen que Aragón, como Navarra, dependió al principio de los reyes de Asturias, quienes en tiempo de Alfonso II, dieron aquel país en feudo á condes que luego se emanciparon de dicho reino. Autores hay que creen haber comenzado el reino de Navarra el año 716 y otros que en el 905, pero puede asegurarse que hasta después de la batalla de Roncesvalles no pensaron los vascones en constituirse como un solo cuerpo de nación, pues primero se gobernaron de un modo patriarcal y democrático; después por condes, y cuando fueron mayores en poder, por reyes.

Viviendo los vascones en repúblicas federativas, y peleando unos con otros, necesitaron jefes que los llevaran á combatir al

---

(1) Las crónicas latinas y arábigas de estas últimas entre otras, las de Aben Adhari y Aben Al-Atsir, citan á cada paso entre las tropas de los reyes de Asturias á los baxcones ó vascones, que bien pueden ser además de los vascos de Jaca y Navarra los de las provincias vascongadas, los de algunos valles navarros ó ya mercenarios de ambas vertientes pirináicas.

agareno y los gobernasen en paz y con justicia. El fuero antiguo de Navarra decía á este propósito: «Et no habia ninguno que ficies uno por otro, sobre las ganancias et las cabalgadas; et hobo gran cabalgada et envidia entre cillos et sobre las cabalgadas bataillaban;» y por este motivo, entre ellos fueron nombrados los más valerosos para que los dirigieran al combate sirviéndoles de caudillo. Merece, pues, ser aceptada la opinión del docto D. Manuel Danvila, el cual dice: «En los comienzos de estos reinos, más que monarcas hubo caudillos militares, pero no cabe suponer leyes escritas é imponer al caudillo condiciones depresivas de su dignidad en los momentos de una lucha tan cruel y sangrienta» (1).

Habían perdido el año 801 los vascones á Pamplona, que rescataron del poder de los francos, y desde ella los movían guerras los muslimes para someter sus valles, por lo cual nombraron jefe para sostener su independencia y para emprender su conquista en el primer tercio del siglo IX, lo que lograron no sin gran esfuerzo. Cuenta Ben Al-Atsir, con referencia al año 228 de la Hégira (842 y 843), que habiéndose sublevado Muza Ben Muza contra Abderrahmán II, y viéndose acosado por Al-Harits Ben Jazig escribió á García que era de los reyes del Andalus de los asociantes, y juntos pasaron una emboscada á Al-Harits y le derrotaron y cogieron prisionero. El mismo cronista, en otra parte de su obra, añade que, habiéndose adelantado Muhammad hacia Pamplona al año siguiente (229 de la Hégira, 843-844 de Jesucristo), tuvo un encuentro con una numerosa división de los cristianos; en él fué muerto García y muchos de los asociantes. Aben Adhari, aunque no nombra á García, habla también de las dos batallas dadas á los de Pamplona en 228 y 229 de la Hégira. Este García es el García Jiménez, primer señor de Navarra y conquistador de Pamplona, á quien sucedió Iñigo Arista, personaje histórico, cuya existencia está plenamente confirmada por las crónicas latinas y musulmanes. El obispo, D. Rodrigo Simón, vulgo Jiménez de Rada, el cual escribió á principios del siglo XIII y estuvo en la batalla de las Navas, cuenta sobre los orígenes del reino de Navarra que «Seyendo muchos estruidos de los moros é por muchas veces los reyes de Castilla

(1) Estudio sobre las libertades de Aragón.

de León, de Navarra, veno un ome de tierra de Rigofrío, que es condado é era mucho usado en armas é en lidiar é en aquello se criara de mozo pequeño é era muy ardid y muy atrevido é llamábanlo Yeñego. Luego en el comienzo moró encima de los puertos de Aspa, donde ahora dicen Roncesvalles, é á tiempo descendió á yuso de los llanos de Navarra é hizo allí muchas faciencas é venció muchas lides, así que por estas cosas que facía diéronle el principado é ficiéronle rey de Navarra. E ovo un fijo que digieron D. García, é D. Iñego Ariestra trabajose de lo casar con mujer del linaje de Reyes, é casólo con doña Urraca que era del linaje de reyes».

Sucedió á Iñigo Arista su hijo García Iñiguez, que el año 245 de la Hégira (859 860) vió su reino asolado por los normandos, que penetraron hasta Pamplona y le hicieron prisionero, según cuentan Aben Al-Atsir y Aben-Adhari, «las tropas de Muhammad penetraron en Navarra, donde estaba García á la sazón ayudado por Ordon (Ordoño I, señor de Galicia) y la recorrieron durante treinta y dos días, arruinando las moradas, arrancando los frutos y entrando en las alquerías y castillos y tomó entre otros á Hisn Castil, donde hizo prisionero á Fortun Ben García, conocido por el Ankar (el iracundo)». Este Príncipe reinó á la muerte de su padre, del 887 al 905 en que le sucedió su hermano Sancho Garcés I, que fué padre de García Sanchez I, el cual tuvo por nieto al monarca más poderoso de su casa, Sancho III el Mayor, cuya descendencia se asentó en todos los tronos cristianos de la España de la Reconquista.

En cuanto á los comienzos de Aragón, queda dicho que fueron los mismos de Navarra, con la que vivió unida, hasta que le erigió en reino para D. Ramiro I su padre Sancho III el Mayor. Decía D. Victor Balaguer que «en los aparatos primiciales de la historia de Aragón hay algo que será leyenda, pero hay también en tal leyenda, mucho, muchísimo que es historia. Historia y leyenda se compenetran de tal modo, que es muy difícil penetrar en el campo de aquélla sin cruzar por los terrenos de ésta». Sobre los orígenes de Aragón la tradición refiere que un caballero llamado Juan de Atares, señor de Amezcoa, se puso al frente de algunos caballeros para luchar con los moros, retirándose después del mundo, haciendo vida de ermitaño, levantando una capilla en el monte Uruel, cerca de Jaca, bajo la advocación de San Juan Bautista. Cuando la muerte de aquel asceta,

acudió mucha gente en peregrinación á su gruta ó cueva del Pano, siendo muy maltratada por los moros, por lo cual se hicieron, trescientos de los principales, fuertes en ella y todos reunidos, congregados en nombre de Dios y de la patria por Oton ó Voto el anacoreta, nombraron un jefe llamado García Ximenez, que mostró pronto su valor en una gloriosa batalla ganada á los árabes junto á la villa de Ainsa, que fué capital de lo que se llamó tierra de Sobrarbe.

Otras tradiciones cuentan que muerto un eremita llamado Galeón, se reunieron junto á su tumba en la cueva de Uruel y decidieron por juramento defender la religión, para lo cual nombraron á Iñigo Arista, valeroso adalid, por Jefe, quien venció á la morisma en la batalla de Arahuest, y ocupó el territorio de San Juan de la Peña, cerca de Jaca, asentado sobre una montaña, toda negra de pinos, que tenía bajo sus pies ciudad llena de torres y campanarios y del otro lado el valle hasta la masa gigantesca de la Peña de Uruel. De aquí al territorio que hoy comprende el montuoso partido judicial de Boltaña, se extendía el país de Sobrarbe, así como el distrito actual de Benabarre correspondió á la demarcación de Ribagorza, de la misma manera como al Aragón las dos vertientes de este río en el partido de Jaca. Según otra tradición, Bernardo, hijo de un conde franco, en el siglo X se apoderó de Pallas, Ribagorza y Sobrarbe, que llevó á la corona Navarra su nieta Caya, primera mujer de Sancho III el Mayor y madre de Ramiro I (1).

Refiérese también que un Aznar, hijo de D. Lupo de Aquitania, mandado ahorcar por Carlo Magno en castigo de haber sido el que dirigiera á los vascones en el paso de Roncesvalles, recibió de Iñigo Arista el territorio del río Aragón, como condado, acrecentándolo con la ciudad de Jaca y legándolo á su hijo Galindo Aznares, á quien heredó Galindo II, el cual dejó la corona á Endregoto, casada con Garcia Sánchez I, Rey de Pamplona, con lo cual, ambos estados, vivieron unidos hasta la muerte de Sancho III el Mayor.

---

(1) Otros dicen que no fué esposa, sino concubina, y de aquí la adopción hecha por doña Elvira Mayor, mujer de Sancho III el Mayor, por la bocamanga por haber defendido su honor á Ramiro I.

IX

La lengua española.

Como queda dicho, los cristianos que lucharon por la independencia patria trajeron maestros de Inglaterra que enseñaron las letras latinas, pues éstas se habían corrompido y adulterado de tal manera con el contacto del arábigo, que se presentaban ambos idiomas mezclados y en espantosa confusión, como puede observarse en unos fragmentos de Elipando (1), Arzobispo de Toledo, los cuales se han conservado en las obras del famoso anglo-sajón Alcuino, ministro de Carlo Magno. De tal manera se sobrepuso la cultura árabe, que Alvaro Cordovés, en su «Indiculus Luminosus» asegura que en su tiempo los cristianos despreciaban el latín y aprendían lengua arábiga hasta el punto de que entre mil cristianos era difícil encontrar uno que supiese escribir una carta latina á un correligionario suyo, al paso que era muy frecuente hallar quien escribiese poesías en competencia con los árabes.

Llegó en realidad esta lengua á ser tan general entre los cristianos, que el presbítero Daniel tradujo al árabe los antiguos cánones de la Iglesia española, y Juan, arzobispo de Sevilla, trasladó al mismo idioma las Sagradas Escrituras, en atención á que sus feligreses no podían leerlas en otra lengua. Hasta los libros de las iglesias parroquiales de esta época en adelante, durante algunos siglos, se llevaban en arábigo y en el archivo de la catedral de Toledo se conservaban y hoy se custodian en gran

(1) Elipando, que quería hacer independiente la Iglesia española de la de Roma con Félix, obispo de Urgel, quisieron armonizar el cristianismo con la religión musulmana y sostuvieron que Jesucristo era hijo adoptivo de Dios, por lo cual fueron declarados herejes y condenadas sus doctrinas en los concilios de Narbona y Francfort.

parte en el Archivo Histórico Nacional, más de dos mil escrituras arábigas, otorgadas principalmente por cristianos aun del estado eclesiástico. Pero este desarrollo de la cultura arábiga, no tuvo solamente lugar en las regiones musulmanas: tanto la conquista que sometió lugares llenos de gentes arabizadas cristianas y de agarenos, como las relaciones pacíficas de los estados cristianos con los islamitas, produjo verdadera influencia de éstos en aquellos tiempos, como lo vemos en el gran número de nombres arábigos que se descubren en las cartas de aquella edad llegadas hasta nosotros, ya de personajes de progenie mezclada, ya de cristianos reconciliados ó mozárabes, sin contar los conversos, los cuales son testimonios del influjo ejercido, así por el idioma como por las costumbres árabes infiltradas copiosamente por la muchedumbre de mozárabes, que llevaron de regreso los ejércitos cristianos tras las arriesgadas expediciones de D. Alfonso el Católico á Segovia, y de D. Ordoño II al Mediodía de España, demostrando las cartas y fueros del siglo VIII, IX y X y posteriores, por su gran colección de términos árabes que el latín bárbaro, en sus relaciones con el habla vulgar, acaudalaba de los idiomas islamita y hebreo dicciones en abundancia. Por otra parte, muchos príncipes cristianos fueron en distintas ocasiones á Córdoba como rehenes, ó cautivos, recuérdese á Fortún Ben Garsea el Ancar, según le llamaban los muslimes, vencido y hecho prisionero por Muhammad I, ó atraídos por fama de las ciencias árabes, cual Sancho, príncipe de León, que fué á la corte de los Jalifas el año 960 á consultar médicos, y Alfonso el Magno, Rey de Asturias, que envió á ella por dos sabios muslimes para encargarlos de la educación de su hijo. Fué además, desde los primeros tiempos de la guerra de la reconquista, otro motivo para que la cultura árabe se difundiese en los pueblos cristianos las relaciones amistosas entre ambos pueblos y los matrimonios mixtos, consecuencia de éstos; así, que la lista de los pactos de moros y cristianos contra pueblos de sus mismas creencias, sería larguísima existiendo semejantes tratados hasta realizarse la unión nacional.

En algunos de ellos, como el de Al Moctadir Billah y Sancho de Navarra, que Blancas incluye en sus comentarios, se dice: «Siempre mutuamente se ayudaran lo mismo contra cristianos que contra muslimes». En cuanto á los matrimonios mixtos, también fueron muy frecuentes entre cristianos y musulmanes.

Cuéntase que Eudes de Aquitania casó á su hija Lampegía con el berberisco Munuza Ben Lupo, Iñigo Arista dió en matrimonio una hija suya, doña Ausona, á un tal Muza, y una biznieta del mismo Arista, hija de Fortun Garcés con un reyezuelo moro llamado Abdallah, que tuvieron un hijo que se llamó Mahoma. Doña Sancha, biznieta del conde Aznar Galindez, fué esposa de Atabil, Rey moro de Huesca, cuyos hijos se llamaron Abdel Malio, Amoros, Muza, Fortunio y doña Velasquita; en Castilla el viejo conde D. Sancho, dió su hija al caudillo amirita Almanzor, siendo su nieto Abderrahmán Sanchol ó Sanchuelo. Dicho Almanzor también estuvo casado con Teresa, hermana de Bermudo II (1); D. Ruy Velazquez de Lara con doña Alhambra ó Lambra (la Roja), y el emperador D. Alfonso VI, á pesar de ser casado con cristiana, concertó matrimonio musulmán con la hija de Al Motamid de Sevilla Zaida, á la que recibió casi como esposa en su tálamo, y que después fué verdadera cristiana esposa y reina, madre del infante D. Sancho, muerto en la batalla de Uclés ó de los siete condes. Más adelante un rey de Navarra, por alzarse con la soberanía temporal de la España muslímica, anduvo metido allá por Marruecos en aventuras y conciertos amorosos con la hija del Miramamolín Almohade, que no llegaron á cumplimiento, según los menos, por la oposición del clero y del Pontifice, quienes ya se iban escandalizando de la ancha manga de los reyes cristianos del Norte de España.

Desde el siglo X en que Al-Andalus era el pueblo más culto del mundo, venía ejerciendo tal influencia en la España cristiana que los hombres más ilustres de ella acudían al territorio de los muslimes á recoger la ciencia y educarse en los conocimientos arábigos, entre los cuales mereció lugar esclarecido Ayton de Vich, Lupit de Barcelona y sobre todo Gotmaro II, obispo de Gerona, eminente historiador arábigo que dedicó su «Crónica de los Reyes francos» á Al Hacam II, y que adquirió tanta reputación y nombradía que á los tres años de haberla escrito en Córdoba era vulgar en el Cairo donde la poseyó y extracto el polígrafo Massudi.

Además de la cultura arábiga que adquirían comúnmente escritores, guerreros y mercaderes cristianos, logró esta difu-

(1) Según cuenta Pelayo de Oviedo y Aben Jaldón.

sión y aumentos merced á los rauïes y us-saras que recorrían los países musulmanes, y aquellos que, sometidos á los cristianos, aún contaban con gran número de islamitas en los cuales recitaban las mahalacas, mercias, casidas y gazales é improvisaban alabanzas; por este motivo desde el siglo IX todo el mediodía de Francia, Cataluña é Italia Septentrional elaboró poderosa cultura de abolengo árabe más ó menos genuino. Al frente de aquel movimiento y como su iniciadora en los países cristianos, se distingue Cataluña, cuyos hijos más notables, como queda dicho, estudiaron en Córdoba y cuya habla catalana ó lemosina fué la primera de las lenguas vulgares. En Barcelona, Gerona y Ausona tuvo origen la lengua provenzal-catalana, y por esta razón los catalanes, en su famosa proclamación católica, recordaban al Rey de España como uno de sus principales méritos el haber sido los primeros padres de la poesía vulgar. Que nació la cultura catalana provenzal de los árabes, ya lo prueba su carácter oriental, observado por Villemen, así como la configuración filológica de su idioma, pues con gran acierto hace notar Sedillot «Que los dialectos de la Auvernia y del Lemosín están llenos de vocablos arábigos, y que los nombres propios tienen frecuentemente una forma árabe completa.»

No discutiré si verdaderamente echaron los cimientos del Estado catalán, según la tradición, los *Nueve de la fama* que pidieron auxilio á los carolingios, quienes á trueque de su ayuda para luchar contra el agareno se hicierón señores del país. Apoderados de fuerte fortaleza varones esclarecidos de las sierras de Cadi, de Ras de Conques y Sierra de Ares, en la Seo de Urgel, hicieron en pro de la reconquista hazañas comparables tan sólo á las de los cristianos en Covadonga y San Juan de la Peña, viniendo á ser por lo tanto análogos los comienzos de la reconquista patria. Cuando Guillermo de Tolosa, Duque de Narbona, llamado el Chato, el Pío y el Santo, tomó á Barcelona á las órdenes de Ludovico Pío, éste formó la Marca Hispánica que puso bajo la dependencia de aquél, comprendiendo el todo un Estado extensísimo donde se elaboró por completo la lengua de Oc, primera de las lenguas vulgares.

En los últimos años de Ludovico Pío pasaron los Aglabitas á Italia, se apoderaron de Sicilia y saquearon á Brindis, Bari, Tarento, quemaron á Ostia y Civita Vechia, los arrabales de Roma y la rica Abadia de Monte Casiano, pusieron en peligro á Nápo-

les, Salerno, Gaeta y Amalfi, amenazando á la república Veneta; se enseñorearon de Malta, Cerdeña, Córcega y las Baleares, hechos dueños del Mediterraneo, atemorizando las tierras cristianas que dependían de Narbona, con sus belicosas correrías. Refiérese de Carlos el Calvo, hijo de Ludovico Pío, que para evitar usurpaciones como la de Fredelón (1) conde ó custodio ó mayordomo de su padre, dividió la Marca hispánica en dos condados, el uno transpirenaico y el otro de la parte española que entonces empezó á llamarse Cataluña, y cuya capital fué Barcelona, fraccionando también de la misma suerte el Languedoc y la Gascuña; en el reinado de este príncipe los musulmanes penetraron sin temor en sus estados, llegaron á las costas de Provenza y saquearon las ciudades de Arlés y Marsella.

Era Arlés la corte del Duque Bozon de Autun, conde de Provenza y de Lombardía, cuñado del Emperador Carlos el Calvo, la cual llegó á ser centro de brillantísima cultura el año 882 á la muerte del carolingio Luis III, cuando el Duque se proclamó rey de Arlés, acontecimiento que fué imitado pocos años después al ser depuesto Carlos el Gordo el año 888 por Rodulfo Welf que se nombró Rey de Borgoña, por Eudes, que se ciñó la corona de Francia, por Raimundo I, sobrino de Fredelón, dueño de la primera y segunda Aquitania, la ciudad y país de Tolosa, la Gascuña y el Languedoc y en fin, en forma análoga por todos los demás señores más ó menos poderosos que alcanzaron su independencia y que para sostener su libertad no pudieron por menos que organizar el complejo sistema feudal al tener que atender cada uno á su defensa propia ante los repetidos ataques de aglabitas, húngaros y normandos.

Entre estos príncipes que sacudieron el yugo carolingio merece especial mención Wifredo de Arria, que logró echar los cimientos de la soberanía catalana y rompió los más ó menos débiles lazos que unieran á sus predecesores con Francia. Según los sabios académicos, Sres. Oliver y el reverendo padre Fita, el Condado de Barcelona fué el núcleo á que sus poseedores fueron agregando por varios títulos (conquistas, alianzas matrimoniales,

(1) A quien juntamente con Guillermo de Tolosa había nombrado Carlo Magno para que asesorara y defendiera á su hijo, entonces Rey de Aquitania, y que al subir al trono imperial éste se apoderó de casi toda ella, que perdió con la vida vencido por Carlos el Calvo.

herencias, enfeudaciones, etc.,) diversos territorios que con el tiempo y por virtud de la acción uniformadora de las leyes (1) dictadas en sus Cortes, llegaron á constituir un verdadero Estado político independiente con el nombre de principado de Cataluña. En los años 970 y 971 encontró amparo el conde Borrel en la clientela de Al Hacam II para asegurar su independencia de Francia, hecho á que alude la carta de Hugo Capeto, que éste le dirigió por haber negado, como sus predecesores Suniario y Wifredo el Velloso, el homenaje á los reyes francos, y á cuya intimación no quiso acceder el ilustre príncipe catalán. En el año 972 se intituló el conde Borrel príncipe de la tierra gótica (gotlandia) título que mereció después de derecho por ser su restaurador contra la opresión del caudillo Amirita, á quien se rindió Barcelona el lunes 6 de Julio del año 985. Desde entonces los condes de Barcelona se llamaron príncipes de Cataluña, como lo prueba que en las actas de la consagración de Ramón Berenguer I el año 1058 se le nombró «princeps Barchinonensis, comes gerundensis, marchío Ausonensis, in principalis throno gloriosus comes et marchío», por los cuales vemos cual es la tierra catalana propiamente dicha como en las Cortes del año 1064, en el usage 65, en que se señala con el nombre de principado el territorio de la vieja Cataluña que comprendía á Barcelona, Ausona y Gerona.

Había sido célebre por sus hazañas Wifredo, el fundador de la casa catalana, que al tiempo que combatía á los musulmanes españoles dió la mano al rey de Arlés para combatir á los Aglabitas, que en 889 establecieron una colonia militar en Fraxinet cerca de San Tropez en tierra provenzal, desde cuyo punto se hicieron dueños de los pasos de los Alpes y se aseguraron en el siglo X el saqueo de Italia y Francia, en parte de sus regiones meridionales en esta y en todas las suyas en aquélla; y sus sucesores, con poderosa marina, protegían las costas de sus estados mientras los terribles corsarios agarenos inspiraban tal terror entre los cristianos, que Luitprando dice que uno solo ponía en fuga á mil y dos á diez mil, llegando en sus depredadoras excursiones al Delfinado, el Valais, y á Suiza, por más que poco después se identificaron con los provenzales, reconociendo la soberanía de sus señores para poder resistir al empuje de los húngaros movidos sin duda de la amistad del conde Hugo con Aderradman III,

(1) Cortes privativas del principado de Cataluña. Tomo I, pag. 5.

siendo tratados por aquéllos con singular tolerancia por el desarrollo que alcanzó la cultura lemosina-langueciano-catalana, que en aquella época, y en virtud de la decidida protección de aquel príncipe, empezó á tomar vuelos extraordinarios.

Así como los árabes enseñaron á los catalanes su brillante cultura, los catalanes provenzales se la transmitieron á todos los estados de Europa. Los primeros trovadores y juglares fueron moros sanies y uss-sares, los cuales formaron la corte de Hugo de Provenza; casada después Emma, condesa de Provenza, con Guillermo Taillefer, señor de Tolosa y de Narbona, los trovadores y juglares esparcieron por el Occidente el amor á la libertad, el sentimiento caballeresco y todas las disciplinas de cultura, cuyo imperio disfrutaban los árabes sus maestros, y cuyos focos de luz entre los cristianos fueron por entonces Arlés y Tolosa. ¿De dónde habían de tomar los catalanes y provenzales su cultura, sino de la arábiga? En rigor de verdad, atendiendo al fondo de la poesía provenzal, sus varias formas y combinaciones métricas no aparece aventurado el admitir que sus orígenes y característica principal son musulmanes.

Corrían las tiempos en que brillaba en Córdoba la corte Amirita con esplendor inusitado; parecía atacada de general temor la España cristiana con las correrías de Almanzor, que hacían retroceder por modo extraordinario la obra de la reconquista y convertía todos los estados del Norte de nuestra patria en tributarios suyos. Eran por entonces los tiempos tan calamitosos que la Europa creyó vislumbrar en ellos la aproximación del fin del mundo, en razón á que las hambres, las guerras y las pestes se sucedían con espantable frecuencia. ¡Jamás habían sido más corrompidas las costumbres! Era tal la relajación del clero, que el concilio de Trosly (Aisne) dice: «Que en los monasterios habitaban Abades laicos con sus mujeres, sus hijos, sus hijas, sus soldados y sus perros». Un ilustre prelado dejaba oir su voz temblorosa en el mismo concilio con estas palabras: «¡Ved que se aproxima el día en que el Pastor Eterno en su majestad terrible vendrá á juzgar á los pastores y á sus rebaños!» Por otra parte, Papa Gregorio V excomulgaba al rey de Francia, Roberto, por aberse casado con su prima Berta sin la correspondiente dispensa; solentábanse los musulmanes que, coaligados con los griegos, abían vencido á Otón II en Basantello, y en las iglesias se decían sermones sobre el fin del mundo y la venida del Antecristo.

En Roma el pueblo se levantaba contra la Iglesia á la voz del tribuno Crescencio, y en Francia el hambre y la miseria eran terribles. Además del hambre que sufrió, no sólo Francia, sino la mayor parte de Europa, la sequía fué tan espantosa el verano del año mil, que vieron las gentes beber juntos en algunos de los pocos ríos que no se secaron, animales de tan opuestos instintos como el lobo y el cordero, lo cual aumentó el temor general, pues veíase en ello el cumplimiento de lo anunciado por Isaías, como señal del fin de los tiempos, á saber: que pacerían el lobo y el cordero juntos y el león comería la paja y el grano con el buey.

X

Propagación de la cultura árabe española.

Al pasar el año terrible en que se temía el fin del mundo, parecía que éste se rejuvenecía despojándose de sus viejas vestiduras para revestir los blancos ropajes de las iglesias, como nos dice el historiador contemporáneo Raul Glaber. «Erat instar ac si mundus ipse excutiendo semet, rejecta vetustate, passim candidam ecclesiarum vestem indueret». Tuvo entonces lugar el matrimonio de Roberto de Francia (divorciado ya de su prima Berta) con Constanza, hija de Guillermo, conde soberano de Tolosa y Emma, condesa soberana de Provenza, hermosísima dama que llevó á la corte de su esposo la cultura árabe-provenzal y á la que acompañaron á París gran número de nobles caballeros, trovadores y juglares que enseñaron la galantería, la cortesía y la caballería á la Francia del Norte, que yacía en las tinieblas de la barbarie.

La llegada de los cultos provenzales y tolosanos á la corte de Francia, causó al principio tal asombro y hostilidad como admiración por su fastuosidad y riqueza, llamando la atención sus botinas terminadas por un pico corvado á estilo persa y Bagdadita, introducida por Zeriab entre la gente de buen tono, pero exagerando sus dimensiones. El cronista Raul Glaber reflejó bien el efecto que produjeron en el pueblo francés cuando dice: «Comenzaron á acudir á Francia, Borgoña, Auvernia y Aquitania, hombres vanos y grandemente veleitosos, extravagantes en estidos y costumbres, así en las armas como en los jaeces de s caballos, los cuales señalaban poca compostura. Iban afeitaos hasta la mitad de la cabeza, rasa la barba como los histriones, on calzas y zapatos poco decentes. Con ser completamente aje-

nos á la lealtad en sus conciertos de paz y alianza, sirvieron de nefando ejemplo. Pero ¡oh dolor! toda la nación francesa, antes honestísima, se apropió rápidamente de tales defectos hasta asemejarles absolutamente en su maldad y falta de decoro» (1). La poesía y cultura árabe-catalana fué esparcida por los troveros, que imitaron entonces á los trovadores y surgió el habla de Oil más ruda que la de Oc. Cuando los Normandos franceses conquistaron á Inglaterra, importaron en ella las ciencias y letras arábigo-catalanas-provenzales, que también fueron introducidas en Alemania por Otón III, protector de la cultura y de Gerberto, que estudió en Córdoba y Barcelona el año 959 al 967, siendo Papa con el nombre de Silvestre II, y en fin, por Conrado II, el Salio, al cederle Rodolfo III, por el tratado de Basilea, el valle del Ródano, el franco condado de Borgoña y Suiza el año 1033. Fué, por lo tanto, un primer renacimiento general de la cultura, que tuvo lugar en el siglo X y XI, merced á los árabes españoles.

En Castilla lo mismo que en Cataluña, Languedoc y Provenza, influyó de modo poderoso la cultura arábiga; Fernando I tuvo muchos reyezuelos musulmanes como feudatarios, y Alfonso VI, como queda dicho, se nombró Emperador, y Señor de las dos religiones, y le rindieron pleitesía todos los reyes muslimes del Andalus. Tal influencia ejerció la cultura arábiga, que las monedas acuñadas por los reyes cristianos para circular entre sus súbditos, estaban llenas de inscripciones árabes, como puede verse en las de Alfonso VI y Alfonso VIII.

Alfonso VI, además de su prolongada estancia en la Corte de los Beni Dzihun, estuvo casado con Zaida, la hija del cultísimo Almotamid de Sevilla. De su cancillería salían documentos en arábigo, que era la lengua más hablada de todas en Toledo, teniendo por consejeros y embajadores á hombres insignes, que figuraban en primera línea como cultivadores de las letras arábigas y hebreas como Josef Ben Alfarug de Cabra, Aben-Salbib y Salo-

(1) Glaber. «Recueil des Histor. de France,» t. X. libr. III, pág. 42. «Cæperunt confluere..... in Francian atque Burgundiam, ab Avernia et Aquitania homines omni levitati vanissimi moribus et veste distorti, armis et equorum Phaleris incompositi á medio capitis comis nudati histrionum more barbis rasi, caligis et ocreis turjissimi, fidei et pacis foedere omnino vacui. Quorum itaque nefanda exemplaria, ¡heu proh dolor! tota gens Francorum nuper omnium honestissima... rapuit, donec omnis foret nequitiae et turpitudinis illorrum conformis».

món Aben-Farusal, muerto en la batalla de Uclés y sobrino de Cidello, su médico y favorito. Esta protección y amistad á los judíos, hizo que éstos correspondieran en la medida de sus fuerzas, y según el historiador árabe Jahia, en la batalla de Zalaca, acudieron al ejército cristiano cuarenta mil judíos identificados con la causa española, por lo cual Alfonso VI acordó treguas con los almoravides con el intento de combatir el día del lunes, suspendiendo las operaciones militares el viernes, sábado y domingo para cumplir sus respectivos deberes religiosos islamitas, hebreos y cristianos.

Habían acostumbrado muchos nobles castellanos, leoneses, aragoneses, navarros y catalanes, junto con multitud de cristianos mercenarios acudir á Córdoba y ayudar en sus campañas á los Jalifas y después á los reyes de Taifas. Basta á este propósito recordar los castellanos que pelearon en favor de Suleiman y los catalanes cuyo jefe Armengol, conde de Urgel, pereció peleando por Muhammad II, á los Beni-Gómez, infantes de Carrión, y al ilustre héroe castellano D. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Aparte del no pequeño número de mozárabes que habitaban las ciudades musulmanas, de la misma manera que conviven en Turquía al lado de los Otomanos, sectarios de Mahoma, cristianos descendientes de los antiguos bizantinos, vivieron cristianos mozárabes entre los musulmanes españoles, y es más, varios reyes de Taifas tuvieron á sus órdenes guerreros cristianos como la familia de los Beni-Hud, que tenían la debilidad para los ortodoxos de haberse encariñado excesivamente con ideas racionalistas y heréticas además de aficionados á las disquisiciones filosóficas, por lo cual vino á ser ministro y confidente del más célebre entre ellos, un hombre cuyo apellido pronunciaban con horror los celosísimos faquíes, el filósofo Avempace. Los fieles creyentes, escandalizados, les motejaban de escaso apego al islamismo, y muchos soldados de su guardia desertaban, como dice Dozy, por escrúpulos; con lo cual viéronse esos reyes en el trance de acudir, para conservar sus reinos, á manos mercenarias extranjeras. Entraron á su servicio regimientos enteros de soldados navarros y caballeros castellanos, mal avenidos con sus monarcas, formando el núcleo principal de su ejército.

En aquellos días, destacóse con gran realce militar la figura de un andante caballero, tipo de los guerreros de la época, Ro-

drigo Díaz de Vivar, el cual sirvió durante seis ó siete años en las huestes musulmanas aragonesas, con el apodo árabe del Cid, haciendo morder el polvo á los príncipes de Lérida ó Tortosa y á los condes de Urgel, de Barcelona, del Ampurdán y otros Estados cristianos del Pirineo, hasta quizá del propio Sancho Ramirez. De modo análogo que los Beni-Hudes se distinguían por su tolerancia y su cultura, los primeros monarcas aragoneses cristianos, hiciéronse notables por su amor á la cultura árabe. El primero, Ramiro, era cultivador de las letras arábigas y guardó grandes amistades con los moros de Zaragoza, ayudado de los cuales, intentó quitarle el trono á su hermano García IV de Navarra; su hijo Sancho Ramirez, nombrado también rey de Navarra, merced al crimen de Peñalen, fué (1) aficionado á la cultura árabe, cuya lengua hablaba, acostumbrando á firmar en ella, manteniendo estrechas relaciones con los moros de la serranía de Teruel; de D. Pedro I su sucesor é hijo se afirma por serias y vehementes sospechas, que no sabía escribir más que en árabe, pues la firma y signo real salía siempre de su cancillería invariablemente en caracteres arábigos, áun en donaciones á monasterios y firmando al lado de los Obispos; lo cual también hacía su hermano D. Alfonso I el Batallador, según D. Vicente Lafuente en sus estudios críticos que cita como autoridad algunos documentos insertos en el Teatro Histórico de las Iglesias de Aragón del P. Ramón de Huesca.

Explica esta cultura arábiga de los fundadores de la ilustre nacionalidad aragonesa y sus hazañas memorables en pro de la Reconquista, su vida con los musulmanes y el conocimiento de sus costumbros. Así vemos á D. Pedro I, que descendía de las vertientes pirináicas donde tenía sus Estados, y atravesando tierras musulmanas venía á ser compañero del Cid Campeador en el Sur de la provincia de Valencia, ora en pro, ora en contra de los sectarios del Islam. Estas relaciones y tolerancias entre cristianos y mahometanos, duró tanto como la Reconquista, por lo cual los almoravides, en sus luchas con los almohades, tuvieron en sus tropas, nutridas huestes cristianas y cuerpos de cautivos, así como muchísimos mozárabes educados en la cultura arábiga, mandados por el ilustre guerrero Reverter.

Ya en tiempo de Alfonso V, un príncipe leonés había atravesa-

(1) Según la autorizada opinión de Dozy.

do el Estrecho tomando parte activa en las guerras civiles de los marroquíes; doce mil castellanos y leoneses en tiempo de Fernando III pasaron al Africa y repusieron en el solio á Almamón, Emperador de los Almohades, que estos habían destronado, lo cual permitió la fundacion en Marruecos de Iglesias cristianas, así como el establecimiento en este imperio de las misiones franciscanas. Coadyuvaron también muchísimo á la propagación de la cultura árabe y á la reconquista patria como queda dicho los mozárabes; pues sin hacer mención de la ayuda constante que dieron á nuestros caudillos para realizar la mayor parte de las conquistas de las ciudades españolas, cuando tenían ocasión huían en masa y se establecían en los países cristianos redimidos, robusteciendo el poder de los monarcas cristianos, bastando recordar su poderoso influjo en la épica expedición, verdadera Odisea de Alfonso I el Batallador, para darse cuenta acabada de la cooperación que prestaron á los héroes de nuestra gesta hispánica, aquellos desdichados mustárabes ó arabizados, que á través de desgracias, trastornos y persecuciones, conservaron amor exaltado á su religión y fe y esperanza en el porvenir de la liberación de su patria. Cual los judíos cautivos en Babilonia volvían su ansiosa mirada hacia el horizonte donde creían ver á Jerusalem, los muzárabes miraban y seguían paso á paso el progreso de las armas cristianas pidiendo al Señor de las Alturas la victoria que muchas veces empeoraba su situación, y que era vengada por los musulmanes en ellos, que en número de muchos miles eran trasladados á los arenales del Africa, donde quedaban reducidos á dura servidumbre. En su contacto con los árabes, los muzárabes se asimilaron de tal manera su cultura, que algunos fueron sobresalientes poetas, como Aben-Ul-Margari de Sevilla, que según Almaccari al regalar al rey Al Motamid un perro de caza, le acompañó de una elegante casida y el mestizo Aurelio hijo de un muslim y una cristiana que fué doctísimo en la literatura muslímica; diéronse también en sus relaciones con los hebreos al estudio de los libros sagrados que imitaron, siendo sus modelos los cantos de los profetas, los salmos de David y el Cantar de los Cantares de Salomón. El español, al combatir para recobrar la tierra de sus antepasados, lo hizo con el mismo entusiasmo que los hebreos luchaban por conquistar la tierra de Canaan, que era la tierra de Promisión, pues ellos que habitaban las sierras y los lugares más míseros, no podían por menos de ansiar aquellos

más feraces y ricos que estaban en poder de los enemigos de Dios; los infieles sectarios del Islam.

Ejerció tal influencia la cultura arábiga que los rauïes y ussaras eran acogidos con solícita deferencia, tanto en los castillos señoriales como en la corte de los reyes en cuya presencia recitaban las hazañosas empresas de los guerreros agarenos antes y después del islamismo. También leían ó hacían leer los monarcas ó señores cristianos las obras de caballería musulmanas, como lo prueba el aserto de Aben-Besam insigne historiador árabe portugués que en su celebrada Abdajira, escrita diez años después de la muerte del heróico caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar y con referencia á tan valeroso caudillo, decía: «que en su presencia se daban lecciones sobre los libros de algarabía y que encargaba le leyesen las aventuras de los insignes árabes antiguos, no sin advertir que cuando llegaba la lectura á Mohallab parecía poseído de éxtasis; ¡tan grande era la admiración que le infundía el ejemplo de aquel héroe!»

Por otra parte, en aquel tiempo las importantes reliquias de la Biblioteca de Al-Hacam II, saqueada en las guerras civiles de los últimos tiempos del Jalifato y casi destruída totalmente en las contiendas entre Aben Abbedes y Aben Hudes, ponían en circulación, obras tenidas por raras en Andalucía. Difundiéronse entonces hasta en el Norte y centro de España con las fábulas de Locman de origen yemenita, los apólogos de Calila y Digna ó fábulas de Bidpai y el Sendebad de procedencia indiana, copioso contingente de obras filosóficas, matemáticas, médicas, históricas, cosmográficas y geográficas, donde no es raro encontrar á la manera conque se ofrecen en la renombrada «De los caminos y los reinos» debida á Obaid Al Becri, Señor de Huelva y de Salces, bien leyendas tan peregrinas y sabrosas como las populares de la hija del Rey de Cádiz y de La ciudad de Latón, de el gigante de Loja», El falso anacoreta ó de la Historia de José según el Xah Nameh de Ferdusi, bien la romancesca de la Reina Doluca é interesantes cuentos y descripciones de la India, no sin contribuir al estudio y gobierno de las excelencias de la prosa árabe á la sazón en que el médico español Abul Muyyad Muhammad Ben el Moggellis Aben Essaig el Antari componía ó daba la forma actual en Damasco al libro de caballería «El Antar» y Hariri, la encantadora novela de crítica literaria y de costumbres intitulada Macamas, esto es pasadas, aventuras ó jornadas de re-

creo (1055-1123) que elevaba á su última perfección de maestría el empleo de la lengua arábiga. En Castilla mostróse el fruto de esta cultura literaria durante el primer tercio del siglo XII merced á los escritos del israelita Moseh Sefardi, (bautizado en Huesca en 1106, apadrinado por Alfonso I el Batallador, que escribió «La Disciplina Clerical» ó enseñanza de gente culta en que daba entrada á celebrados apólogos indios y arábigos apareciendo quizá como el primero que cultivó este género en la literatura española,) y principalmente á los de dos ingenios israelitas muy preciados, unidos entre sí por los vínculos de la amistad ambos poetas fecundísimos en lengua hebrea y escritores elegantísimos é insignes en arábigo, Moises Aben Erza y Jehuda Ha-Levi. El primero fué autor de una poética de erudición casi cosmopolita que nos ofrece además el testimonio precioso del cultivo que alcanzaba la literatura vulgar neolatina en España; y el segundo muy celebrado por la crítica moderna, pues además de ilustre poeta, elegante escritor árabe, notable talmudista y médico reputadísimo, escribió una clase de novela de asunto polémico-religioso intitulada «Libro del Juzári ó Cozári, en que se introduce en forma de diálogo el cuento de Budén rey de los Huzares ó Hazares, es á saber: el Huzári sobre las tres religiones judía, cristiana y musulmana, siendo quizá el mismo que más ó menos desfigurado se atribuyó á Federico II de Suabia bajo el nombre de Libro de los Tres Impostores y cuya imitación aparece en el cuento de los tres anillos escrito por Bocaccio y últimamente por Lessïng. Antes de que escribiera su libro Ha-Levi eran ya conocidos dentro y fuera de España los escritos de Aben Pace ó Muhammad Aben Azzaig ó Aben Bache, ya citado en este trabajo, perteneciente, según parece, á la misma familia del compilador del Antar; discípulo de Alfarabi escribió varios libros de lógica y el tratado político «Régimen del Solitario» que alcanzó bastante renombre. El guadixeño Aben Tofail su discípulo y admirador, escribió una novela filosófica imitando las tendencias de Aben Pace, titulada Hayi Ben Yacdam, el vivo hijo de la providencia, cuyo héroe, nacido sin padres en una isla desierta hacia el Ecuador, se eleva por propio discurso al conocimiento del Ser Supremo y de las condiciones de la naturaleza humana. Pero el genio filosófico más profundo que produjera España en la Edad Media fué el afamado Aben Ruiz ó Averroes el Aristóteles árabe ó el ampliador de Aristóteles, uno de los escritores de más generali-

zada reputación en España y en Europa. Cordobés de nacimiento, ocupó su vida en labor fecundísima para la ciencia, y medicina, jurisprudencia, ciencias naturales, astronomía, filosofía y teología, fueron objeto de respectivas investigaciones en que dió muestras peregrinas de su espíritu, así como en su grande comentario á las obras de Aristóteles, tarea principal de su ingenio comenzada por recomendación de Aben Tofail para satisfacer los deseos de Yusuf Abo Yacub, Miramamolin Almohade.

Escribió además un comentario sobre el «Intelecto de Alejandro de Afrodisia», y el extracto ó compendio de Ptolomeo, así como los «Prolegómenos de la Filosofía». Los «Tratados de la Locura, del Intelecto y de lo Inteligible,» y «Las cuestiones sobre el cielo y sobre el mundo, descollando por la brillantez del raciocinio la que lleva el título de *Tehafot, Et Tahafot*, «Destrucción de las destrucciones»; obra que le atrajo la persecución y enemiga de los teólogos musulmanes por extremar la defensa de la Filosofía contra los Motecalín, pseudos filósofos sarracenos, ceñidos á la interpretación de la revelación alcoránica, y en particular contra Al-Gazali, que en su famoso escrito titulado «Tehafot», «Destrucción de los filósofos», había procurado demostrar la ineficacia de la razón y sus extravíos.

Mientras la intolerancia de los faquíes musulmanes persiguió con su enemiga á insignes sabios y desterró á sus familias, no sólo el alto clero de Castilla y el Emperador Alfonso VII los protegieron, ganosos de cultura, sino que otorgaron sobre todo dicho esclarecido monarca grandes mercedes y distinciones, como á R. Meir, hijo y sucesor de Aben Migax, Rab. de Lucena, el abrir una escuela talmúdica, encomendando la defensa de Calatrava, en 1146, á Jehuda Ben Ezra, sobrino del ilustre Moisés, al que en premio de sus servicios nombró nasi ó príncipe de las aljamas de su imperio, elevándolo al cargo de mayordomo de su casa, entre otras muchas que concedió á sus hombres más ilustres. Semejante política de protección hacia los judíos por parte de los reyes cristianos creó en aquéllos tan entusiasta reconocimiento, que en la minoridad del reinado de D. Alfonso VIII Safr Aben Ruiz Aben Dahri, caudillo de los hebreos sublevados con los árabes de Granada contra el poder almohade, entregaba esta ciudad á Aben Merdenix, generalísimo de los cristianos; hecho que fué causa de terrible persecución judía, que acrecieron no poco los aljamas de Toledo, Barcelona y Provenza.

Fueron también celebrados en este tiempo Abraham Ben Meir Aben Ezra (Benjamín de Tudela), que al par que gran viajero que recorrió Europa, Africa y Asia y halló favor en la corte pontificia, fué poeta, matemático, astrónomo, gramático y cabalista; Josef Ben Salomón Aben Suser (valido de D. Alfonso VIII), quien mandó edificar en la corte sinagoga de gran magnificencia, y además los poetas favoritos del mismo monarca, Abraham Ben Alfager ó Hayocer, famoso también como mecánico, que fué su embajador en las cortes de los muslimes, y el insigne Harizi, último ingenio superior de la poesía hebrea moderna; de los cuales los tres últimos brillaron también bajo el glorioso reinado de D. Fernando III el Santo.

Debida á la protección de los musulmanes almohades, continuaron brillando las letras árabes en el Andalus, siendo notables literatos Muhammad Ben Estebbi ó el de Estepa, autor de sátiras contra los cristianos, Nahis Ben Idris, gaditano, Aben Al-Abbar, y Nureddin, de Mallorca. En Historia, Aben Zaide y Aben Al-Abbar; en gramática y Retórica, Aben Oneis, de Málaga, y Axxensi, ó el de Jerez; en Matemáticas, Abdallah Adhara, Muhammad el Gafequi; y Aldallah Ben Hagiag Aben Jasmín; en la Arquitectura, Mahammad Ben Alcatib el Guadiseño y Geber Aben Aflah; en la Medicina, Aben Zohr el Nieto; en la Química, Aben Motrif; en la Botánica, Diaddin Aben Al-Beitar; en la Mineralogía, Leits As-sacali; en Geografía, el valentino Aben Giobair, que describía las rutas de un viaje hasta la China; en Filosofía, el sevillano Muhammad El Mehri, y sobre todo el insigne sistematizador de la ciencia llamado después el Aristóteles judío Mosseh Ben Maimon ó Maimonides, el cual fué médico de Saladino y escribió también obras de Medicina, Astrología y Teología. Sus obras más notables fueron el «Michme Torah», que es un compendio del Talmud, y el libro de Filosofía intitulado «Guía de los extraviados», que es una exégesis de la Biblia en sentido racionalista; así como otros escritos pertenecientes á la ciencia del curar, como los titulados «Aforismos medicinales», «Tratado de los venenos» y «Causas de las enfermedades y sus curaciones», considerándolo los hebreos cual el hombre de su raza más grande y celebrado después de Moisés.

XI

El idioma español.

Asunto es de interés por demás granado el tratar del habla vulgar de los españoles, en especial de la que tuvo nacimiento en la generosa tierra castellana, y que al estilo de la lengua romana, que de su madre tomó el nombre de latina, ha dado el suyo á la lengua oficial de toda España. Empezaron los españoles de Asturias que emprendieron la Reconquista por hablar el latín vulgar, corrompido por las influencias de las lenguas locales y abundantes en términos tomados del eúskara, del griego, del germano, que habían de dar origen al bable y el gallego, sin poder evitar el uso de términos árabes y hebreos. Extendida á Galicia la conquista, resurgió el espíritu suevo-gallego, que en siglo y medio no había tenido tiempo de extinguirse, y venidos de Inglaterra aquellos españoles que en ella se habían refugiado con maestros latinos, intentaron los primeros reyes de nuestra reconquista restablecer la lengua romana sin poderlo lograr, así por el natural movimiento y alteración del lenguaje como por la misma rusticidad de los tiempos.

Por su situación remota, desde el siglo XI, respecto de los estados del Islám, fué Galicia en la época en que la cultura musulmana se difundió más por la península, la menos accesible á la poderosa corriente de términos arábigos que así los muzárabes como los cortesanos instruídos de los monarcas españoles aportaban al romance.

Por otra parte, descubierto el sepulcro del Apóstol Santiago Patrón de las Españas en tiempo de Alfonso II el Casto, se habí producido una peregrinación constante á Compostela, donde co otros peregrinos llegaban, atraídos por su milagrosa fama, mu

chísimos caballeros franceses, sobre todo de la parte del Mediodía, que recorrieron el llamado aun en nuestros días *Camino francés*, y para cuyo amparo y defensa se fundaron la orden de los Caballeros de la Espada, y más tarde la Hermandad de Cambiadores. Con tal motivo, se introdujo algún tanto el idioma de aquellos extranjeros, principalmente el de los limosines catalanes, que enriquecieron con palabras y formas poéticas el gallego, dedicado á extenderse en Portugal, y hasta cierto punto, aunque en cantidad menos apreciable, el bable asturiano; siendo el idioma castellano el gallego y bable progresivos, pues es bien conocido el hecho de que al escribir Duarte Núñez de León su obra *El origen de la lengua portuguesa* en 1606 al mismo tiempo que Aldrete la suya de *Orígenes de la lengua castellana*, señaló á la portuguesa los mismos orígenes que Aldrete á la castellana y puso (1) unos versos heróicos antiguos de incierto autor, escritos en portugués y en latín y pudiera añadirse que en castellano, según Mayans y Siscar, por lo cual, sin duda, mereció de parte de Sismondi la lengua portuguesa el nombre de castellano desusado. De aquí que en los siglos XI y XII, no sólo hablaban en lengua gallega los principales caballeros de Galicia en Castilla, sino también la misma Corte castellana, la cual pudo mirar más de una vez como punto de honra el poner una momentánea barrera á la invasión creciente de neologismos arábigos. En boca de D. Alfonso VI pone la Crónica General estas sentidas exclamaciones en que prorrumpiera cuando supo la muerte de su hijo D. Sancho en Uclés el año 1108. «¡Ay meu filho; alegría de meu corazón é lume dos meus olhos, solaz da minha vellez! ¡Dádeme ó meu filho condes, dademe ó meu filho!» Otro documento en que puede observarse también cómo el habla castellana en esta época y primer tercio del siglo XII, era casi el habla gallega, puede notarse en el castellano hebreo Ha-Levi ya citado, que, como corona de composiciones hebreas, emplea versos de palabras y frase antigua castellana que pudieran quizá acreditarle como el vate castellano más antiguo que se conoce.

Debió influir en la formación de nuestro idioma el habla de Oc, pues poco antes de ofrecerse tales muestras de la lengua ortesana de los castellanos, como hubiesen vencido los almorades en Zalaca á D. Alfonso VI, dice el ilustre escritor Victor

(1) En el fin del cap. XXV de su obra.

Duruy «que éste escribió al Rey de Francia, cuyo indolente monarca no respondió á este llamamiento caballeroso, en tanto que una multitud de hidalgos franceses pasaron los Pirineos y ayudaron al Rey de Castilla á arrojar los musulmanes de sus Estados. Entre aquellos piadosos voluntarios se vió llegar hacia el fin del siglo XI dos príncipes, Raimundo, Conde de Tolosa, y Enrique, cuarto hijo del Duque capetiano de Borgoña.» (1) El primero que había también de asistir á la primera cruzada y ser nombrádo Príncipe de Trípoli en Siria, casó con doña Urraca, siendo padre de Alfonso VII, el Emperador, y el segundo, que apoyado por el Rey de Francia, había pretendido la mano de doña Dulce, Condesa soberana de Provenza, y se titulaba conde de aquel país, en el cual tuvo muchos partidarios se desposó con la bastarda del monarca castellano doña Teresa, que recibió como dote un territorio comprendido entre el Miño y el Mondego, que dió origen al reino de Portugal. Tuvo por su parte Raymundo de San Gilles, Conde de Tolosa, Señor del Languedoc y de una parte de la Provenza con doña Urraca el Condado de Galicia, aunque por poco tiempo, pues cruzándose para hacer la guerra santa á la manera que la hacían los almoravides, condujo á la primera cruzada el tercer ejército con cien mil hombres, según todos los historiadores que tratan de este asunto, los más ricos de los señores del mediodía, llevando también en su compañía al legado del Papa Adhemar de Monteil, Obispo de Puy.

Ejerció la llegada de aquellos príncipes representantes de la poesia longuedocina provenzal mucho influjo en el idioma, cultura y poesía de aquella época, lo cual, como decía D. Victor Balaguer, puede verse en «El libro de los Reyes d'Orient», obra que cita mi abuelo, de querida memoria, D. José Amador de los Ríos, como primer monumento de la literatura castellana, en la que así en el ttíulo como en el texto, en la construcción, en la frase, en las palabras mismas puede encontrarse mucho que recuerda el provenzal ó el catalán de aquellos tiempos (2). Aparece

(1) «Historia de Francia», tomo I, pág. 291.

(2) Bastantes escritores de gran valía, como el P. Risco, Marina, Ticknor, Gayangos y otros más modernos, han creido la carta puebla de Avilés, otorgada por D. Alfonso VII el año 1155, el documento más antiguo de la lengua castellana, extremo desautorizado por el ilustrado académico D. Aureliano Fernández Guerra, que ha negado su autenticidad con razones convincentes. Ya hemos dicho có-

por tanto como hecho naturalísimo que al venir aquel fastuoso Raymundo de San Gilles á nuestra patria, lo mismo que D. Enrique con los provenzales de su partido, tuviera gran desarrollo en Castilla la poesía catalana-provenzal por su marcado carácter aristocrático contra la hispano-latina-árabe que en su fondo era la misma, pero que quedó para el vulgo.

Por caso general, según la expresión de Villemain, era el trovador algún señor de buen castillo y vasallos, como aquel Bertrán de Born, que personifica el sentimiento al lado de la rudeza de la Edad Media, ó un príncipe soberano como Guillermo Conde de Poitiers y Duque de Aquitania, y las menos de las veces un vasallo obscuro, nacido en el castillo, juglar desdeñado que hábil y feliz sube al rango de trovador. La cultura y poesía de los trovadores, como dijo con gran acierto Villemain, era la misma oriental de los árabes; pero sin duda, merced á campo de cultura mejor preparado, echó más profundas raíces en aquellos países en que en otro tiempo se establecieron las colonias helénicas, como Cataluña y Provenza, de donde afluyeron á Castilla, que al igual de aquéllas y áun probablemente en mayor grado, había recibido preciada cultura. No puede en rigor de verdad negarse que la influencia provenzal ó catalana se percibe ya en Galicia y Castilla entre mediados y últimos del siglo XI, época de Guillermo de Poitiers, y que de entonces en adelante se encuentran constantemente huellas, vestigios y noticias de trovadores provenzales honrados en ellas y protegidos como no lo fueron de seguro en otra parte. La Crónica del Cid (1), al referir las bodas de las hijas del héroe castellano, una casada con Ramón Berenguer III el Grande, cuenta que el Campeador dió muchos paños á los juglares que asistieron á ellas, hecho que también se halla consignado en la Crónica General; las mismas dos crónicas describen las bodas de las hijas de D. Alfonso VI, celebradas en 1095, y repiten la especie afirmando que se dieron

---

mo al venir maestros latinos anglo-sajones se enseñaba el latín en las escuelas dirigidas por el clero, á las cuales casi sólo asistían los que pensaban dedicarse al servicio de la Iglesia. Sus obras, escritas en lengua latina, consistieron en Cartularios, Necrologias, Leccionarios, Calendarios, Santorales, Fastos, Anales y Cronicones. En las cuales, igualmente que en ciertas donaciones que acostumbra á citarse en muchas historias patrias, puede verse la corrupción paulatina del latín literario influído por el latín vulgar hablado por el pueblo.

(1) Cap. 228.

muchos guarnimientos á juglares que concurrieron en gran número, y de los cuales había unos de boca y otros de péñola, «es decir, improvisadores ó decidores de repente y escritores de poesías.» Por el mismo tiempo floreció Alonso Gramático, poeta ó juglar, autor de los cuatro epitafios latinos para el sepulcro de doña Constanza, segunda mujer de Alfonso VI y madre de doña Urraca (1). No sería extraño que este mismo Alonso el juglar, como decia D. Pascual Gayangos, fuera el autor de un poema latino celebrando las conquistas de aquel Rey de que habla el Arzobispo D. Rodrigo, ni es desatinada la conjetura de que este Alfonso el Gramático, sea el Obispo que gobernó la Iglesia de Astorga desde 1121 á 1132, de quien también trata el padre Flores (2).

Al año siguiente en que D. Enrique casó con doña Teresa, su desdeñosa pretendida doña Dulce, Condesa soberana de Provenza, contraía matrimonio con D. Ramón Berenguer III el Grande (3), que reunió de esta suerte á Cataluña aquel floreciente Estado. Mostró este ilustradísimo príncipe extraordinario amor al saber, propagando la cultura en el mundo, dando con ello galanas y señaladísimas pruebas de sus merecimientos y excepcionales prendas; en su corte, en que la cultura arábiga tenía muchos cultivadores, se comenzaron á traducir importantes obras de ciencia oriental al idioma latino; así se explica el que hallemos en el año 1116, consagrados á estas tareas al italiano llamado Platón de Tibur, auxiliado por Abraham Bar Chiya el llamado Savasorta, ayudados de otros muchos varones eruditísimos. En tanto que bajo la dirección de Savasorta se pasaba al lenguaje latino el libro de astrología intitulado. «Del aumento y de la disminución,» según los indios y los de Ali Ben Ahmed el Omrani, dirigía Platón de Tibur el traslado al mismo idioma de la obra de Geometría y Agrimensura escrita en hebreo por aquel docto, titulado «Liber Embadi» la ciencia de las estrellas del astronómo oriental Muhammad Al-Bateni (Albatenio); Los esféricos de Teodosio, «El Tetra-Biblión» de Ptolomeo, «El libro de Astrología», compuesto por Ac-casim Ben Abdallah Ben Omar el Gafequí, apellidado As-sofar, discípulo de Moslema

(1) Flores. «Reinas Católicas», II al fin.
(2) Flores. «España sagrada,» T. XVI, pág. 196.
(3) Viudo de María Roderic, hija del Cid.

el Madrileño y uno de los propagadores como éste de las tablas llamadas el Sind-Hend (Sind-Hanta) y en fin, las Tablas y Capítulos de las estrellas del insigne maestro de Orientales y Occidentales en aquel método Muhammad Ben Ibrahim el Fesari, quien los dedicó al Jalifa Abbaci Almanzor después de haberlos extractado de una traducción árabe de dichas tablas de Sind-Hanta atribuídas al monarca indiano Ziagar.

No en vano había sido Toledo la famosa ciudad capital de la monarquía visigoda, ni se había señalado tantas veces por lo inquieta y revoltosa bajo la dominación árabe, pues emulaba á la grandiosa Córdoba, ansiando arrebatarla, al par que su importancia política, la palma del saber y de la ciencia. Ya en el siglo X, en el reinado de Al-Hacam II, cuando los árabes españoles eran maestros del mundo, en Toledo fundaba la primera Academia de Ciencias de Europa Ahmad Ben Said Ben Quesner, uno de los más ricos y sabios jurisconsultos, la cual celebraba la reunión de «los Cuarenta amigos de la bella literatura», de Toledo, Calatrava y otros lugares, que se juntaban durante los tres meses de invierno, Noviembre, Diciembre y Enero, dedicándose á notabilísimas controversias, juicios, opiniones y disquisiciones filosóficas, jurídicas, políticas, literarias y científicas de todas clases. Continuó celebrando sus sesiones esta reunión de los Cuarenta, ejerciendo gran influencia en el mundo musulmán, habiendo entre el número de sus sabios, no sólo musulmanes, sino judíos y áun cristianos muzárabes, que cultivaban el latín, el griego, el árabe, el hebreo y caldeo, y que elegían para compañeros en las vacantes los hombres más ilustres, algunos de los cuales formaron parte, andando el tiempo, en los Consejos de los Reyes Almamón, D. Alfonso VI y Alfonso VII, no sin influir en extremo en el Colegio de Traductores, fundado en el reinado de este último monarca.

«Aparecía Toledo, dice Schack (1), á los ojos de los cristianos de los siglos XI y XII, como la capital de la hechicería y de la nigromancia; allí se encontraban los mejores maestros de mágica negra. Un mágico toledano envió hasta el Weser y el Hunt una bandada de brujas á buscar á Conrado de Marburgo, y en antigua capital goda, según Cesáreo de Histerbach, estudia-

.) *Poesia y Arte de los árabes en España y Sicilia*, traducida por D. Juan ra, tomo II, cap. XIV, pág. 205.

ron la brujería algunos jóvenes alemanes. Lo cierto fué que el deseo de estudiar las obras científicas y filosóficas de los árabes y, sobre todo, su interpretación de los autores griegos, movió á no pocos curiosos á visitar la ciudad del Tajo: en ella vemos á Gerardo de Cremona, á Miguel Scoto, al alemán Hermán y á muchos otros. empleados en el estudio de Avicena, Averroes y Aristoles arabizado.» Había, al conquistar á Toledo el emperador don Alfonso VI, hecho de ella la capital de sus Estados, y á ella afluían los sabios árabes y hebreos á participar de sus mercedes. Con el matrimonio de tan ilustre príncipe, realizado con doña Constanza, y la llegada á Castilla y León de los príncipes y señores franceses, habían acudido asimismo en gran número monjes de Cluny, los cuales, para poder combatir con éxito contra el error que predominaba en los nuevos súbditos, quisieron emular con la corte de Ramón Berenguer III el Grande, cuando menos en los estudios eclesiásticos; aspiración generosa que inició D. Bernardo, cluniacense, primer metropolitano de Toledo, y que protegida por D. Raymundo, que le sucedió en la sede primacial de España, le hizo fundar en ella un colegio de sabios el año 1130, el que no sólo se ocupó en cultivar las ciencias de la Iglesia, sino la traducción al latín de los más eélebres autores árabes, y cuyas versiones tuvieron aún resonancia mayor que las catalanas. Con esto se abrió un mundo nuevo al Occidente durante los siglos XII, XIII y XIV, como quiera que no cesó el trabajo de los traductores de los intérpretes, trasladándose al latín, no sólo á Rhazés, á Abul Cassis, á Avicena y Averroes, sino también los autores griegos, como Galeno, Hipócrates, Platón, Euclides, Arquímedes y Ptolomeo, que los musulmanes habían traducido á su propio idioma, no bajando, según Lecler en su *Historia de la Medicina árabe*, de trescientas el número de obras de ciencias arábigas traducidas al latín. Descollaron entre los que ayudaron á D. Raymundo en el principio de su empresa de propagación de la cultura, los españoles Juan Aben Daud (Juan Hispaniense ó Hispalense), israelita, amigo y asociado un tiempo en Barcelona de Platón de Tibur y el arcediano de Segovia Dominicus Gundisalvi (Domingo González), y muy especialmente Gerardo de Cremona, autor de setenta y una traducciones del árabe, así como otros ilustres extranjeros, cuales Adelardo Bath, O'Creath, su discípulo Hugo Santandiensis Tillemo; Juan Morlay y Filipo de Tripoli.

Influyó para la fundación en Toledo del Colegio de Traductores de las obras árabes al latín, con el fin civilizador de su propagación en el mundo, el ejemplo del Colegio del mismo fin catalán, á quienes se ha de reconocer el lauro de haber despertado en gran parte aquel movimiento que dió tan interesantes frutos en Castilla; ni era posible que dejara de tener parte en aquellos generosos trabajos de erudición, como la tuvo ciertamente en la poesía de la época, el casamiento de doña Berenguela, hija de Ramón Berenguer III, príncipe de Cataluña y conde de Provenza, con D. Alfonso VII de Castilla, verificada dos años antes de la fundación de dicha escuela, y la llegada á Castilla con tal motivo del conde Ramón Berenguer IV con lujoso acompañamiento, del que formaban parte sabios (entre ellos Juan Hispaniense, ya citado traductor del Colegio catalán y después del toledano), trovadores y juglares provenzales y catalanes con pajes y damas de Barcelona. Acentuóse entonces en extremo en la tierra castellana la influencia catalana-provenzal con la amistad verdaderamente fraternal de los señores de Castilla y Cataluña, como lo prueba que en el año 1154, el cuarto Berenguer, soberano también de Aragón, que reunió al principado por su matrimonio con doña Petronila, iba á visitar en Toledo á su cuñado D. Alfonso VII con ocasión de la boda de doña Constanza, hija de éste, con el rey de Francia, Luis el Joven, que había repudiado á doña Leonor de Aquitania por su escandalosa conducta en Antioquía durante la segunda cruzada. Eran los trovadores entre los cristianos, lo mismo que los rauïs entre los árabes y lo que los periodistas de nuestros días, los encargados de formar la opinión, levantar el espíritu público, para hacer atmósfera, como hoy se diría, en favor de un plan, de un proyecto, de una empresa cualquiera; y á este medio apeló Alfonso VII, que de acuerdo con su cuñado, el conde de Barcelona, proyectaba la conquista de Almería, centro de la dominación de los almoravides, y misión que encargó al trovador Marcabrú para levantar el espíritu de franceses y provenzales en favor de esta empresa.

Con este objeto, Marcabrú compuso el poema «La Piscina», y Almería se rindió el año 1147 por los príncipes catalán y castellano y algunos pocos señores occitanos y provenzales, como Guillermo de Montpellier, tan aficionado á la poesía provenzal, que usaba un sello en el que se veía un trovador pulsando el laud, Ermegarda de Narbona, varonil y galante princesa, que

así presidía las cortes de amor como acaudillaba sus gentes en la más sangrienta batalla, y Guillermo de Baucio, Señor de Marsella, gran protector de los trovadores. Si en el año escaso que reinó Sancho III, sucesor en Castilla de su padre Alfonso VII el Emperador, vemos en su corte á Pedro de Alvernia, que le incita contra la morisma, puede formarse idea de los poetas provenzales que animarían en sus empresas á Alfonso VIII, casado con la hermana del Rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León é hija por consiguiente de la ya citada Leonor de Aquitania, tan célebre entre los poetas árabes y provenzales y poetisa ella misma; bastará recordar á este propósito á Bertran de Born, que dedicó al vencedor de las Navas una de las más bellas y viriles poesías provenzales: á Geraldo de Calensó, que en sentido Lay dedicado á la muerte del infante Fernando, hijo de Alfonso VIII, identifica y confunde su llanto con el del pueblo castellano; Guillermo de Bergedá, el aventurero trovador catalán, especie de Bertrán de Born y de D. Juan Tenorio; Aguieric de Peguilhá, llamado el hereje porque defendió en la guerra albigense la independencia de su patria; á Hugo de San Cyr, á Pedro Roger, el pobre amante de la vizcondesa de Narbona, á Levarico de Mauleó, opulento trovador árbitro de la elegancia y motivo de asombro para los magnates castellanos, y finalmente á Ramón Vidal de Besalú, que en su novela «Celos Castigados,» nos traza un cuadro completo de la acogida que recibía en la corte de Alfonso VIII la musa provenzal, y el cual, adelantándose cuatro siglos al suyo, llamó á consejo en inspirada poesía á los monarcas españoles y les reprocha duramente sus odios y sus rencores mutuos, pidiéndoles en nombre de Dios que dejen de combatir unos con otros para luchar juntos con el enemigo común, el sarraceno, hasta que España toda fuese una, con una sola ley y una sola fe; por lo que se observa, la idea ya de unidad de la patria española predicada por un trovador provenzal á fines del siglo XII. Pero más que todos estos trovadores, merece especial mención Rimbaldo de Vaqueiras, el autor de los versos más antiguos después de los de Ha-Levi, más arriba citado, en lengua castellana y quizá coetáneos del poema de «Mio Cid».

Hablóse la lengua lemosina en toda la España cristiana, llegando á ser hasta el idioma del vulgo en el reino de Aragón, pues como decía el zaragozano Jerónimo Borao, «El idioma lemosín sin duda ninguna se difundió por casi toda la corona de Aragón, casi

al mismo tiempo que nacía verdaderamente el castellano, y añade que lo usaban con frecuencia los monarcas, en lo que á ellos tocaba y que por imitación hablarían ese lenguaje palatino los cortesanos como oficial, habiéndose usado en escrituras de fundación en cartas-pueblas, en libros de cuenta y razón, en procesos y en actos del reino», (1) llegando á ser el idioma del pueblo. Al reunirse Aragón á Castilla en tiempo de los Reyes Católicos, recibió el influjo del idioma castellano, que poco á poco se sobrepuso al catalán lemosino, de manera idéntica á lo que le sucedió á Navarra después de su unión á nuestra patria; por lo cual Jerónimo Blancas cita en su «Indice» muchos vocablos aragoneses antiguos que hay en las Crónicas de los serenísimos reyes de Aragón, que son puramente lemosinos y muchos instrumentos que copió en sus «Comentarios de las cosas de Aragón», cuanto más antiguos, más lemosinos son.

Y no podía ser de otra manera, pues si Berenguer III había ceñido con la corona de Príncipe de Cataluña la condal de Provenza, por entronques y herencias poseyó D. Alfonso II de Aragon, además de este Estado, la Provenza, el Bearne, la Gascuña, Bigorra, Cominges, Carcasona, Bezieres y Montpellier; y cuando D. Pedro II hizo su viaje á Roma para ser coronado por el Papa Inocencio III, llevó en su séquito con los caballeros aragoneses y catalanes al Arzobispo de Arlés, al Preboste de Magalonna, á Hugo de Baux, Arnaldo de Foix y Trogellin de Marsella, como de su misma corte. De tal manera la cultura provenzal aragonesa y catalana había formado de estos tres un sólo pueblo, que al ser devastada y convertida la Provenza y el Languedoc en ruinas y cenizas por el feroz Simón de Monforte y muerto en Muret el caballeroso D. Pedro II su conde, cuya hermana estaba casada con Raymundo VI de Tolosa, continuaron combatiendo muchos ilustres campeones de Cataluña contra los cruzados franceses, como el aragonés Hugo de Alfaro, glorioso defensor del castillo de Agen; gran número de caballeros catalanes y aragoneses mandados por el conde de Foix en Tolosa, en la cual Peron Domingo, también de Aragón, mostró un heroismo extraordinario; distinguiéndose en varias batallas Hugo de la Mota, García de Labolera y Pedro Navarro de la misma región, emulados tan sólo en hazañas por Sifredo y Guillermo de Amaniel, caballeros de

(1) «Diccionario de voces aragonesas.» Introducción, pág. 17-20.

Pamplona. No debe asombrarnos esta intervención en la guerra albigense de caballeros navarros defendiendo á la Provenza, puesto que también hablaban lemosín y muchos fueros de sus ciudades están en esta lengua, y en ella aunque un poco más ruda escribió el navarro Guillermo de Tudela *La Cansós de la crozada contr els ereges Dalbeges* el año 1230, pues en Navarra se hablaba en los valles el vasco y en las ciudades de los llanos el lemosín, como demuestran con gran copia de documentos Francisco Michel, autor de la obra *El país vasco* y G. Aneliers de Tolosa en Francia, que escribió *La Historia de la guerra de Navarra en* 1276 *y* 1277, idioma que se cultivó con esmero por los Teobaldos I y II y por Enrique I el Gordo, hasta que, conquistado el país el año 1512, empezó con la influencia castellana á emplearse este idioma. (1)

---

(1) El idioma lemosín continuó hablándose en la Navarra francesa, donde aún se habla en forma de dialecto.

XII

El siglo de Alfonso el Sabio.

Por la época en que en Alarcos fué derrotado el Rey Alfonso VIII y en que dejaba temer toda clase de calamidades el empuje de los almohades, parece casi seguro que para reanimar el espíritu cristiano se evocaron las figuras de los héroes castellanos, entre los cuales sobresale la del Cid, cuya fama duraba en la memoria del pueblo como se ve por los escritos de los árabes, y al cual no nombraban sin temor los musulmanes de la huerta valenciana y se intentara escribir por poetas imitadores de los árabes y provenzales un poema, que si no es el que nosotros conocemos casi por completo con el nombre de «Poema del Cid», pudo darle á su autor los principales materiales. Que no había adalid más simpático á los castellanos está probado, y que había en aquellos tiempos poetas capaces de tal empresa lo demuestra el nombre de Gómez, trovador que por la configuración que presenta su nombre parece no debía ser catalán ni provenzal, quien figura en una escritura de Aguilar de Campóo fechada en 1161 entre otros muchos que podríamos citar los cuales escribirían en concurrencia en Floquet de Marsella, cuyo canto, grito supremo de angustia ante la derrota de Alarcos como honda manifestación de dolor en sentido de cruzada enviado á todas partes de Corte en Corte y de castillo en castillo por el vehículo de sus juglares para levantar el espíritu público, despertar el sentimiento religioso y mover á todos barones y caballeros, reyes y súbditos, en favor y auxilio de Castilla pudo contribuir á fortalecer los ánimos, así como el de Gabaldón el Viejo, que en medio de tal desdicha profetizaba victoria gloriosa para las armas cristianas, coadyuvando á los mejores resultados de aquella empresa que

tan esplendorosa fama dió á los reyes españoles en la celebérrima jornada de las Navas. A los vates castellanos se debieron entonces también, con el objeto de alentar á la lucha, los poemas originales de Fernán González y Bernardo del Carpio, hoy perdidos, que como el poema del Cid, dieron motivos y materia tan abundante para su numen poético á los poetas castellanos populares y eruditos del siglo XIV.

En el siglo XIII continuaron los poetas catalanes provenzalos compitiendo con los árabes, siendo asimismo protegidos por los reyes cristianos. Además de Pedro Vidal, que dirigía entusiastas poemas á Alfonso IX, fueron célebres en el reinado de este príncipe y protegidos suyos, Hugo de San Cyr, Guillermo Ademar y Elías Cairel. En el reinado de su hijo, D. Fernando III el Santo, quien reunió de un modo definitivo las dos coronas de León y Castilla y conquistó á Córdoba y á Sevilla, acudieron á su corte Beltrán de Alamanon, Azemar el Negro, Guillermo Ademar y otros notables trovadores, entendiendo éstos que «pagábase de omes de corte que sabian bien de trovar et cantar et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos, ca de esto pagaba el mucho et etendía quién lo facía bien et quién no». En cambio la ciencia árabe continuaba no teniendo competidores sino imitadores y traductores; antes de terminar el primer tercio del siglo XIII, D. Rodrigo Simón, vulgo Ximenes de Rada, compilaba su *Historia Arabum* de textos árabes muy conocidos. En su tiempo se escribió *Las flores de la Filosofía*, trasladándose entonces ó poco después el libro de *Los dichos de los filósofos*, escrito en Bagdad por Honain (Juanicio) Aben Ishaq; se traducía directamente del latín sobre el texto trasladado por Filipo de Trípoli, dedicado á Guido Valentino, *El de Puridad de Puridades ó Castigos de Aristolil á Alexandre*, trasladado también en parte por Juan Hispalense; se componía el libro de *Los doce Sabios*, cuya doctrina sobre la gobernación aparece influída por dichas obras y muy señaladamente por los consejos que un escritor mahometano pone en boca de un sultán para enseñanza de su hijo. Al siglo XIII corresponden también Lucas de Tuy, que escribió su Cronicón (1) y los poemas de autores anónimos José, Santa

(1) Antes del Cronicón del Tudense fueron notables el de Sebastian de Salamanca, el Albedense, Sampiro, Pelayo de Oviedo, Monje de Silos, la Gesta Roderici Campidocti, La Historia Compostelana y la Crónica Adefonsi Imperatoris.

María Egipciaca y el libro de Apolonio; Gonzalo de Berceo, que escribió en verso las vidas de algunos santos y los Milagros de la Virgen; Juan Lorenzo Segura de Astorga, que compuso ó dió á conocer en Castilla el poema de Alejandro, y sobre todo, la gloria más legítima castellana del precitado siglo, el autor de las Cantigas y las Querellas, el ilustre poeta y monarca D. Alfonso X el Sabio.

Habíase refugiado después de la infausta batalla de Muret la musa provenzal en Castilla, en Aragón y en Sicilia, países habitados en gran parte por musulmanes, y generosos centros de cultura, y en ellos trabajaba en recoger simpatías y aun fuerzas para la restauración de la patria. Reinaba en Sicilia Federico II, siendo su corte de Palermo el centro de cultura que irradiaba en Europa en aquellos tiempos luz vivísima. Gran poeta, rodeábase de árabes y provenzales, los primeros que llevaban su renombre de gran protector de las letras á Italia, en cuyas repúblicas había gran número de muslimes dedicados al comercio y á nuestra patria, cuya musa musulmana huía ó restaba silenciosa en el fragor de los combates, producido por las armas victoriosas del noble San Fernando.

Formó Federico II con sus ministros Tadeo de Suesa, Pedro de las Viñas y sus hijos Manfredo y Sanzio una corte poética, en donde se fundieron la cultura árabe-provenzal, y se imitaron todas las formas poéticas y la métrica, que después se hacían conocer en toda Italia y recibían el nombre de italianas.

Por esta razón, dice Dante en su escrito *De vulgari eloquentia*, que todo lo que los italianos produjeron en verso se llamaba siciliano; y Petrarca asegura que la rima había pasado de Sicilia á Italia. También los alemanes recibieron de Federico II su cultura árabe-provenzal, y sus minnesingers, á imitación de los troveros y trovadores, fueron de castillo en castillo, cultivando el gusto del pueblo alemán, que ya había recibido la influencia de los provenzales en tiempo de los Otones y de Conrado II.

Fué Federico II uno de los primeros cristianos que estudiaron directamente y censuraron con competencia las obras de Maimonides, al cual, como filósofo consumado, dirigía el murciano Aben Sabin las célebres «Cuestiones Sicilianas», siendo inmortalizado como Mecenas de Xerif Al-Edrisi. Heredero de Federico II en el dominio de la ciencia, fué nuestro Rey Sabio D. Alfonso X, cuyo renombre ha obscurecido con su brillo los de to-

dos los demás monarcas de nuestra patria, como obscureció en su tiempo todos los de los soberanos del mundo. Sobrino por su mujer doña Violante y pariente por su madre doña Beatriz de Federico II, pretendió con más derecho que ningún otro príncipe la corona imperial; pero aunque reconocido como emperador por los príncipes alemanes, la fortuna, que le fué siempre adversa, no le consintió ceñir tal corona.

Deseoso de la gloria y con gran piedad hacia la tierra de Provenza, arrasada y destruída por los franceses, parece ser que con ayuda de algunos trovadores tuvo la idea de restaurar la poesía provenzal, escogiendo por centro á Castilla y haciéndola revivir en este reino como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria, como parece desprenderse de las poesías de Nat de Mons, Bonifacio Calvo y Giraldo de Riquier, que con otros muchos rodearon al Rey Sabio. Ya había éste, en tiempo de su padre, D. Fernando, dado galanas muestras de sus aficiones á la cultura, ora conservando en su escuela al sabio Arracuti de Murcia, ora vedando en absoluto que se alterase en lo más mínimo el ornato arquitectónico de la mezquita aljama de Sevilla, y en particular ayudándose de sabios de diferentes ramos de las ciencias profesadas en el mundo conocido.

Nutrido en enseñanza copiosísima, emprendió multitud de empresas literarias, cuya sola enumeración bastará para inmortalizar su nombre. Mandó hacer una versión castellana del Lapidario compuesto por Abo Laits As-secali ó el siciliano, al Rabi Iehudah Ben Mosseh llamado el Catón, y según otros el Cohen, con el auxilio de su clérigo García Pérez. Por el mismo tiempo, por su mandato, ignorado traductor traía al castellano *El libro de Calila y Digna*, colección de fábulas sacadas como Josefat (Budasp ó Budsatf ó el príncipe de los Ben Hasdai), de los jatacas de Gotama, y tomado como aquél, directamente de un libro indiano: el Salistavara, vertido al pehlvi, por Barzuyeh ó Barzoi, médico de Cosroes el Grande, rey de Persia, cuya traducción primera en árabigo dos siglos después bajo el Jalifa Almanzor de Bagdad (que empezó á reinar el año antes de venir á España, Abderrahmán I el Omeyya), hizo el celebrado Abdallah Aben Mocafaa, en días en que el original sanscrito, con algunas alteraciones, recibía el título actual de Pantcha-Tantra. Este libro de procedencia Budhista, era conocido de los hebreos y musulmanes, utilizado habitualmente por *La Disciplina Clericalis*, y ob-

jeto de dos traducciones hebraicas, una de las cuales por lo menos, disfrutó el polígrafo Aben Ezra, quien ingirió el prólogo de Barzuyeh en texto hebreo en sus tablas astronómicas. Lo cierto es que desde entonces aparece divulgado entre los españoles, que los dieron á conocer en el resto de Europa, siendo imitados y recogidos sus apólogos en los fablaux franceses y trasladados á la lengua latina. El proceder de D. Alfonso X tuvo imitadores entre los grandes señores de su Corte, como lo prueba su hermano el infante D. Fadrique, á quien deben las letras la traducción mandada hacer por él, que hoy se goza con el título de «Sendebute ó el libro assannamientos ó Engannos de las mojieres» verosímilmente sobre el texto arábigo en que El Arbaá Ben Abdilaziz Ben Salim, la había trasladado en la Corte del Jalifa Bagdadita del texto pehlvi, debido probablemente al ya nombrado médico Barzuyeh. Intervenía el Rey Sabio en las traducciones como en *El Libro de la Ochava Esfera*, y otros trabajos astronómicos, indios, persas, caldeos y arábigos. Acerca de los estimados escritos históricos de D. Alfonso «La historia Universal ó Grande é General Estoria» y la que llamó «Estoria de España,» aparte de la opinión unánime de nuestros grandes literatos españoles en reconocer en ellas la influencia oriental, basta leer la curiosa enciclopedia de Masudi, intitulada «Las Praderas de Oro», para apreciar la genuidad arábiga de muchos de los informes contenidos en «La Grande é General Estoria», donde al par de las especies sacadas del libro de Calila y Digna, aparecen las donosas historias de Josef y doña Zulayme, de la reina Doluca y de la infanta Manene que pertenecen al mismo ciclo, según el texto perdido de Obaíd Al-Becri, para quien no debió ser extraño el relato de la historia de aquel patriarca, incluído en el Xah Nameh de Ferdusi. En su Historia de España, incluyó el Rey Sabio, no sólo tradiciones, sino romances que corrían por el vulgo en su época á los cuales dejó de tal manera su forma, que algunos han podido ser reconstituídos casi completamente.

Análoga filiación oriental que en las historias se ofrece en el «Libro de los Juegos» y en las doctrinas jurídicas de los muslimes y judíos que ya habían hecho su aparición en la península en los fueros municipales españoles, las cuales trascienden á las Siete Partidas, Código insigne y doctrinal de ciencia del Derecho, escrito por D. Alfonso, donde en la esfera especulativa se asientan frecuentemente como máximas y fundamentos de principio de

Derecho práctico con las conocidas frases de «por eso dixeron ó dixeron los sabios é dixo Aristotil», sentencias copiadas del libro oriental intitulado *Dichos y hechos de los filósofos.*

En tanto que eran cultivados los estudios orientales en Castilla, en la escuela de Zaragoza el rabino Salomón Ben R. Jacob traducía las glosas del Seder Neziquim que el gran Bar Maimón había escrito; no tardaron, sin embargo, en contrarrestar sus enseñanzas las cuatro escuelas antimaimonistas, á saber: la de Gerona, con sus maestros Ben Xexet y Najman; la segoviana, llamada exegética de Jacob el joven y de Moseh Ben Simón de Burgos, la semifilosófica de Isaac Aben Latif y la mística de José Gicatilla, que se fundió en la escuela de Toledo y en la llamada del Sohar. Los partidarios de estas escuelas interesaron á los cristianos en su parcialidad para que hicieran quemar las obras de Bar Maimón, con lo cual prepararon el camino para que se solicitase después contra ellos la quema de los Talmudies á que se siguieron los autos de fe y la expulsión de los judíos, que se decretó al fin por Felipe el Hermoso de Francia en 1306. Ni podía ser de otra suerte, pues si al principio en Aragón hubo alguna mayor tolerancia, consintiéndose las controversias iniciadas en España por Najman y Pablo Crestiá, al terminar el siglo XIII daban aún sus enseñanzas, además de la escuela cabalística y mística del Sohar, la de Josef Falaquera, autor de la novela filosófica, Ha-mecabex ó el investigador y la de Isaac Albalag. La de D. Jayim de Villafranca, que brilló en los estados aragoneses de Provenza, era condenada á la postre por D. Vidal Menahem Ben Salomón Meiri, teólogo rigorista y dialéctico que explicaba en Gerona, cuyas tendencias exageró Abba Mari, rabino de Montpellier, conocido también con los nombres de D. Astruch y En Durán de Lunel, que excitó á Ben Adderet, de Barcelona, á proscribir el estudio de la filosofía que confundía con la herejía. Ben Adderet se asoció con R. Axeri, insigne maestro alemán, rabino principal de Toledo, con el cual firmó un decreto en 1307, que vedaba á los israelitas la lectura de ciencias profanas y de filosofía antes de cumplir treinta años, á pesar de la defensa de tan importante enseñanza hecha por Profacio, decano de la Facultad de Medicina de Montpellier, conocido entre los rabinos por Jacob Ben Majin Tibbon, y que tan valiosa cooperación prestara en las «Tablas Astronómicas» que llevan el nombre del monarca aragonés Pedro III.

Continuaban, entretanto, en Castilla, pacíficamente los trabajos de influencia cosmopolita ó de cultura general, bajo los sucesores de D. Alfonso X señaladamente en el libro de «Castigos ó Consejos á su hijo D. Fernando», del valeroso D. Sancho IV el Bravo, acostumbrado á depositar su confianza en dos letrados insignes hebreos: el ilustrado médico Abol Hacen Meir Aben Haritz y el sabio D. Todrós Ben Josef Ha-Leví, de Burgos (sobrino de D. Meir Abolafía) que era conocido con el dictado de Nasi de Burgos como príncipe de las comunidades israelitas; el cual, al llegar á Francia en compañía del Rey D. Sancho, inspiró poesías á sus hermanos de raza gozosos de la estima que disfrutaba en Castilla, entre las cuales merecen mención especial las de D. Abraham Ben Bedarsi ó de Bezieres. Entretanto, D. Dionis, monarca de Portugal, nieto del Rey Sabio, á quien éste levantara el pleito homenaje que rendía su reino á Castilla, continuando empresas tan ilustres, mandaba traducir la interesante *Historia de España*, compuesta por Ahmed Ben Muhammad Az-razi, conocida entre el vulgo con el nombre de *Crónica del moro Rasis*.

Florecieron en Cataluña por este tiempo Arnaldo de Villanueva y Raymundo Lulio, de preclaras memorias; el primero, el más sabio maestro cristiano en ciencias naturales, en las que sobresaliera el Rey Sabio, que consignó sus conocimientos de dicha ciencia en su obra titulada *Llave de la sabiduría*; y el segundo, que al timbre ilustre de sabio en ciencias físicas reunia el de doctor iluminado y el de genio portentoso de la escolástica tomista. Arnaldo de Villanueva, que había estudiado en Córdoba y en Montpellier, escribió obras notabilísimas, y se le atribuye, entre otros muchos inventos y descubrimientos, la composición del alcohol y los ensayos regulares de destilación. Médico sapientísimo, fué elegido y llamado á su lado por D. Jaime el Conquistador, de cuyo lado huyó, acusado de herejía, refugiándose en Sicilia, donde fué muy agasajado y distinguido por Federico II.

Mostróse no inferior á este sabio maestro su discípulo el mallorquín Raymundo Lulio, al cual se debe la preparación de los aceites esenciales, la del sublimado corrosivo y otros varios productos químicos, merecimientos que son tenidos en poco en comparación del renombre que adquirió como gloria de la filosofía, pues frente á la concepción panteista del gran Aben Ruiz, el sabio mallorquín formuló en su *Ars Magna* un ingeniosísimo

sistema, que expresando el carácter propio de la filosofía española y fórmando una escuela denominada «Lulismo», encendió en nuestras escuelas un faro que iluminó el pensamiento nacional, hasta los días del barcelonés Raymundo Sebunde (1), con cuya obra de Teología Natural se revela ya el espíritu de indagación libre que revoloteaba sobre la tumba de la Edad Media anunciando la llegada del Renacimiento.

El ejemplo de los padres predicadores y del Rey Sabio, que había fundado escuelas de arábigo y hebreo, así como el espectáculo de la influencia que no sólo en España, sino en toda Europa ejercían árabes y judíos, movió á Su Santidad Clemente V en el Concilio de Viena á ordenar su constitución famosísima creando cátedras de hebreo, arábigo y caldeo en las Universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca, y donde quiera que la curia romana estuviese.

Merced á las escuelas religiosas, se formaron los dos atletas de la controversia cristiana en el siglo XIV; Fray Domingo Pascual, Obispo de Jaén, que escribió el libro contra la secta mahometana y fué versadísimo en las historias de los árabes, y Fray Raymundo Martín, autor del *Pugio Dei*, insigne polemista que disputó con Rabí Ben Adderet, quien debe estimarse en el concepto de Neubaur, como uno de los más doctos é inteligentes conocedores de los Agadas y escritos talmúdicos que han existido en la Edad Media. Hasta los clérigos seculares se mostraban á la continua versados y muy instruídos en la literatura oriental, según parece de las poesías del archipreste de Hita, quien, aparte de la forma de macama que da al libro de sus amores, testifica en sus versos que compuso, cantares para moros, que conocía el arábigo y podia señalar los instrumentos más á propósito para canciones compuestas en este idioma.

Varios de sus cuentos é historias árabes se encuentran también en el «Libro de los Huertos», de su coetáneo el granadino Aben-Asim, quien dedicó su famosa compilación á Jusuf II, rey de Granada. Distinguiéronse también en su protección á la cultura los próceres y magnates españoles, que, señores de muslimes y hebreos, emularon en esplendor y liberalidad con los mismos monarcas. Tal fué don Juan, hijo del infante D. Manuel,

(1) Aunque Reutet quiso hacerle pasar por francés tolosano, ha demostrado su inexactitud el sabio D. Marcelino Menéndez Pelayo.

quien en su libro *Del Infante ó de los Estados*, imitó los Jatacas budhistas de la leyenda de Barlaam y Josafat, en tanto en que alternaba en su celebrado libro de Patronio, relaciones, antiguas historias, con cuentos populares castellanos, fábulas del Pancha-Tantra ó de la *Disciplina Clericalis*, y con hechos históricos expuestos por los escritores arábigos.

Llegó á tal punto la influencia oriental, más adelante, que en la segunda mitad del siglo XIV, el insigne escritor y canciller de Castilla, Pero López de Ayala señalaba en su renombrada «Crónica del Rey D. Pedro,» los años de la era de César por la cuenta de los Castellanos, los de la creación según los judios y los de Mahoma para el uso é inteligencia de los alarbes. Cultivóse en extremo los estudios históricos en el siglo XIV, bajo la forma de Crónicas, las cuales las más renombradas son las de Fernan Sánchez de Tovar, que por orden de D. Alfonso XI, escribió las Tres Crónicas (la de Alfonso X, Sancho el Bravo y Fernando IV); López de Ayala, autor del «Rimado de Palacio,» á quien se deben las Crónicas de cuatro reinados, desde D. Pedro I á Enrique III; Juan de Alfaro, que compuso la de D. Juan I; y Rodríguez de Cuenca, autor de un «Sumario de los Reyes de España.» En este siglo floreció también Basilio Valentín, á quien, según muchos autores, debe considerársele como el verdadero fundador de la Fisiología Química, pues cultivó esta ciencia mucho antes de que viniese al mundo Paracelso, á quien se tiene por creador de ella, y en sus numerosas obras se encuentran las primeras indicaciones acerca del antimonio y de la preparación de los éteres.

XIII

Influjo de la cultura árabe española en el Renacimiento.

Distinguióse también España en el siglo XIV, en su protección al arte clásico, como de ello dió muestras imperecederas cuando aragoneses y catalanes hacían su célebre expedición á Oriente, de la misma suerte, como después mereció la corte de uno de sus monarcas más excelsos ser llamada por un escritor ilustre de nuestros días el pórtico del Renacimiento años antes de la caída de Constantinopla.

Habíanse hecho dueños, el año 1204, los caballeros franceses, con pretexto de una cuarta cruzada, que no llegó á realizarse, del imperio de Constantinopla, con cuyos despojos fundaron el imperio Latino de Oriente. Aquella misma ferocidad, que no dejara ocho años después en la Provenza piedra sobre piedra, y que persiguió á poetas y juglares, arruinó castillos y ciudades y destruyó toda una civilización y una raza entera, sin distinguir católicos de herejes; ¡pues ya Dios sabría escoger los suyos!, como dijera, su bárbaro caudillo, sembró por doquier el espanto y desolación de modo análogo en Constantinopla. En todo el tiempo que los franceses poseyeron á la antigua Bizancio, no sólo no aprendieron nada de los griegos (1), sino que intentaron y en parte lograron el establecer en ella una organización feudal, semejante á la de Europa en lo que tenía de menos culta y progresiva; muchas obras de arte fueron destruídas, las más despreciadas, ni una sola obra antigua fué llevada por ellos á las Universidades y centros docentes de Europa y ni la menor prueba dieron

(1) Los venecianos se llevaron á Venecia los magníficos caballos de bronce que hoy están sobre el arco del carrusel en París.

de amor al arte helénico. Por el contrario, al conquistar los aragoneses y catalanes parte del Bajo Imperio, después de negra traición castigada tan cruelmente, que ha quedado como proverbial la frase de «venganza catalana», admiraron las obras artísticas de aquel pueblo que fueron buscadas y protegidas. Desposeído de Atenas el último Duque francés Gualter de Brena por los catalanes y aragoneses, que nombraron como tal al príncipe aragonés D. Fadrique, Rey de Sicilia, pasó con esta corona aquella célebre región del Atica al rey de Aragón D. Pedro IV, el cual demostró sus altos sentimientos artísticos, así como los de su pueblo, accediendo á la petición de los embajadores de Atenas de mandar una modesta guarnición de ballesteros para defensa de su Acrópolis, no sin advertir que tenía por indispensable tal, guarnición exclamando: *¡Cum lo dit Castelsia las pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots Reys de Crestians eunides lo podrien fer semblat!* (1).

Desmoronábase el imperio de los muslimes en España, que tan rudo golpe recibiera en el Salado, pero continuaban las tradiciones literarias los monarcas granadinos, protectores de la industria, el comercio, las artes liberales, los nobles ejercicios y costumbres caballerescas, señalándose, entre otros escritores insignes, el africano Aben Jaldón, originario de Sevilla, y el insigne Muhammad Aben Aljatib, ministro de Muhammad V. Distinguióse el primero por el plan y método de su historia, precedida de grandes conocimientos generales etnográficos, religiosos, políticos y administrativos, estimados como indispensables para trazar una Historia Universal del mundo, sin excluir los fastos de los cristianos europeos ni de las más apartadas naciones del Norte, Mediodía y Oriente; esmerado en el estilo el segundo, poeta, compositor de macamas, redactor de cartas diplomáticas, de memorias clínicas, y médico, astrónomo, militar y político, en quien constituye enciclopedia variadísima la suma y conjunto de sus obras, se limita como historiador á la exposición de los hechos del mundo árabe, y en especial del Andalus y del reino de Granada. cuya geografía describe con primor al par que no se cansa de loar la virtud, la bizarría y el ingenio de los hombres ilustres que nacieron en sus comarcas.

También continuando sus gloriosas tradiciones en los co-

(1) Arch. Cor. Arag. Reg. 1268, fól. 126.

mienzos de la XV centuria y en los principios de la primera decena de ella, España daba al mundo muestra gallarda de extraordinaria cultura resolviendo la pavorosa cuestión de sucesión al trono de Aragón y Cataluña, que amenazaba envolver al reino en una guerra civil (única forma de dirimir tales conflictos en aquellos tiempos y en estos, con paz y justicia por el compromiso justamente célebre de Caspe, representación de la soberanía nacional que al elegir al infante de Castilla D. Fernando el de Antequera, escogió al más digno y noble caballero de su época y cuya resolución, de haber sido imitada por España en la Edad Moderna, nos hubiera evitado la funesta guerra de sucesión.

Ni áun las series de matanzas de judíos que inauguran las predicaciones del arcediano de Ecija en el siglo XV, impidieron que florecieran poetas tan insignes como Jacobo Ben Durán, ni sabios tan ilustres como los de las familias de los Crescas y el cosmógrafo balear Jaime, del mismo apellido auxiliar del Infante de Portugal, en su escuela de Navegantes. Seleinoch Ha-Levi ó D. Pablo de Santa María atraía por el mismo tiempo al seno del cristianismo, merced á su conversión, hijos y deudos insignes, versados los más de ellos en las letras orientales. Durante la centuria XV, los judíos españoles cuentan todavía con un talmudista célebre, el Rab Campetón de Toledo, último de los gaones castellanos; tienen un místico esclarecido en Josef Albo, y un cabalista de mucho renombre en Pablo de Heredia, sin que les falten poetas insignes como D. Bienveniste Sabi, autor de la parábola *Efer y Dina*, metafísicos de la fama de Abraham Ben Sem Tob, rabino de Huesca y de Zaragoza, y eruditos cual lo fué Ali Ben Jusuf Habilio de Monzón, que tradujo en hebreo algunos escritos de Scoto, de Guillermo de Ocam y de Santo Tomás de Aquino. Resulta de lo que antecede, que el mundo Occidental recibió de España la cultura hebrea, y sobre todo la árabe, que fué imitada por todos. Por lo cual hasta el siglo XV, no cabe citar ningún autor que haya hecho más que copiar á los árabes. Rogerio Bacón, Leonardo de Pisa, Arnaldo de Villanueva, Raymundo Lulio, Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Alfonso X de Castilla no fueron más que sus discípulos y sus copistas. «Alberto el Grande lo debe todo á Avicena, dice Mr. Renán y Santo Tomás en calidad de filósofo, es tan sólo un hijo de Averroes».

La traducción de los libros árabes y sobre todo de los relativos á ciencia, sirvió casi de base exclusiva en la enseñanza de

las Universidades de Europa por espacio de cuatro ó cinco siglos; y en ciertos ramos de la ciencia, como por ejemplo la medicina, cabe decir que la influencia árabe ha durado hasta nuestros días, pues á fines del siglo XVIII todavía se comentaban en Montpellier las obras de Avicena. Tan profunda fué la influencia de los árabes en las Universidades de Europa que se manifestó hasta en la filosofía, y así Averroes fué desde principios del siglo XIII la autoridad suprema de la filosofía en todos los centros docentes. Por lo cual, cuando Luis XI se propuso reglamentar en 1473 la enseñanza, ordenó el estudio de las doctrinas del filósofo árabe y de las de Aristóteles. La autoridad de los árabes en las Universidades de Italia y particularmente en la de Pádua, no era menor que en Francia; ocupando en ellas el mismo lugar que ocuparon en el Renacimiento los griegos y latinos, y es necesario leer las protestas de indignación que hizo Petrarca, para comprender hasta qué extremo llega su influencia quien escribió á su amigo el médico Juan Dondí. «¡Cómo! Cicerón pudo ser orador después de Demóstenes: Virgilio pudo ser poeta después de Homero y ahora, después de los árabes, no deberíamos atrevernos á escribir! ¡Decís que quizá habremos sobrepujado á veces á los griegos y por consiguiente á todas las naciones; pero no hemos sobrepujado á los árabes! ¡Oh locura! ¡Oh vértigo! ¡Oh genio de Italia adormecido, si no extinguido!»

Habíase interrumpido á las veces el cultivo de las ciencias y la prosecución gloriosa de nuestra epopeya nacional con las guerras civiles de nuestra patria, cuya nobleza, soberbia como ninguna otra, había producido los bandos de los Laras y los Castros, haciendo difíciles algunas minoridades; y, según ocurrió en el reinado de D. Pedro I, gran protector de hebreos y musulmanes, aquella lucha terrible que trajo á numerosos extranjeros á Castilla que se convirtió en campo de batalla donde continuaron su contienda de los cien años ingleses y franceses. Consagrado en el drama de Montiel el cambio de una dinastía legítima por una ilegítima y bastarda, creció la soberbia de la nobleza que había dado á Enrique II la corona, hasta que vencido D. Juan I en Aljubarrota en 1385, perdía con la corona de Portugal la estimación de los grandes, cuyos atrevimientos tuvo que reprimir D. Enrique III el Doliente. Distinguióse el hijo de este príncipe, D. Juan II, por su amor á las artes de la paz; su corte en el primer tercio del siglo XV con la de su primo

Alfonso de Aragón, fueron faros de luz esplendorosísima con los cuales se despidió del mundo de un modo bien brillante la tan calumniada á veces historia de la Edad Media.

Volvieron á obscurecer sin embargo el reinado de D. Juan II las turbulencias de la nobleza, que ya daban muerte al conde de Ribadeo, el cual perdía la vida en aras de su amor á la realeza, ora presentaban al rey batalla en Olmedo, ora le privaban de su apoyo más poderoso, obligándole, ayudados de la reina, á mandar ejecutar sin motivo justificado á su mayor amigo y valido, el condestable D. Alvaro de Luna.

Con todo, su corte fué un Parnaso que, como dice el cronista, «siempre estuvo llena de multitud de poetas é trovadores é músicos de todas partes». Sin dejar de continuarse tan honrosa costumbre durante el reinado de su hijo, el desgraciado D. Enrique IV, que según el caballero de Rozmital se rodeaba en su palacio de muchos musulmanes, adoptando en su traje, como en la comida, bebida y manera, muchos usos mahometanos. Conducta que en aquellos tiempos debió ser general, no sólo de los monarcas, sino de los más distinguidos próceres, como quiera que el mismo viajero diga más adelante de su obra que halló en la residencia y corte del conde de Haro muchas moras y judías.

Muerto D. Enrique IV, al tomar el hermano del heredero de la corona de Aragón con sus máquinas de guerra los rabadoquines la fuerte fortaleza Alcázar de Burgos pudieron ya considerarse D. Fernando V y doña Isabel I reyes de León y Castilla, destinada la princesa desposeída, doña Juana la Beltraneja, á ir perdiendo unas tras otras sus esperanzas, á que puso término el tratado de Alcántara después de la batalla de Toro.

Durante el siglo XV hubo una gran pléyade de vates que florecieron en su mayoría en la corte de D. Juan II, entre los cuales descuellan: el cordobés Juan de Mena, citado como modelo en la versificación, y que cultivó en su obra titulada *El Laberinto* el género alegórico que había puesto de moda el Dante en la *Divina Comedia*; el Marqués de Santillana, tan conocido por sus serranillas; Jorge Manrique, autor de las célebres coplas de pie quebrado, consagradas á la muerte de su padre; Alfonso de Baena, tan celebrado por su *Cancionero*; el Marqués de Villena, autor del «Arte de Trovar» y gran fomentador de las ciencias físicas; Fernan Pérez del Pulgar, autor de varias semblanzas de per-

sonajes ilustres en hermosísima prosa; Rodrigo de Cota, que se cree generalmente comenzó la famosa tragicomedia de Calixto y Melibea continuada por Fernando Rojas y conocida vulgarmente con el título de *La Celestina* y Rodríguez de Lena, que narró, con el título de *Paso Honroso* la empresa caballeresca de Suero de Quiñones. No deben ser olvidadas, entre otras muchas que se escribieron, las crónicas del ya citado Pablo de Santa María, que compuso una Historia General bajo el título de *Suma de Crónicas*; Martínez de Toledo, que hizo otra compilación semejante, denominándola *Atalaya de Crónicas*; Fernán Pérez de Guzmán, autor también de una Crónica General que tituló *Mar de Historias*; Alvaro García de Santa María, que historió el reinado de D. Juan II y Enrique del Castillo y Alfonso de Palencia, que escribieron crónicas del reinado de Enrique IV.

Pero si alcanzó gran fama el monarca castellano D. Juan II y su corte no le fué inferior en merecer lauros, su primo D. Alfonso V el Magnánimo, cuya corte, según la feliz expresión del ilustre maestro D. Marcelino Menendez Pelayo, es como el pórtico de nuestro Renacimiento y que fué tan docto, que en *La Comedianta de Ponza* nuestro ilustre Marqués de Santillana le alaba de esta suerte:

¿Y quién supo tanto de lengua latina?
¿Ca dubdo que Maro se eguala con él?

Lorenzo Valla, Jorge de Trevisonda, Eneas Silvio Picolomini, Poggio, Filelfo y otros no menos famosos humanistas dieron gran brillo á su reinado, entre los que también figuraba en primera línea el español Fernando de Valencia, que fundó luego con su amigo Ramón Ferrer, una escuela en la ciudad del Turia, que ejerció soberano influjo en el renacimiento literario de nuestra patria y que produjo trovadores como el rey de la Gaya Ciencia, Ausias March y filósofos como el celebérrimo Luis Vives, en tanto que el Magnánimo fundaba la Universidad de Barcelona, plantel de sabios maestros.

Continuaban en aquel entonces las doctrinas y luchas religiosas de los judíos, que antes de la Reforma empezaban á enseñar el libre examen de los libros sagrados, tendencias que habían causado grandes perturbaciones y que quizá influyeron en su expulsión de nuestra patria. Conquistábase Granada con la

intervención del Sultán de Turquía y del Soberano Pontífice romano, que intentaron garantir el respeto de las capitulaciones moriscas, mientras el genio ibérico preparábase, fundada ya la gloriosa nacionalidad española (1), á la conquista y descubrimiento del Nuevo Mundo. Precisamente al terminar el siglo XV la cultura de judíos y árabes influyó en los acontecimientos más granados que separan los tiempos medios españoles de la Edad Moderna; la entendida y previsora administración de los Abarneles, acude á vencer las dificultades, que estorbaran, por largo tiempo, el logro de las expediciones, dirigidas contra Granada y la ciencia arábiga trasladada á libros vulgares y latinos, favorece el impulso de las remotas navegaciones, ora con mapas, donde el nombre arabizado de Antilia indica isla del Atlántico en dirección de las Canarias, ora descubriendo las Azores desde el siglo doceno, ora dando á conocer las propiedades de la aguja inmanta. Conocidos los escritos de Platón sobre la Atlántida, los de Aristóteles y Diodoro Sículo sobre el gran continente descubierto por los cartagineses, de tierras fértiles y ríos navegables á donde se trasladaron muchos de los suyos y de sus confederados los etruscos, los que en tiempo de Justiniano, escribió Cosmas el Indico expresando la idea de existir otro mundo hacia el lado por donde el sol se pone en las aguas del mar de Finisterre, los de Alberto Magno, que afirma que hay un hemisferio inferior antípoda del nuestro, así como Raymundo Lulio, el cual, reflexionando sobre el flujo y reflujo de las aguas oceánicas, enuncia la idea de que allá en el lejano Occidente debía haber un gran estribo terrestre donde encontrara apoyo el vasto sector acuático, cuyo extremo se apoya en las costas de Europa (2), sin contar, en fin los escritos del ilustre cordobés Séneca, fué posible que los atrevidos nautas españoles, dirigidos por Colón, atravesaran el Océano, hazaña profetizada por el citado poeta hispano-romano, quien en el acto II de su *Medea* decía, según la traducción metrificada en lengua castellana por Masdeu:

Vendrán al fin con paso perezoso
Los apartados siglos en que el hombre

---

(1) Faltaba conquistar á Navarra que sometió el Rey Católico en 1512.

(2) Sin contar al Dante y á Mulei, que también enunciaron algo sobre esta materia.

Venza del mar Océano las ondas,
Y encuentre al cabo dilatadas tierras.
Descubrirá otros pueblos, nuevos mundos
Y no será más Tulé el fin del Orbe.

Guiado, sin duda, de lo que también había afirmado Aristóteles, á saber: que este hemisferio es pequeño y su extensión mayor por agua no era obstáculo á que se pudiese pasar fácil mente de España á las Indias, lo cual confirma el Aben Ruiz y lo alega el Cardenal Pedro de Aliaco, lo que según la carta III de Colón conoció el insigne navegante, por lo cual puede afirmarse que hasta el descubrimiento de América fué debido á la propagación de las letras de la antigüedad restaurada y no estudiadas jamás con el ahinco y aprovechamiento que lo hicieron los árabes españoles.

Séame lícito, por lo tanto, declarar sin que se me tache con razón de candoroso españolismo, que sin nuestra patria y el extraordinario amor á las letras de muchos de sus excelsos varones que las dieron á conocer al mundo, quizá la humanidad permaneciera aún en las tinieblas de la Edad Media, dé que no la hubieran podido sacar los bizantinos, quienes no habían sabido en el transcurso de tantos siglos, aprovechar las obras de los clásicos que seguramente se hubieran perdido á prevalecer en el resto de Europa al ser tomado Bizancio la barbarie que por fortuna no compartía España de los estados cristianos, especialmente en las centurias IX, X, XI y XII. Por el contrario, aparece naturalísima la manera de restauración producida por el Renacimiento, preparada por la acogida que dieron los árabes á los libros de los saberes tenidos en menos por los bizantinos y á sus traducciones de los escritores clásicos, con lo cual debían ser recibidos con general aplauso los textos genuinos de filósofos, naturalistas, geógrafos é historiadores, que sólo les fuera dado antes gustar en traducciones incompletas, infieles ó poco elegantes, en aquellos países en que la civilización arábiga había preparado el camino con doctrina y cultura aventajada como la Cataluña de Berenguer III, Alfonso II, Pedro II, Jaime I, Pedro III y Juan I; la Castilla de Alfonso VII, Fernando el Santo y Alfonso X. La Provenza del siglo X, XI y XII; la Sicilia en el siglo XIII, las repúblicas italianas en el siglo XIV, y por último, las gloriosas cortes de la ciencia, la caballería y la poesía,

que principian la Edad Moderna con timbres gloriosísimos para la realeza española, con los nombres de Juan II de Castilla y Alfonso V de Aragón, en que antes de la unión definitiva patria, fundamentábanse las corrientes de fraternal simpatía que fundían para siempre el alma de la raza española.

INDICE

		Págs.
Introducción		1
Capítulo	I.—La nacionalidad española	3
—	II.—Caracteres de la raza española	11
—	III.—La civilización musulmana	20
—	IV.—La civilización musulmana (continuación)	28
—	V.—La civilización arábigo española	34
—	VI.—La civilización arábigo española (continuación)	44
—	VII.—La reconquista patria	54
—	VIII.—La reconquista patria (continuación)	66
—	IX.—La lengua española	73
—	X.—Propagación de la cultura árabe española	81
—	XI.—El idioma español	90
—	XII.—El siglo de Alfonso el Sabio	101
—	XIII.—Influjo de la cultura árabe española en el renacimiento	110

COLECCIÓN DE LAS INSTITUCIONES POLITICAS Y JURIDICAS

DE LOS PUEBLOS MODERNOS

SEGUNDA SERIE (1)

INSTITUCIONES DE LOS ESTADOS AMERICANOS

Han transcurrido dieciséis años desde que los publicistas señores Romero Girón y García Moreno proyectaron la publicación de la monumental obra cuyo título sirve de epígrafe general á estas líneas.

De *dos partes* constaba su proyecto:—Era la *primera* publicar, en castellano y anotada, una especie de *Compilación de las Leyes y Códigos* vigentes en todos los países cultos, dividida á su vez en dos *series:* una, consagrada á los cuerpos legales de los Estados del Continente antiguo, y otra, á los de las jóvenes Repúblicas americanas.—Era la *segunda*, fundar un *Anuario de Legislación universal*, dividido en dos tomos, dedicados á reproducir los Códigos y Leyes que anualmente fueran promulgándose en las naciones de América y en los Estados europeos, y que sirvieran de *Complemento* á las respectivas *series* de la obra.

Realizado el propósito en su primer extremo, con la publicación de los *catorce* voluminosos tomos de la primera serie, y perfectamente organizada la *segunda parte* con la recopilación y tirada de *doce* volúmenes del *Anuario* durante los seis últimos años, han resuelto lo más di-

(1) Constituyen la primera serie los siguientes volúmenes:

Tomo I. Constitución, Leyes y Códigos de Bélgica (segunda edición 1901), 16 pesetas en España y 18 en el extranjero.—II. Constitución, Leyes y Códigos de Alemania, 15 y 17.—III. Idem íd. de Italia (con apéndice), 20 y 22 pesetas.—IV y V. Idem m de Francia (los dos tomos), 30 y 34.—VI. Idem íd. de Holanda, 15 y 17.— [. Idem íd. de Portugal, 18 y 20 pesetas.—VIII. Idem íd. de Suiza 15 y 17.— . Idem íd. de Austria y Estados Orientales (tomo I), 15 y 17.—X. Idem íd. de íd. omo II), 18 y 20 pesetas.—XI. Idem y Derecho vigente en Inglaterra, 18 y 20.—XI bis publicación). Idem íd. en Rusia y demás Estados del Norte de Europa, 18 y 20.— I y XIII. Código civil español, comentado y comparado con los de los demás paí-, 30 y 34 pesetas los dos tomos.

fícil del problema, sobre todo si se tiene en cuenta que hace mucho tiempo tenían preparados el plan y la mayor parte de los materiales para comenzar la tirada de los tomos correspondientes á las Repúblicas americanas, no habiendo comenzado hasta 1902 por esperar á que terminara el gran movimiento codificador que se había iniciado en el Brasil, Venezuela, Perú, Honduras, México y otros Estados del Nuevo Continente.

Faltaba, pues, emprender la publicación de los *nueve* tomos que han de constituir la *segunda serie*—que en este prospecto se anuncia—de la mencionada obra de *Instituciones*, y continuar sin interrupción los *Anuarios* para dar por terminada tan útil empresa y laudable propósito de que se publique en castellano un monumento jurídico, que ni siquiera han intentado los publicistas de las más adelantadas y poderosas naciones.

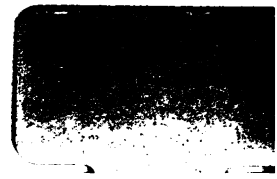
CONDICIONES DE LA PUBLICACION Y SUSCRIPCION A LA SEGUNDA SERIE

I. Esta *segunda serie* de la obra constará de *nueve* tomos de 700 á 900 páginas en 4.° mayor, á dos columnas, en buen papel y con impresión esmerada.

II. Cada tomo, dedicado á uno ó dos de los Estados americanos, comprenderá tres partes: 1.ª Constituciones y leyes políticas; 2.ª Compilación de todos sus Códigos y leyes complementarias de los mismos; 3.ª Leyes especiales (consulares, de extranjaría, militares, de enseñanza, orgánicas, etc.)

III. La obra se publicará en *tres* años como máximum, y además de las Leyes y Códigos de las Repúblicas ibero-americanas (incluso el Brasil), contendrá un tomo destinado á las Leyes y al Derecho general vigente en los Estados Unidos anglo-americanos.

IV. Está abierta la suscripción por tomos, que podrá hacerse directamente ó por medio de los libreros y corresponsales, al precio de 16 pesetas en España, y 18 en el extranjero.—La suscripción se cerrará en Enero próximo (1903); y el precio de venta será ya el de 20 pesetas en el extranjero; y

V. No se servirá tomo ni pedido alguno cuyo importe no esté previamente satisfecho.

NOTA. Se ha publicado el tomo I de tan importante obra, en el cual se inserta la Constitución y demás Leyes políticas y orgánicas, los Códigos y las Leyes especiales de Honduras y la Constitución y demás Leyes políticas y orgánicas de la República de Santo Domingo.